



René Ballivián Calderón

SENTIDO Y ACTITUD EN LA VIDA

Edición electrónica

Foto: Salar de Uyuni (eclipse)
Gentileza de Rafael Loayza y Enzo de Lucca

© Rolando Diez de Medina, 2013
La Paz - Bolivia

INDICE

PRESENTACION

PROLOGO

PREAMBULO

CAPÍTULO I

El sentido trascendente de la vida

CAPITULO II

El sentido solidario y social de la vida

CAPITULO III

El sentido dramático de la vida

CAPITULO IV

Una actitud ecléctica y pragmática

CAPITULO V

Sobre el sentido estético y una actitud aristocrática

PRESENTACIÓN

-Nací en La Paz en 1909. Hice mis estudios en Bolivia, Chile y los Estados Unidos. De mis 65 años de edad 30 transcurrieron fuera de Bolivia. He viajado extensamente por América, Europa y África.

-En mi juventud me sentí perplejo ante cual había de ser la ruta a seguir a fin de brindar a mi espíritu su máxima satisfacción y capacidad de realización. Casi desde el primer instante me fascinó la filosofía de la Historia. Estudié a Spengler y sobre él, a los 20 años, publiqué en Santiago de Chile, donde a la sazón residía, un pequeño libro con el título, simplemente y llanamente, del nombre de este filósofo. Tuvo inmediata acogida dada la, entonces, novedad del tema.

-Sin embargo, sentía la necesidad de encontrar un derrotero más a ras de la tierra, más en contacto con sus realidades y problemas pero en una dimensión que al propio tiempo que pragmática fuese capaz de ofrecer posibilidades de realización en una proyección humanística. Comprendí que el estudio de la Economía brindaba esa posibilidad y no me equivoqué. Con razón advierte uno de los más logrados economistas modernos, Schackle, que para dominar sus arcanos es menester ser matemático, filósofo, psicólogo, antropólogo, historiador, geógrafo, estudioso de la política, todo ello cuando menos en una medida adecuada y satisfactoria, además de maestro de la prosa y un hombre de mundo, con experiencia en los negocios prácticos y, mejor todavía, si conoce cuatro o cinco idiomas. En suma, debe el economista ser un humanista.

-Llevado de mis intereses filosóficos-económicos estudié y escribí asiduamente. Entre otras cosas, un librito titulado *El pensamiento económico en la moderna filosofía de la Historia* que Hachette editó en Buenos Aires en 1957 y al poco tiempo se agotó. Fue vertido al portugués por la Universidad de Minas Gerais, en la que, posteriormente, dicté un curso.

-Las editoras argentinas (Hachette, Paidós, Selección Contable) han acogido de buen grado varios trabajos míos sobre temas económicos y sobre los de la moderna empresa. Entre 1959 y 1972 fueron publicados cuatro libros acerca de tales temas. Todos ellos han tenido amplia difusión en América hispana y son utilizados como textos en algunos centros de enseñanza universitaria.

-En *Sentido y actitud en la vida* (La Paz, 1966) aparece todo cuanto atañe a mis inquietudes intelectuales y a mi enfoque de la vida tanto en la dimensión de su trascendencia como en su sentido social y dramático, así como en lo que hace a las exigencias pragmáticas y estéticas que ella encierra, no siendo las menos estas últimas que invocan en el espíritu, entre otros sentimientos, un gusto por la poética; para mí suprema expresión de lo más purificado, hondo y patético que encierra el alma humana.

-En *La ciudad y la empresa* (La Paz, 1971) volqué mis inquietudes e interés por las diversas facetas y por cuanto concierne a estas dos estupendas manifestaciones de contrapuestas fuerzas o tendencias latentes en el ser humano: la gregaria-solidarista y la excluyente- egoísta que se expresa tan plástica y vitalmente tanto en las ciudades como en las empresas en el mundo.

-Esta ya en venta otro librito: *Relaciones humanas en una nueva dimensión: a la luz de Theillard de Chardin*, en el que procuro aportar algo al enjuiciamiento de un problema fundamental: el del impacto en las Relaciones Humanas por el impulso evolutivo de la educación en el mundo de hoy. Theillard ha ejercido sobre mí considerable influencia.

-Actualmente me encuentro abocado a la preparación de un texto sobre economía cuya conclusión ha de demandar, cuando menos, un par de años más.

-En fin, he consagrado 40 de mis 65 años de vida a la cátedra - dentro y fuera de Bolivia - a la banca, a la minería ya instituciones de desarrollo económico y social. Creo que, en efecto, no me equivoqué cuando llegué a la conclusión de que la Economía habría de brindarme el grado de eclecticismo y amplitud de visión que mi espíritu anhelaba sin que tuviera por precio una renuncia a los intereses y problemas del mundo y la vida.

-A lo largo de todo ello, me ha deleitado la buena literatura. He leído tres veces, íntegramente, la serie completa de *En busca del tiempo perdido* de Proust. Aunque pudiera parecer que con ello fui yo quien perdía el tiempo, creo que no ha sido así. ¿Y en cuanto a poetas? En primer lugar Poe, luego Rubén Darío, Tennyson, muchos de los parnasianos y todos los simbolistas franceses, Pablo Neruda, José María Eguren, Franz Tamayo y César Vallejo.

René Ballivián C.

PRÓLOGO

Constituye un acto de justicia histórica e intelectual llamar la atención sobre la obra -variada, original y precursora - de René Ballivián Calderón, la que merece una divulgación mayor y un reconocimiento más adecuado de la comunidad cultural boliviana y latinoamericana. La reedición de su libro *Sentido y actitud en la vida*, publicado por primera vez en 1966, nos brinda la oportunidad de esbozar unas breves palabras en torno a una vida y a una creación cultural realmente digna de un estudio más amplio y profundo. Y ello por dos motivos. La biografía de Ballivián nos muestra los avatares y las dificultades de una existencia que, en medio de los procesos revolucionarios, los desórdenes políticos y las mudanzas ideológicas, se mantiene fiel a un ideario profesado desde la juventud, en contraposición a los hábitos prevalecientes en la sociedad boliviana, que fueron y son los del rápido acomodo al sol que más calienta. Esta obra tuvo poco eco porque no seguía las tendencias que predominaban en aquellos días; la intelectualidad boliviana siempre ha sido reacia a discutir obras que no están a la moda del día y cuya lectura presupone un cierto esfuerzo interdisciplinario.

Por otra parte, los libros de Ballivián exhiben una notable riqueza temática y un bagaje diversificado de conocimientos que hoy han resultado ser indispensables para fundamentar una ciencia económica de carácter humanista y para superar las estrecheces tecnoburocráticas de los economistas contemporáneos. Ballivián fue asimismo un precursor del liberalismo pluralista y democrático de nuestros días y del rol político-doctrinal de la empresa privada. Baste mencionar que a comienzos de la década de 1960 fue uno de los impulsores más importantes de la actual Confederación de Empresarios Privados de Bolivia (CEPB) y de la Unión de Empresarios Católicos de América Latina (UNIAPAC), cuando tales instituciones no gozaban del favor público. Uno de sus méritos mayores es precisamente el haber propugnado un liberalismo económico aunado a la democracia pluralista, mucho antes de que el actual fundamentalismo neoliberal se pusiera de moda.

René Ballivián Calderón nació en Guaqui el 15 de octubre de 1909 y murió en Santa Cruz el 5 de noviembre de 1979. Bajo la protección de su abuelo Ignacio Calderón (que era por entonces ministro plenipotenciario de Bolivia en Washington), realizó una parte de los estudios escolares en los Estados Unidos, lo que le permitió desde muy joven un dominio perfecto del inglés. Emigró posteriormente a Santiago de Chile, donde trabajó en establecimientos bancarios norteamericanos. En 1932 retornó a Bolivia para enrolarse voluntariamente en las filas del ejército durante la Guerra del Chaco; estuvo en el frente de batalla, donde, se contagió de un paludismo persistente y donde conoció los vientos de reforma y revuelta que luego se transformarían en las corrientes socialistas y nacionalistas que signaron la escena político-ideológica boliviana hasta 1985. Fue consejero económico de la Embajada Boliviana en Washington durante algunos años.

Durante este tiempo cultivó la amistad del poeta español Juan Ramón Jiménez, más tarde portador del Premio Nobel.

En 1945 ingresó a la Compañía Aramayo de Minas, de la que llegó a ser su gerente general y de la cual conservó el mejor recuerdo. Sentía una gran admiración por el talento organizativo de Don Carlos Víctor Aramayo y de Don Simón Patiño, los forjadores de conglomerados empresariales más relevantes y exitosos que ha tenido Bolivia hasta hoy. (Por razones similares apreciaba positivamente los esfuerzos del Presidente Montes por modernizar el país, aunque Ballivián nunca perteneció al Partido Liberal). Perseguido y detenido por el régimen del Movimiento Nacionalista Revolucionario en abril de 1952, tuvo que salir al destierro; pasó cinco años de exilio en Lima y otros tantos en Buenos Aires. Fue catedrático de economía en universidades argentinas y brasileñas. Intelectualmente aquellos tiempos de exilio fueron los más fructíferos para la reflexión y la preparación de su obra posterior. Ballivián regresó a Bolivia en 1962; fue alto ejecutivo del Banco Industrial y del Banco Hipotecario, asesor de la recién fundada Corporación de Desarrollo de La Paz (CORDEPAZ) y, simultáneamente, catedrático de la Universidad Mayor de San Andrés.

Era nieto del científico e incansable viajero Manuel Vicente Ballivián. Aunque Don René sentía probablemente un discreto orgullo en relación a su origen y posición, nunca se jactó de ello en público. Sus raíces aristocráticas se reflejaron en sus gustos depurados, en sus aficiones bibliófilas, en su amor a los objetos de arte y -last but not least -en su invariable humor de cuño británico. Era un gran conocedor de la literatura francesa y británica. Y precisamente en el libro ahora reeditado, en un comentario sobre la amada y frecuentada obra de Marcel Proust, Ballivián esbozó lo positivo de la "actitud aristocrática" - la independencia de criterio, la perspectiva del largo plazo, la auto-ironía, el arte de la hospitalidad -, tan diferente y distante de la frivolidad burguesa.

Ballivián fue sin duda un economista singular. Primeramente hay que mencionar el hecho de que fue un precursor, es decir alguien que va contra las grandes corrientes de moda y que abraza una causa que mucho después se transformaría en la tendencia predominante del mundo actual (y de Bolivia). Los precursores son gente incómoda: los propios contemporáneos los combaten sin piedad (o no los comprenden) y las generaciones posteriores se olvidan fácilmente de ellos. Cuando el marxismo y sus variantes representaban la doctrina indubitable en el ámbito académico y el estatismo la praxis cotidiana en la economía, Ballivián sostenía la necesidad de achicar y hacer más efectivo el aparato estatal, reducir el fenómeno burocrático, introducir el mercado libre en todos los ámbitos, privatizar las empresas del Estado y abrirse al mundo exterior. En aquellos tiempos (1960-1979), cuando hasta los empresarios privados celebraban la planificación centralizada y la expansión de las funciones estatales y mantenían estrechos vínculos con la dictadura militar de turno, nuestro autor criticó severamente la doctrina del cepalismo y propugnó la introducción de principios liberales en la esfera económica, complementados mediante la democracia política, la tolerancia ideológica y el Estado de Derecho.

La originalidad de Ballivián reside ciertamente en la vinculación del análisis económico con algunas disciplinas situadas, por lo general, a bastante distancia de las preocupaciones habituales de los economistas. Este nexo poseyó en nuestro autor un marcado talante humanista, que provenía de la tradición clásica en la cual se formó Ballivián. El título de uno de sus libros señala la dirección de sus labores intelectuales: *El pensamiento económico en la filosofía de la historia* (Buenos Aires: Hachette 1957), obra consagrada al análisis de las teorías de Oswald Spengler, Alfred Weber, Arnold Toynbee y Karl Jaspers. Otros autores que influyeron claramente en Ballivián fueron Edward Gibbon, Sir Winston S. Churchill, Pierre Teilhard de Chardin y José Ortega y Gasset, cuyos escritos eran para Ballivián fuente de inspiración y también de mesurada crítica. En el caso boliviano apreciaba la obra de Alcides Arguedas y Franz Tamayo sobre todo en su vertiente poética. Se puede aseverar que Ballivián trató de crear una síntesis fructífera entre la ciencia económica, por un lado, y la sociología, la filosofía de la historia y la teología por otro.

De estos afanes se derivan dos grandes temas que representan las reflexiones más profundas de Ballivián: el intento de aprehender las tendencias de la evolución histórica, es decir el

designio de percibir las metas ulteriores del esfuerzo político-social de la colectividad, (por una parte, y el propósito de alcanzar una vida moralmente bien lograda, por otra. No hay que olvidar que Ballivián fue un católico convencido, un creyente preocupado por la relación entre Dios y el Hombre y por las implicaciones éticas de nuestros actos cotidianos. En ambos casos se trata de reflexiones en torno al sentido de la vida social y personal. Por ello se interesó por autores existencialistas como Jaspers y Teilhard de Chardin, quienes combinaron una temática histórica o cosmológica con la problemática individual en el mundo contemporáneo.

El libro *Sentido y actitud en la vida* no da respuestas definitivas a estos magnos retos; ubica más bien el entorno, los obstáculos y las variadas alternativas - teóricas y prácticas - que se dan en relación con nuestras decisiones existenciales y con nuestras visiones del mundo. Lo valioso de éste y otros escritos de Ballivián debe ser visto en su conciencia crítica de los problemas, es decir en el hecho de enfocar los fenómenos desde diferentes ángulos y variadas perspectivas, considerando simultáneamente los fundamentos epistemológicos y las implicaciones sociales de los mismos y partiendo del nivel intelectual de reflexión alcanzado ya en otras latitudes. La base de Ballivián era la fe cristiana y católica, enriquecida por la reflexión teórica de índole racionalista; él creía ciertamente que el sentido de la historia no desembocaba en el socialismo (y en ningún otro totalitarismo), pero que el éxito del liberalismo económico no lo liberaba de un claro sentido de responsabilidad y solidaridad frente a los más débiles y a los menos exitosos.

La calidad intrínseca de la obra de Ballivián - y lo que la diferencia eficazmente de los economistas convencionales - reside en su saber multidisciplinario y en su fino espíritu crítico-analítico. Su lugar en la cultura boliviana se halla en la fructífera y nada usual interrelación entre economía, filosofía y teología y en la indagación por el sentido de la vida individual y colectiva, en una época que nada quiere saber de la dimensión que trasciende nuestra materialidad.

H.C.F. Mansilla

PREÁMBULO

Consigno a estas páginas sin más título que el de la sinceridad - mi interpretación del sentido de la vida y de las posibles actitudes que es capaz de invocar. Tal sería la cosecha de mis experiencias de la vida. He ahí una frase tremenda. Experiencia ésta, como aquella con la que algún día, ineluctablemente, ha de enriquecer nuestra alma la gemela peripecia de la muerte, única, personalísima y solitaria. Más todavía: desgarradoramente íntima y obviamente intransferible. De ahí que el comunicarla asuma dramática forma de una confesión.

Si me he dado por satisfecho con que a poco de pasar los cincuenta y seis años puedo tener por suficientes estas experiencias y por madurados los conceptos que han ido forjando en mi conciencia, se debe a que he coincidido con José Ortega y Gasset en que no siendo ilimitadas las incidencias de la vida tampoco son las de la cosecha de nuevas vivencias, por lo que, a tal altura del vivir el hombre ha experimentado ya todas las formas esenciales del vivir.¹

Al recordar a Ortega me ha parecido que se justifica un breve paréntesis: percibirán, quienes me acompañen, la notoria influencia ejercida en mi por los así llamados filósofos de la historia y, en particular, la de Toynbee, uno de cuyos más severos críticos es precisamente Ortega, quien le enrostra su antinacionalismo, hecho que no deja de llamar la atención, ya que para Ortega el hombre está preso en el aquí y desterrado del Universo, que en su auténtica patria, verdad de a cuño, lanzadas sin embajes en el mismo resuello en el que afirma el pensador español su credo parroquialista.

¹ Una interpretación de la Historia Universal: En torno a Toynbee (Madrid 1960), pág 40.

También le enrostra un excesivo mecanicismo que sin apagar la luz vuelve pardos a todos los gatos, en lo que estoy de perfecto acuerdo pero me pregunto ¿no es ésta la enfermedad profesional de los filósofos de la historia? ¿no es evidente en todos ellos ese forzar los datos históricos a fin de que encajen, quieras que no, en el preconcebido esquema?

Empero reconoce, que no puede ser de otra manera, la validez universal y permanente del gran concepto toybeeano del reto respuesta. Su punto de discrepancia reside, mas bien, en que le asigna una vigencia permanente, acosante y no la de una incidencia dramática, nos sugiere la gran obra del filósofo historiador inglés. Y por gran obra la tiene Ortega. Pues bien, este universal motivo del *challenge and response* es uno de los temas básicos en las páginas que siguen.

En todo caso, cuanto llevo visto, oído y sentido en mi peregrinaje terrenal me induce a pensar que hay una aguijoneante necesidad del alma de hallarle rumbo en medio de sus tribulaciones, y es ella la que me ha inducido a sugerir algunas cosas que al ser humano, sumido en la maraña y en las sombras de nuestra deshumanizada sociedad industrial, pueden resultarle orientadoras. No desespero de la posibilidad de que tenga lugar un fecundo encuentro de Homo Religiosus y Homo Faber.

La perentoriedad de esta ansia de meta y rumbo, de objetivo claro, a la que sólo puede satisfacer la posibilidad de una finalidad trascendente, se toma tanto más reiterada y angustiada cuánto más deliberada la negativa del agnosticismo de saber ese anhelo de proyección redentora.

En medio del laicismo prevaleciente puede resultar ésta una voz que clama en el desierto² con la esperanza de alentar en la conciencia del hombre moderno la convicción de que existe una congruencia entre sus esfuerzos y los grandes designios de la Providencia y brindarle, de esta suerte, el reconfortante estímulo del concepto de una finalidad mancomunada y, por lo mismo, en sus alcances finales, trascendente.

Posibilidad, bien lo sabemos, negada por una actitud agnóstica, no obstante ser la única capaz de abrimos el camino hacia una interpretación de la razón y del sentido del acontecer en este mundo y de permitimos descubrir en nuestro destino una dirección.

La idea de la trascendencia en una proyección unificante de la solidaridad como una concreción terrena de esa proyección y del drama y los cismas precursores de nuevas integraciones en un ordenamiento superior, constituye una interpretación del destino del hombre filosóficamente plausible, que encierra la virtud de invocar determinadas actitudes espirituales estimulantes y potencialmente creadoras.

2 Isaías 40:31

CAPITULO I

EL SENTIDO TRASCENDENTE DE LA VIDA

El acosante y mayúsculo problema del hombre moderno es el de como trascendentalizar su destino y sus afanes a fin de conferirles un sentido dentro de los procesos de la moderna sociedad industrial, deshumanizada, exigente y fría y, sin embargo, en apariencia desprovista de finalidades de un orden superior, de objetivos claramente discernibles en medio de su agobiadora ordalía. Sus grandes esfuerzos y sus portentosas realizaciones dan la apariencia de carecer de una proyección a la vez reconfortante y dignificadora, cual sería la de integrarlas en un plan aunador de las cosas de la Tierra y del Cielo o, como diría el padre Teilhard de Chardin, en una "síntesis liberadora" de ambas, de la que "puede nacer la parusia del Cristo Universal". Podrá decirse que basta el objetivo de atender con productos y servicios a la subsistencia de la humanidad, mas en ello hay implícita la limitación inherente a un proceso de mera supervivencia

animal; una finitud desconcertante y en apariencia inútil. Únicamente si se avizora tras esta insulsa trama la perspectiva de una congruencia con los designios divinos, en conjunción creadora con ellos, se reviste de significado y sentido a los esfuerzos de Homo Faber, entendido éste en la acepción más amplia; la de todo ser volcado a un esfuerzo creador.

Siguiendo a A. N. Whitehead vemos en Dios al "gran compañero" en la cotidiana obra de creación. En El toda creatividad encuentra a la par que su más sublime Epifanía su definitiva y eterna realización. Y es por ello mismo que "el mayor acto de alabanza a Dios es la actividad"¹ que prosigue, moldea y completa las realizaciones del Padre en la concreción particularizada del ser como inmanencia de El y que, en su peregrinaje mundanal, al procurar acercarse al paradigma de toda posibilidad de existencia, que es Cristo, Señor de la Tierra, encontrará la plenitud de su realización. Tal propósito entraña al mismo tiempo que un redentor afán de creatividad, la virtud no sólo de una aceptación de la realidad sino la de manifestar una conformidad con la "creación tal cual es". En suma "la acción redime y cuanto más intensa más redime"².

Es por ello que nuestro gran anhelo, y la condición de el, sea la de ver reunidos en el ser al Homo Religiosus y al Homo Faber. ¿Mas cómo lograr esta simbiosis salvífica? La gran aventura del hombre occidental será la de acertar con las rutas espirituales que lo conduzcan al reino de Dios, lo que equivale a decir, a vivir al calor de su inmanencia y en Su gracia.

"Al rendimos a ella - dice Bultman³ - nos liberamos de toda ansiedad por nosotros mismos y por nuestra seguridad y en esta libertad se alcanza un nuevo poder: el poder que confiere una nueva esperanza".

Puede suponerse que esta actitud beatífica, tan propia de las religiones orientales, particularmente de la hindú, nos atará las manos, obligándonos a renunciar a la acción, como en efecto ocurrió en esas sociedades, deteniendo su desarrollo hasta que se vieron obligadas a despertar, no ya al calor de una nueva vivencia religiosa sino al toque de la varita mágica de una extraña y arrolladora sociedad tecnológica salida de un medio decididamente terrenal y materialista. Inversamente, esta sociedad que delegó su salvación, para no "atarse las manos", puede acaso hallar en las experiencias religiosas orientales, esencialmente subjetivas y contemplativas, henchidas de misticismo, la ayuda y el estímulo a la par que las enseñanzas merced a las cuales le sea dado conferir a su actividad y a su esfuerzo un contenido trascendente y, por lo mismo, congruente con los designios del Creador.

La posibilidad de redención del hombre occidental merced a la simbiosis de Homo Religiosus y Homo Faber no podrá ser alcanzada a través de un cristianismo formalista y convencional al que el hombre ha delegado su salvación; salvación en el sentido de una comunión entre sus inquietudes y las finalidades del Padre que lo envió a la Tierra, y mucho menos a través de un agnosticismo que al negarle toda trascendencia le priva de la posibilidad de conferir sentido y dirección a su vida. Pero, y esto es lo significativo, quienes se apartan del cristianismo actúan de tal suerte no porque les parece demasiado difícil "sino porque no les parece lo bastante hermoso" (Teilhard de Chardin). Sin embargo, el cristianismo es, en su esencia última, hermoso y lo es, fundamentalmente, debido a la aceptación por Cristo de un mandato de Dios, del Padre, sobre lo que diremos más; y luego, por la grandeza de su Esfuerzo, con mayúscula, como lo consigna en sus Reflexiones sobre la Conversión del Mundo el tantas veces citado pensador y hombre de ciencia Teilhard de Chardin. Es en efecto por la grandeza de ese Esfuerzo que Cristo ha de ser visto como la plena realización existencial y como al Señor de la Tierra. Y el esfuerzo es por esencia creatividad, "ecuación en la que está contenido todo el "simbolismo metafísico de la Cruz" (Paniker) que, por ello mismo, es no ya únicamente "símbolo de expiación sino también signo de crecimiento a través del dolor" (Teilhard de Chardin).

1 Salvador Paniker: "Hinduismo y Mundo Occidental", *Revista de Occidente* N° 30, 20 época, pág. 325.

2 Idem.

3 En una carta dirigida a la Misión Industrial Sheffield.

Cristo involucra en su plenitud y totalidad la esencia del espíritu occidental, consagrado al esfuerzo y a la creatividad, si necesario a costa del sufrimiento y del dolor. Los redentores orientales fueron esencialmente contemplativos y dieron con los arbitrios espirituales capaces de anular el dolor y el sufrimiento, al propio tiempo que justificaban la inacción y se "ataban las manos". El Esfuerzo de Cristo consistió no sólo en el martirologio de la cruz sino en que debía tener por desenlace ese martirologio el declararse vencedor de la muerte en la Resurrección, y en la anhelada posibilidad de su parusia.

Pienso que estaríamos justificados al preguntarnos hasta cuando perdurará en el mundo la desconcertante dicotomía de las "cosas del cielo" y de "las cosas de la Tierra", de Homo Faber -en la amplia acepción que le he asignado – y de Homo Religiosus. La posibilidad de un sincretismo ecuménico, ya avizorado en la lejanía de un futuro todavía incierto; los portentosos desarrollos de la ciencia que acercan al hombre al umbral de lo irracional y aun al mundo de lo invisible, las grandes tribulaciones de la humanidad, todo ello, acaso sin que el hombre mismo lo perciba claramente, lo va acercando a Dios. En efecto, cuanto vemos y sabemos parece "preparar la posibilidad de un nuevo ascenso evolutivo merced al encuentro de la mística y la acción"; proceso redentor llamado a liberar al hombre occidental de "la trampa de su opción - noble y fecunda pero trampa al fin" - "que lo indujo a" castrar su sentido místico" a fin de que "le quedaran las manos libres para la acción"⁴. Renunció, en fin, a realizar dentro de su alma la gran experiencia íntima de hallar en sí mismo a Dios, por lo que se vio extraviado en el mundo sujeto a su finitud, que por fuerza es desconcertante y terriblemente angustiosa.

La posibilidad de ese ascenso evolutivo está dada por el hecho de que el ser humano - quieras que no - es, como nos lo explica San Agustín, ciudadano en dos comunidades: en la Civitas Dei y en la Civitas Homes o, si se quiere Diabolis, requisito éste que debemos tenerlo por esencial a la realización de su destino final y último, que es el de la comunión con su Creador; acaso en el punto Omega de Teilhard de Chardin.

De ahí que todo aquel que se detenga a meditar sobre el curso de la historia de inmediato atisbará en su "selva oscura"⁵ un proceso de sucesivas integraciones y desintegraciones pero cuya dirección última las induce a resolverse en integraciones de amplitud y alcances de un orden siempre superior. Vale decir, que en el acontecer humano actúa una dinámica que es, en definitiva, centrípeta, unificante, "holística". Holos, en griego, significa totalidad y propone la teoría "holista" el concepto de la totalidad como uno de los básicos requisitos del devenir y como algo distinto y superior a una simple unión o añadido de las partes; bien que cada una de ellas constituye la particularizada concreción de una posibilidad - como diría Alfred N. Whitehead - mayor y, respecto de esa concreción, necesariamente trascendente. Toda trascendencia es, en último análisis, la posibilidad más amplia de una particularizada incidencia.

En interesante y cordial capítulo consagrado a rendir tributo de gratitud y con el que cierra el *tour de force* de su gran Estudio de la Historia, consigna Arnold Toynbee uno para el Mariscal Smuts por haberle comunicado en su *Holism and Evolution* ⁶ el concepto de que en el movimiento cósmico: "la realidad para a través de diferentes órdenes del ser sin perder su continuidad o identidad. Los órdenes difieren, pero el genio de la Creación y la meta hacia la que encamina su curso, son los mismos en cada uno de los niveles de la jerarquía de las criaturas sucesivas" ⁷.

Podemos formamos una idea más clara del contenido filosófico del "holismo" al meditar en la siguiente cita tomada de la obra de Smuts que el filósofo historiador británico somete a nuestra consideración:

4 S. Paniker.

5 Dante, *Divina Comedia* Infierno, I. I.

6 La 2ª edición de esta obra, que es la que tuvo en sus manos Toynbee, está fechada en Londres en 1927.

7 *Estudio de la Historia* Vol. 13, pág. 297 (Buenos Aires. 1964)

"El "holismo", tal como lo implica su idea misma, es una tendencia hacia la unidad, una fusión y ordenamiento de elementos múltiples en nuevas unidades. De lo más o menos homogéneo a lo heterogéneo; de la multiplicidad heterogénea nuevamente a una armonía mayor, más avanzada, a una unidad estructural armoniosa cooperativamente ordenada..."⁸.

Otra cita, tomada de un psicólogo occidental moderno, desarrolla este mismo concepto:

"...toda evolución va de lo complejo a lo expresado, de lo difuso a lo intenso y otra vez a lo disperso. Tal es la sístole y la diástole del tiempo, la corriente alterna que mueve el universo" ⁹.

Pueden multiplicarse las citas en torno a este gran tema. El mismo Toynbee invoca el testimonio del conde de Saint-Simon, que se aplica muy cabalmente a situaciones políticas y sociales en las que se quiebra de pronto toda organicidad; se renuncia implícitamente a toda posibilidad cohesiva y se pierde no únicamente un sentido de dirección, de objetivos comunes, sino de fe en las posibilidades de realización de una empresa o de una colectividad:

"La ley del desarrollo de la humanidad - dice Saint Simon- nos muestra dos estados disímiles y alternos de la sociedad: uno que lo llamaremos orgánico... el otro que lo llamaremos el estado crítico, en el que toda comunión de pensamiento, toda acción de ensamblaje, toda coordinación cesa y en el que la sociedad no presenta más que una aglomeración de individuos aislados y en pugna unos con otros"¹⁰.

Actúa pues la humanidad, como lo advierte Empédocles, bajo el rigor de dos fuerzas; primigenias y vigorosas, en último término las únicas: la del Amor -aglutinante, cohesiva, centrípeta- y la del Odio - dispersadora, aventador a y centrífuga. Las vemos actuando permanentemente en la historia, pero la tendencia última es la cohesión organicista y centrípeta por la sencilla razón de que, en realidad, toda forma del acontecer es una limitación particularizada de una más amplia, desprendida de ella. Esto lo advirtió Hegel a principios del siglo XIX y A. N. Whitehead a principios del siglo XX.

"Un individuo -dice Hegel- recorre distintas fases en su educación y permanece el mismo individuo; e igualmente un pueblo, hasta la fase que sea la fase universal de su espíritu..."¹¹

"Los pueblos - añade - son producto que expresan una época de la historia universal" ¹².

El mismo concepto aparece en *Science and the Modern World*, donde Whitehead concibe "toda actualidad en relación esencial con una inimaginable posibilidad...y toda ocasión actual como una limitación impuesta a lo posible", así como una "síntesis de la totalidad dentro de las limitaciones de su propio modo" lo que implica la necesidad de evaluar el contenido de esa concreción en términos de una posibilidad más amplia y ésta en términos de sus sucesivas concreciones. De lo que debemos pues estar persuadidos es de que no existen "ocasiones aisladas" y de que lo actual es "de uno a otro extremo unión; unión de lo que de otra suerte serían objetos eternos aislados y unión de todas las ocasiones actuales... que se manifiestan como un proceso". Dios, como quiera que lo llamemos, resulta siendo, naturalmente, la "última limitación y Su existencia la última irracionalidad" ¹³.

Vemos también esta mismas ideas en años aún más recientes, expuestas en *El Fenómeno Humano, el magnun opus* del gran jesuita Teilhard de Chardin, (el Santo Tomás moderno según sus exégetas). Tanto el concepto "holístico" de sucesivas integraciones en planos siempre

8 Holism and Evolution (1926) pág. 241.

9 Gerald Heard: The Ascent of Humanity (Londres, 1929) pág. 260.

10 Ouvres de Saint-Simon et d'Enfantin. Vol. 41 (Paris. 1877) pág. 170. (cita trad. por el autor)

11 *Lecciones sobre la Filosofía de la Historia Universal.* (Madrid, 1953) Vol. I, pág 57.

12 Idem pág. 59.

13 *Science and the Modern World* (Nueva York, 1956), págs. 173-180 (citas trad. por el autor).

superiores como el de las concreciones particularizadas de la trascendencia, que es la lógica consecuencia de ese concepto unificante, están ahí. "¿Cuál es la labor de las obras humanas - inquiera Teilhard de Chardin - sino el establecimiento en cada uno de nosotros de un centro absolutamente original, en el cual se refleja el Universo de una manera única, inimitable... ?" 14.

El proceso "holístico" de integraciones en un plano cada vez superior queda enunciado cuando propone que la psicogénesis, que eleva a las formas animales a la altura del hombre, se pasa al "alumbramiento y desarrollo del Espíritu, la Noogénesis"¹⁵ en un proceso evolutivo por el que se asciende hacia la Conciencia que debe a su vez "culminar hacia adelante en alguna Conciencia superior..." y como quiera que "el Espacio-Tiempo, por el hecho de contener y engendrar a la Conciencia, debe ser (al menos el espacio es) de naturaleza convergente y confluir en algún lugar hacia adelante, en un punto - llámémosle Omega-"¹⁶; quedaría ahí fusionada y consumida toda concreción actual y verdadera de la Conciencia. Y ese punto Omega es visto por el gran filósofo jesuita como un misterioso Centro de nuestros centros" 17.

Si toda ocasión constituye una forma o modo de limitación de una posibilidad más amplia y mayor y la posibilidad suprema y última es Dios, como quiera que le llamemos, y aceptamos el principio "holístico" de que la "sístole y la diástole" del tiempo conducen a armonías de proyecciones cada vez más elevadas, nos es dado entrever la posibilidad de la unión del hombre en Dios como meta final de la historia y de una visión beatífica como realización de un anhelo supremo.

En realidad, el ansia del hombre es encontrar, no únicamente en el universo sino ante todo en sí mismo, una síntesis, un concepto central y básico del que arranque todo y en el que sus diversas formas de expresión hallen su justificación y su explicación. Este fue el drama de Goethe. Desorientado por la variedad de sus diversos e insignes talentos "que se lanzaban como caballos en direcciones opuestas", confrontó el crucial reto de un desquiciamiento emocional al que la única posible respuesta era dar con el centro de su personalidad, con lo que llamaba un "módulo secreto" en el que todos los conflictos queden resueltos; tal era su acosadora obsesión y en busca de ese "módulo secreto" realizó exploraciones en las profundidades de la conciencia igualadas sólo cien años después cuando Freud, Jung, Adler, etc. resolvieron aventurarse por esas mismas oscuras y escabrosas rutas.

Interesante es constatar cómo este continuo proceso de integración-desintegración-integración se manifiesta en disímiles esferas, desde las más prosaicas hasta las más excelsas. También se pone en evidencia en las formas de organización de nuestros trabajos, como nos lo advierte Ortega y Gasset. Las especializaciones constituyen, al fin, segmentos, o si se quiere, concreciones de una posibilidad más amplia, que suelen invocar las vocaciones del "hombre-masa" orteguiano y que siguen al momento verdaderamente creador y primigenio en el que tiene lugar la formulación de principios básicos; pero nos es dado advertir que ese proceso dispersador suele ser el heraldo de una nueva posibilidad de síntesis de un orden superior: La física newtoniana abrió el camino a numerosos campos de indagación y experimentación que tienden ahora a encontrar, en un "campo unificado", una interpretación más total del cosmos.

Hallamos en los procesos de la economía una de las manifestaciones a la vez que más evidentes más simples de esta dinámica alternativamente centrípeta y centrífuga; de este perenne proceso que nos conduce de una modalidad organicista a otra de desintegración para recobrar luego una nueva modalidad orgánica de alcances y posibilidades mayores. Así, a los tempranos monopolios del imperialismo colonialista reemplazó el fraccionamiento y la dispersión en unidades

14 -----
El Fenómeno Humano (Madrid, 1963) pág. 313.

15 Idem. pág. 219. El término Noosfera de Teilhard de Chardin tiene su origen en la palabra griega Noos, que alude a la esfera de la mente y el espíritu.

16 Op. cit. pág. 311 (cursivas y frase entre paréntesis del autor).

17 Idem, pág. 321.

de alcances menores que, a su vez, fueron gradualmente reabsorbidas en otras de proporciones más grandes, al punto que al fraccionamiento y la dispersión ha reemplazado un vigoroso proceso de reagrupamiento (a través de fusiones, consolidaciones, carteles, *trusts*, *holdings*) de un carácter esencialmente integracionista y que es el que en la actualidad confiere a la economía su conformación oligopólica y sus mercados de competencia imperfecta.

Si de la esfera económica pasamos a la política encontraremos nuevas manifestaciones de este mismo proceso: a la dominación romana en lo que hoy es Francia, Alemania, la propia Italia, la península ibérica y Gran Bretaña, como grandes unidades de un imperio "ecuménico" reemplazó, durante unos catorce siglos, un parroquialismo ático de estado-ciudades antes de que, merced al esfuerzo de sus propios hijos, se lograra una compactación de amplitud nacional, proceso cumplido en el transcurso del siglo XIX; en tanto que en el actual, como requisito previo de una futura Europa políticamente unificada, se ha estructurado un Mercado Común y una Zona de Libre Comercio. (La posibilidad de que en América Latina, al cabo de siglo y medio de lograda su independencia, pueda ser cumplida esta misma hazaña de echar las bases de su propio Zollverein como primer paso hacia una compactación política es todavía incierta).

La forma y el proceso es siempre el mismo: alcanzada la emancipación las otrora grandes unidades coloniales, propicias a una explotación centralizada de bajos costos, se resquebrajan, al calor de un encendido provincianismo, en unidades nacionales más pequeñas pero sin reparar, en el momento de la euforia, en el grado de viabilidad de los nuevos e incipientes estados o, muchos menos, en su alta e innecesaria onerosidad. A poco de andar, sin embargo, ese obviamente inviable provincianismo plantea la necesidad de un reagrupamiento. El Congreso de Panamá de hace casi siglo y medio, el Pan-africano de hoy con sede en Addis Abeba, los reiterados esfuerzos, principalmente desde el Cairo, por gestar un pan-islamismo de vastos alcances responden a la misma necesidad vital y acosante de reagrupar a nuevas y tambaleantes naciones en unidades políticas y económicamente fuertes y vigorosas. Es decir, que a la integración colonialista sigue el desmembramiento de la autonomía y, a éste, una inversa tendencia marcadamente cohesiva en la que estadistas y pueblos se muestran más dispuestos a renunciar a ciertos atributos de la soberanía. Es éste "un movimiento que no se detiene... la unión en un bloque, inevitable y ya siguiendo su curso... más allá de los límites de las naciones y de las razas"¹⁸.

Permítaseme a esta altura una breve digresión acerca del hecho de que este proceso de integración-desintegración-integración en la esfera política tiende a acelerarse en dos grandes zonas: la del Cercano Oriente y África, un vasto número de nuevas naciones - algunas de proporciones económicas y políticas manifiestamente ineficaces - desgajadas de los *ci devant* imperios colonialista británico, francés y belga dan muestras de estar animados de afanes reintegracionistas. Asumen tales afanes perentoriedad en un momento histórico que, cronológicamente, antecede en mucho a aquel en el que Europa se esforzaba por pasar de la constelación multiforme de sus estados-ciudades a otra, menos abigarrada, de proporciones nacionales, o en el que América Latina busca a su vez superar su propia inicial dispersión nacionalista.

Luego, si de las esferas económica y política nos elevamos a la de la religión encontramos, aún en ella, un similar proceso de dispersión y aglutinamiento. Vemos el budismo dividido en centenas de sectas y al Cristianismo post-Reforma en más de una veintena, pero si es una prueba de vitalidad la capacidad para llevar a cabo el tour de force de un reagrupamiento al cabo de la dispersión, no hay duda que el cristianismo, a diferencia del budismo, pasa esa prueba merced, sobre todo, a la tarea que se impone la Iglesia Católica a través de su Segundo Concilio Ecuménico, de lograr la unión de las diversas sectas en una sola gran Iglesia cristiana. La posibilidad de que esa reunión tenga lugar parece todavía incierta, y en todo caso remota, pero en modo alguno debe descartársela.

18 Teilhard de Chardin, op. cit. pág. 332.

La posibilidad - todavía más portentosa - de que las grandes religiones cumplan su propio proceso "holístico" en un sincretismo ecuménico, avizorado ya, tampoco puede descartarse y es, en realidad, una condición del trascendente proceso de acercamiento del hombre a Dios.

En el cristianismo, aunque los mayores teólogos contemporáneos no son católicos - un Niebuhr, un Tillich - sí lo son recursos e influencia, por lo que la fuerza aglutinante es la del catolicismo, en realidad, la de un neocatolicismo que nos ofrece evidentes pruebas de vitalidad dinámica y remozante. Pero cuando se plantea la incógnita de cual ha de ser el credo catalizador y cohesionante en la gestación de ese posible y anhelado aunque todavía remoto sincretismo, por lo mismo de su lejanía y la equiparable fuerza, cuando menos en un sentido cuantitativo, de las grandes iglesias hoy existentes en el mundo, todo intento profético parece prematuro, bien que, Toynbee por ejemplo, lo ha realizado, asignando a la diáspora ecuménica judía, por razón precisamente de su ecumenicidad, el papel cohesionante.

Porque pensamos que Cristo es quien nos muestra el camino hacia Dios y que está dispuesto a "dar su vida por sus ovejas", es no menos cierto que las tiene también en otro redil, y si bien el Evangelio nos dice que ellas oirán su voz y al fin habrá un solo rebaño y un solo redil¹⁹, es el caso que aumenta en la actualidad la militancia en las profesiones no cristianas, no obstante el considerable esfuerzo misional del cristianismo, a paso más acelerado, de donde resulta que por comparación con el de Cristo, los otros rediles están cada vez más poblados. Si el 35 por ciento de los seres del mundo eran cristianos hacia 1900 se estima que dentro de treinta años sólo lo será el 20 por ciento. Y las perspectivas de que esta tendencia expansionista de las iglesias no cristianas se vea de alguna manera contrarrestada son poco plausibles. En efecto, ¿cómo podría tener lugar la alteración de esa tendencia? ¿Merced a la aparición de un gran profeta que complete la ordalia de Cristo en la Tierra? O, acaso, ¿merced a una cruenta eliminación, en un holocausto atómico, de gran parte de las comunidades no cristianas del Lejano Oriente? ¿O a la paciente labor misional cristiana? La infiltración de una religión extraña merced a un esfuerzo misional en el seno de comunidades en las que alienta un fuerte ethos nacionalista es en extremo problemática, pues tendrá que hacer frente a la valla de una activa repulsa estimulada por la sospecha, no infundada, de que la nueva religión es en realidad un caballo de Troya en el que han de ingresar todas las otras formas de una cultura extraña, por lo que se anticipa que a la aceptación de un credo exótico necesariamente ha de seguir la subyugación económica y a ésta la política.

También podría suponerse que una eficaz declinación de los índices de natalidad en los pueblos del Lejano Oriente podría contribuir a detener este acelerado aumento de población en el redil no-cristiano; declinación que estaría, naturalmente, condicionada al éxito de una consciente y deliberada política contraceptiva que, hay que advertir, sólo en el Japón ha tenido éxito, mientras la China continental - la más populosa de las naciones del mundo - ha optado por abrogarla formalmente.

El alto índice de crecimiento demográfico en algunos países católicos, concretamente en los de América Latina, jamás lograría compensar el desnivel actual entre la población no-cristiana de Oriente y la población cristiana de Occidente, por lo que únicamente un acontecimiento impredecible podría modificar esta tendencia que conduce a que hacia el año 2000 sólo una en cinco personas habite en el redil de Cristo. Queda pues en pie la desconcertante incógnita de cuáles serán las proporciones de los diversos ingredientes en un sincretismo ecuménico aceptable a la humanidad: ¿bajo la égida de cuál de las grandes iglesias podría ser lograda? ¿bajo el budismo o el islamismo? o, acaso, ¿bajo el hinduismo?; ¿o bajo el judaísmo, cuya diáspora extendida por el mundo le confiere el potencial creador necesario para cumplir la formidable tarea de cohesión y síntesis que esta unión de las creencias supone?

19 San Juan, 10: 11 - 16.

Deliberadamente he dejado relegada la alternativa que, pese a las estadísticas, es acaso la más probable: la de que el cristianismo jugaría el papel rector en una posible futura conjunción de iglesias, pues en su esencia el problema no puede ser enjuiciado a través de la fría compulsión de guarismos; es más bien merced a una evaluación de la riqueza espiritual que hemos de encararlo y, por ende, de la relativa capacidad de atracción de las diversas creencias en momentos en que los destinos humanos atraviesan por insospechadas pruebas extremas, en el sentido jasperiano. En esos instantes, pienso, el mensaje de Cristo, no como el último de los grandes profetas judíos esencialmente escatológicos, sino como el portador de la buena nueva del advenimiento del reino de Dios en la tierra; del Redentor que dio su vida por sus ovejas, prevalecerá en el mundo. Podemos apoyar esta presunción acerca del papel que el cristianismo estaría llamado a jugar en el proceso de gestación de ese sincretismo, en el hecho de que es la religión del crecimiento y de la creatividad. Irradiada desde Grecia, asiento de una civilización respecto de la cual se encuentra la de Occidente en relación filial, fue en alas de la creatividad helénica pagana que el cristianismo cumplió su vuelo triunfal y llevó a los confines del mundo su reconfortante mensaje. Le permitió tan singular alianza unir sus destinos a los de un segmento del mundo en expansión dinámica, pues Grecia marca sin duda el gran corte en la historia entre ese segmento en ebullición y las sociedades apagadas y detenidas de Oriente.

También estaríamos justificados al añadir a todo ello la reflexión de que si es en la diáspora judía que se percibe el factor decisivo en las posibilidades aglutinantes de ese credo en el proceso de conformación de un sincretismo universal, no debe olvidarse que el cristianismo es, al fin y al cabo, la religión oficial de la primera civilización que, por lo menos en sus formas tecnológicas, económicas y hasta políticas, ha alcanzado una verdadera proyección universalista y que, con el judaísmo, disfruta en el Antiguo Testamento, de una común paternidad.

Pero el cristianismo que "ya no progresa con la rapidez deseable, pese a que jamás haya sido tan poderosamente organizado el esfuerzo para la propagación de la fe", sobre lo cual algo llevo dicho, adolece de una falla fundamental, y ella es la de que para contrarrestar el hecho inobjetable de que "el mundo en este momento se aleja de Cristo en vez de acercarse a Él", debemos explicar a Cristo en el contexto real de la sociedad moderna y de las verdaderas necesidades espirituales del hombre actual; tanto del occidental, ayuno de un estímulo místico, como del místico hombre oriental despertado recién al conjuro de la creatividad del Homo Faber occidental; que para esa nueva realidad espiritual, que es una realidad universal, la vida y el martirologio de Cristo reviste la excelsa categoría de una síntesis en la que está contenida a la vez que todo el misticismo de Oriente, el Esfuerzo de Occidente: El Sermón de la Montaña encierra a aquel y la Cruz a éste. Pero es el caso que la forma en que venimos predicando el cristianismo no resulta "bastante contagiosa"²⁰. El cristianismo, cuyo contenido es tan rico y universal, si ha de ser de veras eficaz, y "contagioso" debe ser predicado y comunicado en la amplitud cabal de su verdadero y auténtico potencial espiritual, lo que le permitirá abarcar la totalidad del mundo actual. No bastan las concesiones del Concilio Ecuménico II, bien que ellas son significativas, debemos asimilar el mensaje de Cristo y difundirlo, remozado, vivificado, en su plena capacidad salvífica, merced a una comprensión cabal de la inigualada superación, en toda la historia, de las limitaciones y atributos humanos que el destino de Cristo nos enseña y del estrechísimo vínculo - asimismo jamás igualado - que gracias a tamaño Esfuerzo logró establecer con Dios Padre. Entonces, y sólo entonces, podremos confiar en que desempeñará el cristianismo el papel catalizador y cohesionador en la formulación de un sincretismo ecuménico. El vivificante y redentor aporte Occidental -llamémoslo así - a la anhelada síntesis universal de la fe, podrá entonces residir en lo que Paniker llama un "pluralismo trascendental" basado en el concepto de lo individual, de lo diferenciado y de la libertad; de la acción y del esfuerzo en suma, que fueron los motores del inmenso impulso creador cuya epifanía estuvo en Grecia y su realización plena en dos "polos de crecimiento", (ya en la manifestación tecnológica de tal proceso creativo): Estados Unidos y Rusia. El papel que la agnóstica Rusia - o si vamos por ello China - juegue en una posible suprema conjunción de credos es por Supuesto incierto.

20 Las citas en este contexto son tomadas de Teilhard de Chardin.

En todo caso, pienso como Teilhard de Chardin, que "si el cristianismo no se convierte (para divinizarlas) a las esperanzas de la Tierra el mundo no se convertirá a las esperanzas celestiales del cristianismo".

Todo ello supone que el hombre es ciudadano en dos repúblicas: en ésta, mundanal, y en otra, supramundanal. De ahí su ansia y su meta de lograr esa "síntesis liberadora entre la Tierra y el Cielo" y sólo en virtud de esa realidad podrá comprender el significado oculto de sus tribulaciones y la dignidad de su destino. Doble ciudadanía que es fuente a la vez de hondas tensiones y de excelsas satisfacciones y recompensas. Si bien Cristo exclamó "Vosotros sois de abajo, yo soy de este mundo"²¹, lo evidente es que ni Él era sólo del otro mundo ni sus discípulos sólo de éste; ni Él sólo de arriba ni sus discípulos de abajo. Esta dual ciudadanía es la realidad fundamental, verdadera conformadora de todas nuestras posibilidades y en función de la cual recién nos es dado comprender la esencia última de nuestro destino. Es de esta suerte que nuestros trabajos y afanes cobran sentido, un objetivo más alto que el de un simple *modus vivendi* o una distracción. En suma, la plena realización del ser solo es alcanzada en comunión con Dios, no sólo porque le brinda un significado a sus afanes sino porque es fuente inextinguible de consuelo: Si sabemos de antemano que en un instante, abandonados de todos - y haciendo abandono de todos - nos será dado levantar nuestro espíritu hacia Dios y hallar en contacto con Él la suprema satisfacción y la suprema plenitud tendremos ganada la batalla de la vida; triunfo surgido de la entrega, pero de una entrega que fortalece porque insufla esperanzas y, con ellas, renovadas posibilidades creadoras.

En efecto, ese sentido que buscamos en las cosas, en nuestro afán por liberarnos de la sensación de estar sometidos a la agobiadora y, al parecer, absurda ordalía en una especie de gigantesca noria o de convertimos en nuevos "argonautas del Pacífico occidental"²², nos conduce, "cuando investigamos las relaciones que hay entre los hechos de la historia" a procurar ver "a Dios, con nuestro intelecto, a través de esos hechos"²³ y revestir así de contenido y lógica a lo que de otra suerte parece oscura e infecunda confusión. Y esta perenne búsqueda de Dios es no sólo necesaria sino justa, ya que a su vez Dios tiene una doble ciudadanía pues es nuestro "gran compañero" en la cotidiana tarea de la creación. De ahí que cuando nos esforzamos por desentrañar el significado oculto de los hechos históricos nos brinda ese significado al propio tiempo que "una revelación de Dios" una esperanza de comulgar con Él"²⁴. En contacto con su obra, (que contribuimos con nuestras inteligencias y nuestras manos a moldear), contemplando Su obra, en suma, "nos hallamos a nosotros mismos y a Dios... recobramos nuestro equilibrio..." y es ésta, finalmente, "una posesión que no se pierde"²⁵.

Dios es pues la fuente última de la que el ser humano obtiene, para sus trabajos y sus días, un significado y una proyección, puesto que "su conciencia y su vida; y los designios de Dios, que constituyen la razón de su existencia son que la criatura vuelva a entrar en comunión con su Creador"²⁶.

Esta doble ciudadanía explica y justifica la idea de que traemos al mundo, ¿acaso de una vida anterior?, compromisos ineludibles, mandatos y responsabilidades. Es toda inspiración en un sentido amplio, a la vez que un mensaje, un mandato, un modo de concreción de una posibilidad trascendente, y cuando ella tiene lugar se inicia en nuestras almas fecundos períodos de gravidez, cual los de la mujer que va a dar a luz, pero que cuando ha cumplido su ardua misión "no se acuerda de la angustia por el gozo de que haya nacido un hombre en el mundo"²⁷. El peso de esas responsabilidades condiciona el destino de los seres humanos. No sólo el de los escritores o el de

21 San Juan 8:23.

22 Ver la obra de Malinowski.

23 A. Toynbee, Op. cit. Vol. 13, pág. 149.

24 A. Toynbee, Op. cit. Vol. 13, pág. 164.

25 *Diario de Ana Frank*, 7-3, 1944.

26 A. Toynbee, Op. cit. Vol. 13, pág. 168.

27 San Juan: 16:21.

los artistas inspirados, no sólo el de los grandes sabios o guerreros, sino el de todo hombre que se impone una tarea misional o redentora; que inicia una jornada sin vínculo causal con una posibilidad ulterior de beneficio propio. ¿Cómo, sino admitiendo la evidencia de ese mandato supraterráneo o recogido en otra vida, podríamos explicarnos el arrojado heroísmo, la auto inmolación por un ideal, la altruista renuncia o el cruento calvario estoicamente aceptado y sufrido? ¿Cómo, sino en virtud de esos inexorables legados supramundanales podríamos hallar explicación a la trabajosa ascensión hacia la santidad, suprema forma de realización del ser humano? "Todo transcurre en nuestra vida - dice Marcel Proust - como si entrásemos en ella bajo el peso de obligaciones contraídas en una existencia anterior" y parece proceder "de un mundo enteramente distinto a éste y del que salimos para nacer en esta tierra, antes quizás de volver a vivir bajo el imperio de esas leyes desconocidas a las que hemos obedecido porque llevamos sus enseñanzas con nosotros aunque sin saber quien las ha escrito..."²⁸. Ello induce al héroe de la obra del gran escritor a preguntarse si aquél otro escritor cuya muerte lamenta estará en verdad definitivamente muerto y nos autoriza a nosotros a inquirir si no es razonable entender nuestro paso por este mundo, que discurre bajo el dictado de leyes sin necesaria sanción en él, como una fugaz etapa entre una trascendencia pretérita y otra, unidas, así como nuestra propia existencia, por un simple convencionalismo humano, el Tiempo, en cuyo fluido transcurrir está sin embargo dada la unidad de todo acontecer. De ahí la esencial unicidad de la historia y nuestro sentido de confraternidad con todos los seres humanos, no sólo en el espacio sino en el tiempo.

En el caso más sublime de este tránsito en la república mundanal bajo el peso de mandatos traídos de la república supramundanal, es naturalmente el de Jesús. ¿Cuándo y en qué circunstancias tuvo conciencia de la imperiosidad de ese mandato? Jamás lo sabremos. Acaso en su bautismo, cuando el Espíritu de Dios descendió sobre él. Siempre hay, en realidad, tres personajes en el drama de la vida: la del Creador, la objetivación de sus mandatos en el Espíritu que se apodera del alma (el Espíritu Santo) y la del mortal que lo recibe; sólo que en el caso de Jesús el vínculo con el Espíritu de Dios ha sido, seguramente, el más estrecho que hasta ahora se haya dado en este mundo.

La convicción que el Redentor tuvo de su divina misión aparece una y otra vez evidenciada "... no busco mi voluntad mas la voluntad del que me envió, del Padre"²⁹ dice en una ocasión; o luego: "... he descendido del cielo no para hacer mi voluntad, mas la voluntad del que me envió"³⁰ y aclara que su doctrina "no es suya" sino de "aquél que me envió"³¹. Busca apoyo, al propio tiempo, en el Padre cuando exclama: "... si juzgo mi juicio es verdadero; porque no soy yo sólo, sino yo y el que me envió" y "...el que me envió, conmigo está; no me ha dejado sólo el Padre; porque lo que a el agrada hago siempre"³². Declara finalmente, para no dejar dudas acerca del origen y última raíz de sus obras que procede de Dios y que no ha venido de sí mismo mas del que lo envió³³; que salió del Padre y ha venido al mundo para otra vez dejar el mundo y retornar al padre³⁴.

Bajo el imperio de este mandato supramundanal Jesús tomó sobre sí los riesgos y la pesada tarea de concluir la obra misional que se había impuesto otro gran predestinado: Juan el Bautista, cuya prematura y cruenta muerte tronchó sus esfuerzos. No obstante la equiparable edad que tenía respecto de la de Jesús reconoció Juan la superioridad del nuevo Mesías: "He aquí dice, el cordero de Dios que quita el pecado del mundo" y añade: "Este es del que dije: Tras mi viene un varón, el cual es antes que mi"³⁵. Jesús era pues el elegido último y supremo de Dios.

En aquel momento inició su ordalía; consciente de su destino, del precio que había de pagar por cumplir el cometido que le había impuesto el Padre. Cuando menos, ya cerca de la

28 M. Proust. *La Prisionera*, Vol. 5 de *En busca del tiempo perdido*.
29 San Juan. 5:30.
30 Idem. 6:38.
31 Idem 7:16.
32 Idem. 8:16. 29.
33 Idem. 8:42.
34 Idem. 16:28.
35 Idem, 1:29-30.

Pascua, toda presunción se tomó evidencia³⁶ y retirado a orar en el Monte de los Olivos sumióse en desgarradora agonía: ¿Debía soportar la afrentosa y horrenda muerte que sabía le estaba reservada? Pide al Padre que "si posible" pase de él ese vaso pero se resigna a que sea "no como yo quiero, sino como tú..."³⁷. Al final de una segunda súplica desesperada exclama: "Padre mío, si no puede este vaso pasar de mi sin que yo lo beba, hágase tu voluntad"³⁸. Y, sin embargo, tenía confianza en que orando al Padre podría disponer de "doce legiones de ángeles", que es la reflexión que le hace a Pedro cuando éste desenvaina su espada y corte la oreja de uno de los policías enviados para prenderle. No hay duda, en todo caso, que aún tan cerca de la mano de la justicia pudo Jesús esquivar su aciago destino. Y huir al amparo de un grupo de prosélitos fanáticos. Pudo, ya prendido, abjurar de sus declaraciones; aceptar que no era rey de los judíos ni hijo de Dios, ni el Mesías, tranquilizando así la zozobra política de los romanos y el escándalo religioso de los judíos. Más se mantuvo en su proclama y arrojó la muerte en la cruz. Una agonía de tres horas, en la que llegó a pensar, en su desesperación, que también Dios lo había desamparado³⁹, como lo habían en efecto abandonado todos sus discípulos y seguidores... ¡Qué tremendas dudas debieron asaltarle en esos duros instantes postreros! Jesús murió por la salvación de nuestros espíritus, he ahí su grandeza suprema. De no haber tenido lugar su sacrificio -¡y que sacrificio! - habríamos estado condenados a desarrollar nuestro potencial creador dentro de los confines del paganismo greco-romano: por fuerza limitador y, en todo caso, duro e inclemente. La condición de nuestra redención fue pues la de una aceptación en esta tierra de una orden supramundana; la de abrigar la certeza de que se ha llegado a ella bajo el imperio de leyes ignotas para nosotros pero no por esto menos inexorables.

El ansia de comunión con Dios conduce a sucesivos grados de preterición de los demás vínculos terrenos hasta el punto de establecerse uno, singularmente estrecho, directo, por comparación con el cual todos los demás resultan episódicos e inciertos y ceden en importancia. Es seguramente en el vínculo entre Dios y Jesús, vínculo que era una realidad, en un sentido espiritual (no biológico), de padre a hijo, que esa alianza logró su más elevado grado de concreción en la historia de la humanidad. Fue Jesús sin duda, en este sentido, el bien amado hijo de Dios Padre.

El precio de un vínculo, de tal suerte estrecho, es el de tener que volver las espaldas, en las instancias últimas, a las terrenas alianzas; drama que lo vemos representado lo mismo en la vida de Gautama Buda que en la de Jesús. En cierto modo, esta exigencia debió haber sido más dura para aquél, al tener que renunciar a su vínculo matrimonial que, si afortunado, es el más íntimo y satisfactorio.

Desde muy temprana edad dio Jesús muestras de singular independencia. Así, aquella vez en la que, apartándose de sus padres terrenos en peregrinaje, se encamina hacia el templo para departir con los doctores de la ley y ante las recriminaciones de la Virgen María pone de manifiesto un desconcertante desapego y su propio desagrado: ¿Que hay? ¿Por que me buscabais? ¿No sabías que en los negocios de mi Padre me conviene estar?⁴⁰. Más adelante, cuando se le acusa de curar en sábado y, en lógica respuesta, antepone lo fundamental: salvar la vida de un ser humano, a lo accesorio, cumplir un deber ritualista⁴¹. La vez en la que se le anuncia que lo esperan fuera su madre y sus hermanos y, en lugar de cerrar la predicación en ese punto e ir en su busca, inquiere del que le lleva el mensaje: "¿Quién es mi madre y quienes son mis hermanos?". Y mirando a los que estaban sentados alrededor dice: "He aquí mi madre y mis hermanos"⁴²; en fin cuando pide agua a la mujer samaritana siendo judío⁴³; o cuando defiende a la mujer adúltera⁴⁴. Jesús demandaba a su vez de sus seguidores renuncia no menos radical y todavía, si algo, más

36 Idem, 13:1.
37 San Mateo, 26:39.
38 San Mateo, 26:42.
39 Idem, 27:46.
40 San Lucas, 2:49.
41 San Mateo, 12:10-5 San Lucas, 13: 14-16.
42 San Marcos, 3: 31-34; San Mateo, 12: 48-49; San Lucas, 8: 20-21.
43 San Juan, 4: 7-29.
44 San Juan, 8: 3-11.

excesiva: "Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, é hijos, y hermanos, y hermanas, y aún también su vida, no puede ser mi discípulo"⁴⁵. O al enviar sus emisarios: "Andad... no llevéis bolsa, ni alforja, ni calzado; y a nadie saludéis en el camino"⁴⁶. También cuando ofrece a todo el que dejare "casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras... por...su nombre cien veces tanto"⁴⁷; cuando recrimina a aquél que en trance de seguirlo solicita licencia para enterrar a su padre: "deja -le dice- los muertos que entierren a sus muertos tu, ve, y anuncia el reino de Dios"⁴⁸.

Vemos planteados pues, en la vida de Jesucristo, algunos de los problemas mayúsculos de nuestros vínculos con la trascendencia de aquella república supramundana; problemas inherentes al hecho mismo de nuestra doble ciudadanía. El problema de que no obstante ella carecemos de capacidad profética, de que no tenemos, en suma, conocimiento del devenir. A pesar de los estrechísimos vínculos de Jesús con el Creador él mismo carecía de toda posibilidad omnisciente y clarividente. Llama la atención, por ejemplo, su escatología, bien que predijo la caída de Jerusalén con unos treinta años de anticipación, o su propio aciago destino. También aparece planteado en la vida del Redentor el gran problema del libre albedrío y el determinismo.

Al parecer, al área, por así decirlo, del libre albedrío se extiende en la medida de la excelsitud del espíritu; en la medida de las capacidades intelectuales y espirituales del ser humano, de la misma manera en la que el grado de libertad que le es normalmente conferido ya por normas de organización, ya por las costumbres o las leyes, está condicionado al de su madurez y al de sus dones. Libre albedrío y determinismo estarían pues regidos por la importancia, mayor o menor, del aporte que se haga a la sociedad con Dios. Recuerdo, a este respecto, una estimulante conversación que en el otoño limeño de 1956 sostuve con Arnold Toynbee en su ocasional morada de entonces; y en el curso de la cual pedí al gran historiador-filósofo que reconciliase su concepto determinista de la historia (con sus "sentencias de muerte" de las civilizaciones como trágico corolario de procesos de "colapso" y "desintegración") con su filosofía esencialmente anti-determinista. Su respuesta consistió en el siguiente planteamiento: "¿no debemos acaso ver en el hombre algo así como la frontera entre la rutina pre-determinada y conocida del naturalismo y la incertidumbre creadora de la trascendencia? ...Vale decir: ¿no sería el homo sapiens una portentosa síntesis de libre albedrío y esclavitud?" De ser esto así, puede suponerse que ambos actúan en ámbitos más o menos delimitados y que el libre albedrío impera, normalmente, en función de la capacidad selectiva del ser humano en las cosas más o menos triviales del acontecer rutinario y cotidiano.

Nos asaltan, sin embargo, dudas acerca de si aún en esa prosaica esfera no se sustrae el hombre a mandatos pues como nos lo advierten los psicoanalistas, si el subconsciente, y lo que llaman el preconsciente, ejercen potestad sobre nuestra consciencia, tendremos que sospechar que hasta en las triviales elecciones del diario vivir somos esclavos de órdenes impartidas desde esa realidad subyacente; de una libido ignota no obstante su acosante presencia; furtiva y sin embargo implacable, revelándonos la "coexistencia... entre la trascendencia y la trivialidad..." manifiesta "al volver la esquina de todos los asuntos humanos"⁴⁹.

Con todo pienso que en la medida en la que la espiritualidad y la inteligencia del ser humano logran trasmontar las barreras de dogmas, prejuicios y apetitos, puede reivindicar un mayor grado de autodeterminación y, liberándose de sus ataduras, remontarse al impulso de sus propias fuerzas hacia nuevas alturas de potencialidad creadora; muchas veces insospechadas y desconcertantes. Es ésta una prueba de voluntad e imaginación. Y, en efecto, no es posible concebir forma alguna de realización espiritual e intelectual que no repudie de antemano toda

45 San Lucas, 14:26.

46 San Lucas, 10: 3-4.

47 San Mateo, 19: 29.

48 San Lucas, 9: 60. "

49 J. Ortega y Gasset: op. cit. pág. 23.

limitación y no clame por una perenne posibilidad de indagación y especulación, sin traba ni límite conocido. Es ésta una forma de iconoclastia saludable al espíritu y estimulante a la inteligencia, puesto que ensancha horizontes y permite que nos regocijemos mejor en la gran realidad del universo que "cuenta la gloria de Dios" y "el firmamento la obra de sus manos"⁵⁰. En última instancia, empero Prometeo desencadenado o Icaro en su intrépido vuelo se ven condenados a muerte segura. Hay un límite a la libertad del individuo a que ni aún Jesús pudo sustraerse; en realidad, es en su vida donde hallamos el ejemplo más excelso de esta limitación a la par que de la plenitud que le es dable alcanzar al espíritu no trabado por compromisos terrenales. Fue en este sentido, Jesús, el más esclavo de los hombres y el más libérrimo de los redentores.

Si en nuestro tránsito por este mundo nos preocupan las cosas terrenas y las no terrenas, precio de nuestra dual ciudadanía, no sabemos si cumplido ese tránsito carecerán aquellas de importancia a nuestro superviviente espíritu. Quizá no, como lo anticipa el vate por boca de su bienamada desaparecida de entre los mortales:

"Yo de Dios tal me he vuelto por la gracia, que ya nuestra miseria a mí no llega ni nuestro fuego en mí tiene eficacia"⁵¹.

Sin embargo de ello, de nuestras dudas sobre la importancia que a los dilemas terrenos se les confiera en la morada no terrena, los creyentes asignan, desde tiempo inmemorial, capacidad intercesora a espíritus amigos: los de los antiguos dioses en el panteón ático; de los antepasados en Oriente; de la Virgen María y los santos en la cristiandad católica. Supone ello la creencia de que los seres despojados de su ciudadanía terrena merced a la peripecia redentora de la muerte, conviven sin embargo, en espíritu, con los cuerpos y espíritus de aquellos atados aún al peso y responsabilidades propias de una doble ciudadanía. Persuadidos de ello, ofician sesiones de espiritismo con éxito desigual y casi siempre incierto. He participado en algunas, con el convencimiento de la presencia de espíritus entre nosotros; mas he perdido interés en estos empeños bajo la persuasión, no menos arraigada, de que en tales sesiones no se establecen contactos verdaderamente serios, y menos todavía a voluntad, con el mundo del más allá. Al parecer, sólo se hacen presentes espíritus en vena festiva y juguetona, que ha sido en efecto la nota predominante en las sesiones en las que me cupo participar; (excepto acaso una, en agosto de 1946, cuando hizo su aparición -para mí sin duda- el espíritu atormentado del recientemente victimado presidente boliviano Gualberto Villarreal).

Sea como fuere, la posibilidad de intercesión de ciertos espíritus parece manifiesta; particularmente en el caso de la Virgen María, a la que Dios ha asignado, en este sentido, un papel de gran trascendencia. Se erige ella como la intercesora por excelencia a la vez comprensiva y compasiva. El mismo poeta de la novia ausente desdeñosa proclama que:

"En el cielo hay mujer que dulce ruega que se duele del trance a que te mando, y ante quien duro juicio se doblega"⁵².

El misericordioso papel intermediario de la madre del Redentor aparece representado en las bodas de Caná de Galilea, donde también vemos evidencia la actitud prescindente, la desconcertante independencia de Jesús respecto de lazos y compromisos terrenos. Como faltara vino, la Virgen le dice: "Vino no tienen", a lo que el Redentor replica: "¿Qué tengo yo contigo mujer?, aún no ha venido mi hora", mas sin inmutarse la gran intercesora ordena: "Haced todo lo que os dijere"⁵³.

La divina misión de la Virgen María es, en última instancia, la protectora misión maternal, y estaremos justificados si, con Toynbee, formulamos una invocación ecuménica al amparo de esa convicción:

50 Salmos, XIX.
51 Dante: Op. cit. Infierno II, 33.
52 Dante: Op. cit. Infierno II, 32.
53 San Juan. 2: 1-5.

*"Santa dei Genetrix intercede pro nobis
Madre Maria, Madre Isis, Madre Cibeles,
Madre Kuanyin, ten compasión de nosotros.
Cualquiera sea tu nombre te bendecimos
por haber traído al mundo a nuestro Salvador"*⁵⁴.

De tiempo inmemorial ha perturbado a la criatura humana la desconcertante duda de si el Creador es o no perfecto, habiéndose invocado en apoyo de esta última posibilidad el hecho, desconcertante, en verdad, de la persistencia en el mundo del pecado y la ruindad. Se ha sostenido la idea de que al igual que sus criaturas Dios aún no ha logrado la perfección y de que, como éstas, hállese en medio del angustioso y grávido proceso de alcanzarla.

La persistencia del mal en el mundo debe ser vista no únicamente como la antítesis del bien, que es lo que nos permite apreciarlo, sino como el reto que nos obliga a fortalecerlo. No cabe duda de que "...los pecados y sufrimientos del hombre en este mundo pueden 40 servirle, por la gracia de Dios, como una carroza y en las alas del alma elevarse hasta el cielo..." y de que "el bien que hay en el mal" nos da la ocasión de atisbar "la congruencia y bondad de la Divina Providencia"⁵⁵. Siendo esto así debemos aceptar como inevitable que "sea el dolor la tela de la que está hecha la vida mortal del hombre"⁵⁶ y no suponer que en el ocaso de los tiempos - si en efecto tuviese lugar - habrán seres más desgraciados junto a otros menos desgraciados. En cada ser, a través de su vida terrenal y supraterrrenal, los espacios de alegría y tribulación estarán en equilibrio con arreglo a los dictados de una misericordiosa justicia divina, que si ciega a los hombres cuando los quiere perder les da ánimo para aguardar tranquilamente la epifanía de su realización. Al impío que atormentado en el infierno clama, dícele: "Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida mientras que Lázaro recibió males; mas ahora éste es consolado aquí, y tú atormentado"⁵⁷.

El rigor de las pruebas a que en su tránsito terrenal está el ser humano sometido no sólo fortalece sino que enriquece su espíritu y ensancha su inteligencia. De ahí que le sea dado en ese tránsito, aún cuando los eslabones que jalonan su destino sean forjados en la angustia y el dolor - seguramente por ello mismo - alcanzar sucesivas etapas de superación y enriquecimiento espiritual, y en la medida en la que ello ocurre aléjase sin duda de una evaluación de sus satisfacciones por referencia con motivaciones de carácter puramente terrenal. Más adelante, al referirme al sentido dramático de la vida, algo diré acerca del papel preeminente que en los humanos destinos desempeña la perenne confrontación del reto y la respuesta.

El santo patrono de la escuela teológica llamada de "proceso" es el filósofo y matemático A. N. Whitehead, aquél que aludía a Dios como a nuestro "gran compañero". En su concepto, en un universo esencialmente dinámico no puede concebirse la idea de un Dios estático, de donde se desprende que a su vez Dios -como los mortales - atraviesa por un continuo proceso evolutivo. Es dable preguntar: ¿en qué medida, dentro de la relatividad de las cosas, teniendo en última instancia por punto de referencia no más que este pequeño planeta terráqueo nuestro, puede una tal presunción reposar sobre base firme? Vulnera ella el concepto mismo de Dios, que es el de su absoluta perfección intemporal y eterna.

Con todo, no obstante la posibilidad de esa ulterior compensación de bienes y de males y la incertidumbre de si el mal es un bien disfrazado, el tránsito mundanal de los seres humanos tiene lugar bajo el mandato de ciertos principios éticos que los concibe congruentemente con la voluntad divina y cuyo acatamiento es visto como requisito de su gracia, así como su vulneración seguro anuncio de castigo y calamidades; bien que la relación causal entre unos y otros no es en modo alguno clara. Sea como fuere, bajo el rigor de tales preceptos el ser humano que es a la vez creyente vive en temor de ofender a Dios, y aunque lo intuye misericordioso, le arredra la

54 Op.cit. Vol.13 E.
55 Arnold Toynbee, Op. cit. Vol. 13. pág. 141.
56 Idem, pág. 151.
57 San Lucas, 16: 22-25.

posibilidad de su desaprobación y castigo. Es éste, para el creyente, un temor acosante; tanto más intenso cuanto más vigoroso el "sentimiento de culpa"; sentimiento que sobre todo el católico ha estimulado más allá de toda proporción, convirtiéndolo en una morbosa enfermedad del alma. La confesión clamorosa de los fieles, reiterada, permanente, de haber pecado gravemente "con el pensamiento, palabra y obra" y, acompañada de golpes al pecho, pidiendo perdón por las culpas, por "las gravísimas culpas" (sin que se tenga, en realidad, clara noción de cual pueda ser la decantada culpa) tiene un fondo morboso y masoquista que enferma el espíritu y vulnera el respeto a sí mismo. Mucho se ha discurrido sobre esta distorsionadora tendencia del catolicismo que, al estimular en los creyentes un excesivo sentimiento de culpa, en nada contribuye a una equilibrada y saludable formación espiritual. No implica ello que habrá de prescindirse de un sano temor a Dios, capaz de asegurar la observancia de un código ético regulador de la humana convivencia, lo que se quiere significar es que esas letanías de mortificación conducen, en última instancia, a la propia destrucción y anulación en lugar de a la formación de una clara conciencia de las propias responsabilidades hacia Dios y hacia los hombres, esencialmente digna y fecunda y no humillante y estéril.

Si la meta final de la historia es la de la comunión de la criatura con su Creador, el necesario requisito tanto del proceso "holístico" de sucesivas integraciones en planos de importancia y trascendencia siempre más elevados, es la superación del espíritu del hombre a través de todos los momentos, ocasiones y circunstancias de su realización así en el mundo visible como en el invisible (cuya existencia los creyentes proclamamos y del que las modernas indagaciones de la física nos ofrecen atisbos de una corroboración hoy desconcertante, pero que tanto sus propias leyes como otras ignotas, las de la trascendencia del destino humano, tienen por exigencias⁵⁸). Nos sentimos tentados en este punto, a corear al gran vate ciego del "Paraíso Perdido".

"...por allí ojos y toda bruma purga y disipa, para que pueda yo ver y decir las cosas que a la visión del mortal son invisibles"⁵⁹.

Pues bien, si el proceso de gradual superación del espíritu del ser humano ha de cumplirse y ese espíritu es inmortal, ¿podríamos descartar la posibilidad de la reencarnación una forma de realización de sucesivas pruebas en concreciones, a la vez sucesivas, en este mundo, del espíritu del hombre?; ¿no debemos acaso suponer que la reencarnación, de la que existen abundantes testimonios, es necesaria al trabajoso eslabonamiento de pruebas y consiguiente superación del espíritu? Todo indicaría que sí, no obstante su formal negación por la ortodoxia cristiana.

La gran duda que puede asaltarnos, y una que de prevalecer invalidaría esta presunción, es la de si en efecto el hombre atraviesa por un proceso de elevación de su alma. ¿Es superior, en un sentido espiritual, el hombre medio de la segunda mitad del siglo XX al hombre medio de Atenas por ejemplo? Pienso que sí, ello sobre todo merced a la rendición espiritual del cristianismo. El paganismo no favorecía "con saludables leyes a sus adoradores, para que pudiesen vivir bien y santamente"⁶⁰; una cruda sensualidad y un menguado sentido de la caridad prevalecía en las costumbres que, merced al cristianismo, trabajosamente ha ido superando el hombre. Fueron en este sentido más afortunados los pueblos del Oriente Lejano y aún los del Medio Oriente en que, sobre todo aquellos, tuvieron en temprana época el vuelo espiritual suficiente para concebir religiones que refinaron sus espíritus que con mucho precedió a aquella en la que el cristianismo

58 Me refiero a lo que al parecer es el descubrimiento de anti-protones anti-neutrones y anti- electrones; en suma, de la "anti-materia" en los laboratorios de Brookhaven, Long Island, Estados Unidos en 1965; hecho que nos estaría revelando la posibilidad de la existencia de una realidad distinta y antitética de la de nuestro universo; la realidad de un "anti-mundo" de estrellas, planetas y acaso "anti-personas". Esta, al parecer fantasmagórica posibilidad ha sido no obstante intuida como una exigencia de la simetría que debe existir, con arreglo a las propias leyes del universo, entre materia y anti-materia y según las cuales lo positivo se toma negativo y viceversa.

59 Libro III, verso I.

60 San Agustín, *La Ciudad de Dios*, Libro II, cap. 6.

comenzó a cautivar realmente los corazones occidentales y, con ello, a eliminar o por lo menos atenuar la barbarie de sus costumbres; bien que ella irrumpe de tanto en tanto en el propio meollo europeo, pero como una peripecia o una pesadilla transitoria. Que artistas, filósofos, poetas y estadistas áticos no han sido superados ni duda cabe, pero de ello no desprenderemos que el ser humano no atraviesa por un proceso de elevación espiritual cuyas calidades son distintas de aquellas necesarias realizaciones, incluso sublimes, en las que sobre todo se revelan las excelencias del artífice o una afinada capacidad conceptual. Esto, en un sentido cualitativo, que en otro, cuantitativo, no es dable confundir la creatividad de una élite egipciaca, ática o romana con las posibilidades de sus ignaras masas de esclavos o pretender comparar el hombre medio de la Antigüedad con el hombre medio de la segunda mitad del siglo XX. El proceso de superación espiritual tiene lugar, y seguirá teniéndolo, como condición esencial del cumplimiento de la meta final de la historia.

El precio de este proceso es el de crecientes tensiones internas emergentes del conflicto entre la espiritualidad del ser humano, hecho "a semejanza de Dios", y la ruindad de sus exigencias físicas; entre su trascendencia y sus obvias limitaciones materiales. Conflicto inherente a la doble ciudadanía, que en tanto otros sentidos es fuente de desconcierto y de tensiones, pero que encierra una suprema promesa de redención. En efecto, si bien le es dado al ser humano afinar su espíritu y ensanchar su inteligencia nada puede contra las humillantes exigencias biológicas. Tiene que resignarse a que conviva en él un poco de Dios y un mucho del animal, y mientras así sea prevalecerán en su ánimo los hechizos y atractivos terrenales; más próximos, más tangibles. Será más ciudadano mundanal que supramundanal; la dicotomía está planteada y no siempre es dable exigir de esta criatura terrena que "ande con el espíritu y no satisfaga la concupiscencia de la carne... que codicia contra el Espíritu", así como "el Espíritu contra la carne y una y otra se oponen"⁶¹.

Es precisamente este contraste, en las tensiones que resultan del conflicto entre el ansia espiritual de sublimación y las exigencias sensuales de la carne, inherentes a la doble ciudadanía, que se alimentan las rebeldías con que espíritu y carne buscan por instantes a aniquilarse mutuamente. Pugna incesante, drama perenne, conflicto acosador e ineluctable del ser humano, en el que cobra el hombre conciencia de que el origen y fin de sus pecados reside en el hecho simple y llano de su encarnación; en suma, de haber nacido. Con razón inquiere y responde en el mismo contexto un celebrado dramaturgo: qué delito cometí contra vosotros naciendo: aunque si nací, ya entiendo qué delito he cometido: bastante causa ha tenido vuestra justicia y rigor pues el delito mayor del hombre es haber nacido"⁶².

Si la ofensa está en el nacimiento - en el hecho de revestir al espíritu de carne - la redención puede estar en el sufrimiento que esa encarnación trae aparejada y la redención final, última, es la de la muerte, puesto que en ella no sólo la forma tangible, carnal, terrena es desechada sino que al precio de un trance de suprema angustia, inflexible tormento y desoladora soledad.

Una de las consecuencias de este conflicto, en la que se manifiesta la rebeldía del espíritu y se sublimiza la pasión sexual es el masoquismo. De ahí que en forma acaso más generalizada se exprese en penitencias religiosas. San Ignacio acostumbra flagelarse para lograr que "el demonio salga de su cuerpo". La vasta mayoría de los santos y las santas fueron empedernidos masoquistas y el silicio es un instrumento siempre a la mano en conventos y monasterios. El ethos religioso, sobre todo el católico, está en gran parte condicionado por este afán espiritual de subyugación de la carne; pero la venganza de la carne suele con frecuencia asumir la forma de una excitación sexual capaz de rematar en el orgasmo. Ahora bien, si tal es el desenlace de la penitencia ¿cual es el triunfador? ¿el espíritu o la carne? San Agustín solucionó un problema similar en el caso de las mujeres violadas durante el asalto por huestes guerreras bárbaras de las ciudades itálicas. Si esas mujeres, sostiene, no obstante la resistencia opuesta sucumbieron a una

61 San Pablo. Cartas a los Gálatas, 5: 16-17.

62 Calderón de la Barca: *La Vida es Sueño*, 1º Jornada

fuerza superior, quedó su virtud vindicada, puesto que está más allá de las posibilidades del espíritu frenar un proceso biológico, y quien afirme lo contrario "no se excusa de ser reputado por necio"⁶³. ¿Podemos aplicar el mismo criterio a la victoriosa némesis de la carne ante los tormentos inflingidos por el espíritu? Parecería que no, pues a diferencia de la violación, en el masoquismo no hay otra voluntad en juego que la del propio masoquista. ¿Pero no es la voluntad espiritual de penitencia tan fuerte, en ocasiones acaso más fuerte, que la meramente física de otro ser humano? y si esto es así ¿no redime al espíritu la penitencia aunque en su desenlace la carne cobre su venganza en alguna forma de excitación sexual? Si la sola intención ha sido la penitente hay razón para suponer que, apesar de todo, el espíritu es el triunfador, mas es de dudar que, así sea inconscientemente, no haya intervenido el recuerdo como artero emisario de la carne. De ser así se transforma el castigo en una simple modalidad onanista, aunque no se le podrá negar la virtud de que hay en ella una forma de sublimación de la libido alcanzada a través de los tortuosos derroteros del sentimiento de culpa, y de los excelsos de la rebeldía del espíritu.

El masoquismo, desde un punto de vista clínico, no es sino la inversión de una actitud activa y sádica en otra pasiva; del placer de mirar, de la escoptofilia, en la de ser mirado, en el exhibicionismo. Curioso es notar también que es en el hombre el masoquismo señal de una débil carga de libido, así como de un alto potencial las actitudes activas y sádicas. En la mujer ocurre exactamente lo contrario: la mujer frígida tiende a ser sádica, así como tiende al masoquismo la mujer ardiente.

Es llegado el momento de poner fin a esta digresión de clínica sexual para planteamos, con relación a todo el vasto y angustioso problema de las escaramuzas y combates entre el espíritu y el cuerpo si no es esta dicotomía, con las graves y acosantes presiones de la carne, una exigencia de la realización triunfal de la gran tarea divina y humana de usufructo y transformación del planeta y en la que el socio humano, para hacer su aporte, requiere del estímulo de compensaciones materiales. Eliminado este género de motivaciones ¿actuaría con la misma eficacia? Hay que darlo y, en su descargo, reconocer que, al fin y al cabo, es de materia que está hecho nuestro domicilio mundanal. La simbiosis espíritu-materia es pues inevitable y perdurable, bien que en parte las exigencias de esta última pueden - y en efecto son - sublimadas; concretamente las de naturaleza sexual. En este terreno, los mandamientos de la ciudadanía Supramundanal logran en ocasiones prevalecer sobre los de la ciudadanía mundanal y, en realidad, esta sublimación es con frecuencia generosa fuente de inspiración, fecunda madre de algunas de las supremas realizaciones del ser humano, revelándose que siendo el amor la fuerza aglutinante es por lo mismo aquella en cuyos dominios las dos repúblicas se juntan.

63 Op. cit. Libro Y, Cap. XVI.

CAPITULO II

EL SENTIDO SOLIDARIO Y SOCIAL DE LA VIDA

La solidaridad entre los seres humanos es un ineludible requisito del gran proceso de cohesión que nos describe la historia y lo es todavía más premiosamente sí es que ha de alcanzar ese proceso su meta y objetivo final: la comunicación del hombre con su Creador. Es en la visión del acontecer que se llega "a una participación de la confraternidad del hombre con el hombre, que lo pone en los umbrales de la comunicación del santo con Dios"⁶⁴. Hay pues, como después veremos, una forma de fraternidad tanto en el tiempo como en el espacio.

64 Arnold Toynbee, op, cit. Vol. 13, pág. 169

Por fortuna prevalece en el mundo un espíritu de solidaridad; quebrantado de tanto en tanto por guerras, rencillas y pugnas de toda laya que, sin embargo, no fisonomizan el acontecer normal, cotidiano y más inmediato a nosotros en el que la nota saliente es sin duda la reconfortante del solidarismo. Es ello sobre todo evidente en el seno de las diversas colectividades que conforman la gran sociedad humana, pero aún en la convivencia entre las naciones vemos como ante el embate de las calamidades con las que la Naturaleza suele castigar a los pueblos, o ante su avaricia, con su secuela de hambre y miseria, movilizan recursos en diversos confines y se vuelcan hacia la asolada zona en pos de mitigar la severidad del impacto.

Pero es en el terreno social donde el solidarismo halla su expresión más reiterada y significativa. Su objetivo es el de elevar los niveles de vida, lograr que la riqueza y la renta sean distribuidas y redistribuidas con arreglo a ciertas normas de equidad, brindar a todos igualdad de oportunidades, erradicar en suma la ignorancia y la pobreza. Trátase nada menos que de echar las bases de una Gran Sociedad, cual la anunciada desde lo alto de la presidencia de los Estados Unidos por Lyndon Johnson y, en tales empeños, no se contriñen las programas al ámbito nacional, que es trascendido deliberadamente en cumplimiento de ambiciosos planes de asistencia al desarrollo económico y social de una amplitud ecuménica. Volveré sobre esto. Sólo aspiro a puntualizar ahora que la magna tarea del desarrollo no conoce fronteras y sí más bien un gran esfuerzo internacional, esencialmente solidarista, concretado en programas destinados a elevar la condición humana en general; en última instancia, a dignificar al hombre. Trátase de un noble empeño en el que se compromete toda suerte de recursos humanos y económicos, técnicos y financieros y, sobre todo, la generosidad de miles de hombres y mujeres que anteponen a su propio bienestar el ideal altruista de servir a la humanidad. Tal el caso de los militantes en los llamados Cuerpos de Paz diseminados hoy en la amplitud de la tierra. Es en suma ésta una típica empresa de esa sociedad divina y humana a que se ha hecho alusión y que cuenta, por ello, con el apoyo y la bendición de Dios.

Este sentimiento de solidaridad de que ofrece el mundo moderno tan notables y reiterados testimonios es, cuando menos en un sentido cuantitativo, un fenómeno histórico nuevo. Han habido, claro está, en toda época almas generosas y compasivas, pero la nota predominante en la convivencia humana era la de una esencial falta de solidarismo tal cual lo entendemos hoy; vale decir, en un sentido amplio y difundido. Aún los santos solían ser duros de corazón. San Agustín, por ejemplo, defendió y justificó la esclavitud y los padres de la Iglesia no tenían reparo en el empleo del tormento y en la entrega a la hoguera de los atormentados cuerpos, satisfaciendo sus hipócritas conciencias con el ardid legalista de que no eran sus manos sino las de las autoridades civiles las encargadas de atizar el fuego. El rigor de las leyes y de los castigos era, para nuestra moderna sensibilidad, excesivo; en realidad bárbaro. Se carecía, en suma, de un claro y difundido concepto de la dignidad del ser humano.

La solidaridad es un sentimiento que nos embarga tanto en un sentido que podríamos llamar espacial; Vale decir, que se proyecta sin fronteras ni discriminaciones alcanzando a todos aquellos que, en un momento dado, conviven con nosotros en esta república mundanal; como también en el tiempo, que establece vínculos con quienes nos precedieron y que nos inducen a simpatizar con sus vivencias y tribulaciones y a comprender sus penas y alegrías. El tiempo, ya lo vimos, es el gran unificador del destino. Similares sentimientos de solidaridad nos proyectan hacia el futuro en comunión con aquellos que vendrán después de nosotros, embargándonos desde ahora preocupación por sus penas y sinsabor por sus tribulaciones.

Toynbee nos refiere seis casos tomados de la historia en los que tuvo la sensación de una participación directa y personal, al propio tiempo que solidaria, con los héroes que intervinieron en ellos. Por ejemplo, el del proscrito Mutilo que, al verse repudiado por su esposa cuando logró retornar subrepticamente a su hogar, se traspasó el corazón; o el caso similar de un fugitivo sidicino expulsado de Nola en 80 a. de C.; en fin, el de Quinto Pompeio Silón cuando se esforzaba en obtener el apoyo de su anfitrión en una casa de Roma por la causa de la república romana⁶⁵.

65 Op. Cit. Vol 13. págs. 171-181.

La hermandad en el tiempo me ha embargado más de una vez. El mismo historiador inglés consigna una cita tomada de uno de los versos de Rosalind Murray que tras unta este añorante sentimiento fraterno:

"La misma hermosa luna que esta noche contemplo, esta luna de oro que resplandece sobre el mar, me produce deleite más rico y más dulce por todos los ojos que antes regocijó".

Recuerdo que estando una mañana de sol resplandeciente, en febrero de 1964, en el Fuerte del Morro de San Felipe en San Juan de Puerto Rico, contemplaba absorto, desde uno de sus puestos de observación, el mar Caribe, azul y como adornado de espejuelos luminosos. Procuraban evocar entonces las vivencias del centinela castellano que unos doscientos cincuenta años antes, apostado en esa misma atalaya, seguramente escudriñaba el mismo horizonte azul y luminoso ya para anunciar el arribo de un bergantín amigo o la amenaza de un corsario británico u holandés. En la comunidad de esa vivencia marina me sentí de pronto unido a aquél anónimo centinela de otrora.

Como me sentí, al leer una biografía de Proust en 1966, con la condesa de Noailles, la eximia poetisa francesa, cuando en un hospital militar del Mediodía de Francia durante la Primera Guerra Mundial, explicó al autor de "En Busca del Tiempo Perdido" que hacía allí todo lo que podía hacer: leer poesías y escribir cartas a las madres de los soldados. Esa sensación de impotencia ante el drama de una cruenta realidad, que fue la que indujo a la poetisa a desdeñar su aporte no obstante su mérito excepcional, ofreció a mi espíritu una manifestación, universal y reiterada, de la impotencia de los espíritus selectos frente a las violentas, duras y sórdidas realidades de la vida.

Una interpretación toynbeeana del gran psicoanalista Carl Jung permite suponer la existencia -que me parece evidente - de una libido supra-individual, en suma, un subconsciente colectivo que actúa vigorosamente en el destino de los pueblos al moldear actitudes conforme a los dictados de esa realidad subyacente, ignorada si se quiere, pero acosantemente real.

Todo parece indicar que, en efecto, existe esa coincidencia espiritual entre los hombres y mujeres de una comunidad, que en ella es que en realidad reposa y de ella arranca su particularizado y militante ethos. Fuerza inmanente, conformadora de complejos colectivos merced a los cuales tienden a uniformarse actitudes y reacciones, aspiraciones y repulsas, que se expresan en inconscientemente concertadas modalidades de acción. En realidad, el hecho de que existe una particularizada y demostrada "psicología de las masas", nos autoriza a ver en ella una forma de expresión de ese subconsciente colectivo que actúa en la historia.

Lo que en este contexto interesa proponer es que de todo ello puede desprenderse que un substrato colectivo de este género constituye a la vez que un estímulo una consecuencia del solidarismo entre los seres humanos.

La desazonadora y desconcertante realidad de que algo así como una mitad de los seres humanos en el globo terráqueo sufren cotidianamente estrecheces, hambre y miseria golpea nuestra conciencia duramente, y al propio tiempo que pone a nuestro sentimiento de solidaridad a dura prueba nos impide disfrutar con el ánimo tranquilo, y en tranquila certidumbre, de los dones de la tierra. Esta agobiadora realidad de la pobreza y de la angustia en que tan considerable proporción de los hogares se debaten constituye la gran rémora y el gran peligro a que debe hacer frente una, no obstante, triunfadora civilización ecuménica. ¿Cómo conquistar la pobreza?, ¿cómo traer sosiego a los atribulados espíritus de tantos miles y millones de hombres y mujeres que comparten con nosotros esta república mundanal? He ahí el problema mayúsculo de nuestra época. Se le ha dedicado esfuerzo tenaz y perseverante estudio, mas sin que hasta el presente haya podido erradicarse el cáncer social de la miseria en medio de la abundancia, y mientras al hombre de la segunda mitad del siglo XX no le sea dado solucionar sus vastos problemas sociales con el mismo, o comparable virtuosismo, a aquél de que ha dado pruebas en su extraordinaria

creatividad tecnológica, persistirá el desequilibrio entre sus grandes proezas en este terreno y sus notorias fallas en la esfera social. Tan desigual avance, reiteradamente señalado, constituye inagotable fuente de tensiones y conflictos que ponen en peligro la estabilidad de las instituciones y hasta las posibilidades de supervivencia de nuestra civilización.

El estudio de los problemas económicos ha embargado mi preferente interés; en gran parte porque, no se si un poco ingenuamente, he pensado que su instrumental pone en manos de los hombres la posibilidad de solucionar, cuando menos en parte, los acosantes problemas del malestar social originados en estrecheces económicas. Es por ello mismo que entre los varios aspectos de la economía han invocado mi atención los de la distribución y redistribución de la renta y, por su estrecho vínculo con estos procesos, de los que son instrumentos, las formas y funcionamiento de la empresa y del Estado. Se dice que el gran economista Alfred Marshall mantenía sobre su mesa de trabajo la fotografía de un muchacho andrajoso para recordarle en todo momento cual debía ser su objetivo, la finalidad última de sus indagaciones: contribuir a la solución de los problemas de la pobreza, de las miserias y estrecheces que empañan la vida de los seres humanos y constituyen la gran remora de nuestra sociedad.

Los problemas que plantea la equidad distributiva se hallan en el meollo mismo de las disciplinas socioeconómicas. Su vasta incidencia en las formas de convivencia y en la estabilidad política de los pueblos es demasiado obvia para que nos detengamos en este punto. Lo cierto es que alcanzar el ideal de una distribución de la riqueza y la renta tan equitativa como posible sin que llegue al extremo de vulnerar la solidez de una economía y de un ordenamiento institucional basados en las exigencias de la libertad individual, constituye el reto permanente y el dilema acosante que embarga la atención de economistas, sociólogos y hombres de Estado. La absoluta igualdad distributiva tiene por precio la enajenación de la libertad, y aún cuando sea este un precio que muchos seres humanos estarán dispuestos a pagar, otros muchos preferirán dar con la alquimia política y económica que contenga una satisfactoria, dosis de justicia social y otra, no menos satisfactoria, de libertad económica y política. O preferirán, aún, de no acertar con esa alquimia, una muerte digna a una supervivencia abyecta.

El más eficaz de los arbitrios para asegurar que en el seno de una sociedad libre puedan adoptarse e imponerse equitativas normas distributivas es el de la vigencia de fuerzas de contrapeso (*countervailing*) como los que nos describe el economista norteamericana Galbraith. Tal sería el caso, en realidad el más notorio, del poder de los sindicatos de trabajadores frente al de los empresarios; de las asociaciones y cooperativas de compradores frente a las de vendedores, etc. Ese equilibrio de fuerzas es saludable y necesario. Dentro de una ordenación económica de libre empresa, y políticamente democrática, asegura y preserva la vigencia de las instituciones, al par que una distribución tan equitativa como posible del producto del esfuerzo nacional en proporción a los aportes de los diferentes factores. En veces suele exceder la participación del factor trabajo a los niveles de productividad, generándose el peligro evidente de un proceso inflacionario, como también se ha dado el caso de una retención desproporcionada de la renta en manos de los empresarios, con la amenaza de un constreñimiento de la capacidad consuntiva, no menos, quizá si más peligroso; pero, en general, han venido actuando las fuerzas de contrapeso con saludable eficacia. Esto es sobre todo evidente en Estados Unidos, en Gran Bretaña y en los países escandinavos.

Frente a la persistencia de la pobreza en medio de la abundancia nos acosa el problema de si el gasto conspicuo, la ostentación y el lujo han de ser vistos con tolerancia o por el contrario proscritos. Mi reacción frente a toda forma de ostentación, mientras en el mundo existan tan vitales necesidades que llenar, es de repudio; no únicamente por razones concienenciales sino estéticas. Armonía y equilibrio asumen para mi espíritu la categoría de una exigencia vital y no puedo sino ver en la coexistencia del lujo desmedido y de la estrechez extrema un contraste esencialmente anti estético; básicamente de mal gusto a más de constituir una injusticia del hombre con el hombre.

Sin embargo, no es dable dejar de reconocer el papel positivo que dentro de los procesos de la economía desempeña el lujo y la ostentación. Ya lo advirtió Sombart. Es el papel estimulante. La parsimonia de los ricos sólo contribuiría, en última instancia, a acentuar las estrecheces de los pobres. Puede decirse que sería preferible acrecentar la capacidad consuntiva de la generalidad antes que dejar en pocas manos la posibilidad de una ostentación desafiante. El problema está, ya lo insinué, en que una redistribución de esa suerte igualitaria vulneraría la posibilidad de preservar las formas de la economía libre y, por ende, de la democracia política. Todo dependerá, sin embargo, del precio que estemos dispuestos a pagar por una realmente satisfactoria distribución de la riqueza. Si en él estamos llanos a incluir la abrogación de la libertad y de los incentivos, estimulantes del espíritu y preservadores de nuestra individualidad, nada impedirá que los cánones de redistribución a adoptarse sean todavía más exigentemente igualitarios; bien que una igualdad absoluta no es en la práctica alcanzable, ni aún bajo una ordenación comunista, cual nos lo revela el caso de Rusia, donde las desigualdades económicas persisten obvia y manifiestamente. Según Joseph Schumpeter es menos igualitaria la redistribución soviética de la renta que la imperante en Estados Unidos, pues por lo que sabemos el contraste entre los sueldos medios y los de los comisarios es mayor que entre los sueldos medios en la industria norteamericana y los de sus grandes ejecutivos.

En todos estos procesos acosa a mi espíritu con agobiadora persistencia la realidad - para mi mortificante - del papel escarnecedor que desempeña el dinero. Escarnecedor para el espíritu y la dignidad del ser humano y, sin embargo, por todo lo que a mi comprensión llega, inevitable.

Una de las más bellas teorías económicas -al propio tiempo que una de las más patéticas- es la del valor marginal, cuya expresión fundamental la hallamos en la disímil valoración subjetiva asignada a la última unidad monetaria (o de cualquier cosa) en función de las disponibilidades individuales. Se ha dicho que el dinero es un vil metal; y vil en efecto es, tanto que en la interpretación de los sueños y, por ente, en los diagnósticos de los psicoanalistas, el símbolo del dinero es el excremento. Hay razón para ello. De ahí que, como señala Ernest Jones en su monumental biografía de Freud⁶⁶, usual es describir a una persona rica como "cochinamente rica" o decir que "está podrida en plata" etc.

Una derivación del marginalismo en las teorizaciones económicas es la formación de la llamada "curva de indiferencia" de Pareto, que describe el punto óptimo de inversión de recursos escasos. Dilema esencialmente humano, cotidiano y, generalmente, desconcertante. Se reduce a esto: "dispongo de tanto para tantos panes y un retazo de carne y el transporte; ergo asigno tantas o cuantas unidades de dinero a unos u otros hasta dar con la para mi más satisfactoria asignación de mis magros recursos" El jefe de familia, o más frecuentemente la madre que se impone la responsabilidad de "hacer alcanzar" los escasos dineros, se encuentra diariamente frente al dilema de una inversión juiciosa, prudente, entre varias alternativas, todas ellas vitales. Pequeño drama humano que siempre ha tocado las más recónditas fibras de mi sensibilidad; pequeño drama que en su vasta proyección cotidiana se erige en el gran drama de la humanidad esclava y tantas veces escarnecida por el "vil metal". ¿Cómo huir de esta servidumbre? ¿En alas de espíritu? ¿En el paso de esta república terrenal a la otra, supraterrrenal? Están abiertos esos caminos, que son en verdad escabrosos, pues entre tanto tenemos delante la más inmediata tarea del desarrollo y aprovechamiento del planeta que Dios nos ha entregado y que en consorcio con Él debemos moldear en imperecedera y maravillosa obra de arte; creador proceso en el que resulta imprescindible la vigencia de motivaciones materiales, que son las llamadas a mover a la vasta mayoría de los artífices.

Sea como fuese, asistía razón a Teodoro Roosevelt cuando afirmaba que de todas las formas de tiranía ninguna es comparable a la que el dinero ejerce sobre los hombres.

66 *Vida y Obra de Sigmund Freud* (Buenos Aires, 1962), 3 tomos.

La gran obra de Dios en consorcio con el hombre y que tiene por objeto cantar su gloria y la gloria del hombre en epifanía creadora de vastos alcances, se erige, esencialmente, sobre una comunión aglutinante que es por esencia obviamente social y solidaria. De ahí que el concepto cerrado y exclusivista en tomo a la unidad familiar sea anti-social, anti-solidario y necesariamente egoísta. Nuestra natural proclividad egocentrista nos induce a volver la mirada de la realidad circundante para proyectarla sobre el pequeño y enclaustrado clan familiar, (cada vez más reducido por las exigencias de la vida moderna) corriendo el riesgo de perdemos en él y acariciar en definitiva una limitada y, por lo mismo, distorsionada visión de la realidad; ajena a los problemas de la gran sociedad en nuestro contorno, de la que a la vez formamos parte en unidad de aspiraciones, ligados como estamos a ella por un común destino.

El primero de los mandamientos de la ley de Dios es el de que debemos amarle con todas las fuerzas de nuestro corazón, de nuestra alma, y de nuestra mente, pero hay que recordar que el segundo es tenido en jerarquía comparable: "amarás a tu prójimo como a tí mismo" y el evangelista aclara que "no hay otro mandamiento mayor que éstos" ⁶⁷.

Este deber de solidaridad nos compele a ocuparnos de los problemas sociales y económicos de los seres humanos. El estrecho vínculo que existe entre la gradual solución de esos problemas y el desarrollo del planeta que tenemos por morada confiere a todo cuanto en ello se realice un contenido esencialmente grato al espíritu, pues al propio tiempo de llenar un deber de solidaridad se satisface una necesidad estética y aún la de atisbar en la trascendencia, puesto que no hay duda de que el cumplimiento de esta gran tarea es el trampolín que nos permitirá elevamos a realizaciones aún mayores y colocamos cada vez más cerca de la posibilidad de la comunión con Dios. Esta proyección es la que confiere sentido a nuestros cotidianos afanes.

La vasta tarea del desarrollo -el concepto mismo de desarrollo - le constituye un fenómeno nuevo. Puede decirse que recién después de la Segunda Guerra Mundial ha comenzado a preocupar su urgencia y se ha dado paso a la convicción de que es menester llenar el abismo entre los pueblos prósperos y poderosos y los pobres y atrasados (subdesarrollados, como se les llama); abismo cada vez mayor y, por lo mismo, cada vez más peligroso en sus potenciales derivaciones. Fue, sin embargo menester, como lo advierte Gunnar Myrdal, el dramático despertar de estos pueblos, un despertar a la conciencia de su propia inadecuación y su desembozado clamor para arrancar a las naciones más afortunadas de una indiferencia complaciente ante realidades cargadas de ominosos presagios.

Es, en efecto, palmariamente claro que las dos terceras partes pobres de la humanidad no permitirán a la tercera parte próspera indefinidamente disfrutar de un bienestar que, en su concepto, les es abusivamente negado y que consideran el producto, no de mayores esfuerzos y de una mayor productividad, sino de alguna suerte de sortilegios amañados en las cábalas de un torvo imperialismo económico y político. Pues bien, ante la perspectiva de esa futura pugna entre los que tienen y los que no tienen, se ha impuesto en consenso de aquellos la convicción de que es menester, como condición de su propia supervivencia, dar la mano a los pueblos pobres y elevarlos a mejores niveles de vida. También influye la convicción de que pueblos prósperos son mejores clientes que pueblos pobres y que una política de asistencia económica encierra la perspectiva de estimular intercambios más remunerativos. Consideraciones de índole política también influyen en las decisiones de cooperación al desarrollo de países retrasados. En suma, el solidarismo de los programa de asistencia internacional está matizado, y en ocasiones hasta condicionado, como es lógico y natural, por consideraciones no altruistas, lo que es por cierto mejor, ya que así les es dado a las naciones asistidas preservar su dignidad; y ese elemento de sano egoísmo es el que permite a todo el mecanismo internacional del desarrollo estructurarse sobre el cimiento sólido de la mutua convivencia y no sobre la deleznable, episódica y oprobiosa a base de las dádivas y las concesiones, al menos en apariencia, graciosas, enunciadas y ampliamente comprendidas; de lo contrario se estará vivienda en un mundo de ficción, que es; en última instancia, un mundo de mutuo engaño.

67

San Marcos, 12: 30-31; también San Lucas. 10: 27-37

El desarrollo requiere programación y planificación en proyecciones macroeconómicas, que aún cuando se ajustan a una técnica generada y desarrollada hasta un alto grado de eficacia por la empresa, para la empresa, responde a un espíritu esencialmente burocratizante que muchas veces traba la iniciativa empresarial: la coarta y la limita cuando no encaja en los moldes del esquema que los planificadores han resuelto adoptar. Es ésta, sin embargo, una técnica indiscutiblemente racional y racionalizadora, muy ajustada a las exigencias espirituales del hombre occidental, del hombre "fáustico", con su permanente afán de proyección en el futuro y munido de armas tomadas de un vasto arsenal tecnológico. En todo caso, lo evidente es que los afanes por lograr el desarrollo de los pueblos como la básica condición de un mejoramiento de sus niveles de vida, tiene a su vez por exigencia la de que sobre la faz de la tierra haya sido tendida y tolerada una tupida telaraña de disposiciones, órdenes, requisitos, formularios; todo un diabólico mecanismo complejamente ritualista y una maraña de intereses creados por el inmenso ejército burocrático internacional, en el que milita una nueva especie de servidor público, con algo de tecnócrata, un poco de diplomático y mucho del amanuense adocenado y rutinario en busca de la tranquilidad de una sinecura protegida, posiblemente vitalicia y en todo caso exenta de impuestos.

Esta formidable tarea del desarrollo social y económico invoca el mancomunado esfuerzo del Estado y de la empresa capitalista. Es bien sabido que el moderno concepto del Estado se aparta tanto de su concepción llamémosla clásica o nonocentista, del Estado en un contexto de *laissez faire* que, por comparación, el concepto que se tiene de la moderna empresa capitalista no difiere mucho del que prevalecía en una época comparable. En uno y otro caso, han tenido lugar sustanciales mutaciones y ellas derivan, fundamentalmente, del hecho de que tanto es Estado moderno como la empresa capitalista moderna han asumido mayores responsabilidades hacia su contorno social; han creado y plasmado una nueva conciencia que les obliga a tomar sobre sí compromisos hoy tenidos por ineludibles, pero que hace sólo unos cuarenta años habrían sido vistos como absolutamente ajenos a su natural radio de acción. Las tareas del desarrollo, en tanto que motivadas por consideraciones sociales, constituyen un ejemplo de actividades recientemente incorporadas al ámbito estatal; pero son muchas más las que, llevado de una persuasión de sus nuevas responsabilidades, se ha impuesto el moderno Estado, que de esta suerte ha visto extraordinariamente acrecentado su poderío y su influencia y enriquecida su experiencia y sus capacidades. El moderno Estado, por ejemplo, ha asumido gran parte de la responsabilidad de controlar, (hasta donde ese control es posible) las fluctuaciones del ciclo económico, y en el arsenal que a tal objeto ha montado figuran armas destinadas a combatir aquellas lacras sociales, como la de la indigencia, resultantes del desempleo, de las enfermedades o de la vejez, que al propio tiempo que ofrecen una menguada idea del grado de desarrollo de la conciencia social en épocas no remotas, contribuían a trabar los procesos económicos y acentuar el impacto de las crisis.

El desarrollo económico ha sido siempre, claro está, el objetivo de la empresa capitalista, mas no por consideraciones o preocupaciones sociales sino por la de que suele ser un buen negocio; pero si el moderno Estado incursiona en la esfera económica con una meta social, la moderna empresa capitalista incursiona en la esfera social con una meta económica, pues comprende que un contorno en el que prevalecen conflictos y problemas sociales no es propicio al bienestar y la prosperidad de los negocios. Comprende también que no lees dable al empresario sustraerse a la nueva conciencia que, en buena hora, se ha impuesto en el mundo; bien que en ello se le plantea un serio dilema, que más de algún tratadista lo considera de carácter ecológico, lo que en efecto es. Puede proponérselo así: ¿hasta dónde alcanza las responsabilidades sociales de la empresa habida cuenta de que su primera y mas importante responsabilidad es hacia sus accionistas? Es esta una pregunta que hasta ahora no ha tenido respuesta satisfactoria. Los problemas ecológicos de la moderna empresa están por resolver. Pero de lo que sí podemos estar persuadidos es de que ningún empresario moderno -ya sea sinceramente o hipócritamente- siente que puede sustraerse a ciertas responsabilidades sociales o que le es dado mantenerse impermeable a la conciencia social hoy imperante en el mundo, o ante las necesidades y problemas de su contorno social y político. Un nuevo espíritu más humano, más solidario y más ilustrado; un nuevo y mucho más fecundo ethos caracteriza a la moderna empresa capitalista.

Quizá si a ello ha contribuido, acelerando y acentuando la transformación, un proceso de despersonalización; el reemplazo del patrón-dueño de antiguo cuño por un elenco de ejecutivos tecnócratas a sueldo, especialmente entrenados para ese ministerio.

No hay duda, sin embargo, de que la antigua empresa depredadora, pionera, agresiva y carente de conciencia social fue, en un momento dado, el necesario, y exitoso agente del desarrollo y todo justifica suponer que esa misma empresa con la impedimenta de las responsabilidades sociales y de los altos impuestos de hoy no habría podido cumplir la tarea que se había impuesto con la eficacia requerida. Si se tiene en cuenta los recursos tecnológicos y financieros a su disposición, ello no habría sido posible. El desarrollo del mundo como todas las obras de la creación, es una ordalía en la que muchos son los cuerpos y las almas trituradas.

Y es en esta moderna empresa en proceso de humanizarse -una de las más afortunadas creaciones del genio del hombre occidental - donde el espíritu de ese hombre por esencia racionalista, así como su recientemente iluminada conciencia social, han dado con un maravilloso vehículo de expresión y realización. No hay duda de que en la empresa, sobre todo en la empresa capitalista, las exigencias racionalistas del hombre occidental han alcanzado el más alto grado de perfección; en tanto que en una de las nuevas y fecundas esferas de actividad de este ente acendradamente racional, la de administración de personal y Relaciones Humanas, halla expresión su espíritu social y solidarista; con tropiezos, dificultades y aun desorientaciones si se quiere - inevitables en todo nuevo empeño en áreas casi inexploradas- pero con sólidos progresos.

Tienen las Relaciones Humanas sus escépticos así como sus entusiastas apologistas. Unos y otros, al tomar posiciones extremas, dificultan la tarea de un equilibrado enjuiciamiento de las relaciones y posibilidades de esta nueva disciplina, tan estrechamente vinculada a los problemas de convivencia humana y a los principios de solidaridad que debieran presidirla. Que las Relaciones Humanas no han hecho grandes progresos parece evidente, pero es no menos evidente que su aporte a una mejor convivencia ha sido considerable. Y tanto más, si aparte de la importancia que revisten para la buena marcha de una empresa, mientras avancen por los fecundos caminos de la solidaridad, asumen, desde el punto de vista de la exploración en un campo singularmente importante: el de la psicología, significados particularmente valiosos a la par que interesantes. Se plantea la necesidad de conocer mejor a ese desconocido: el hombre. Jamás podrán haber buenas relaciones entre los seres humanos si no se desentraña la enrevesada madeja de sus motivaciones en lo recóndito de sus almas; exploración que ha de iniciarse con un proceso de introspección para luego encarar el complejo ecológico que surge ante el individuo como un reto muchas veces crucial. En realidad, requisito esencial de la solidaridad es la capacidad del ser humano para llevar a cabo, con resolución y sin temores, este ejercicio de auto-análisis que al iluminar las propias sinuosidades del alma y sus oscuros confines permita comprender y perdonar: lo habilite para ponerse en la situación del interlocutor y apreciar sus dilemas, su estado emocional, sus propios conflictos y su particularizado enfoque del problema. Es lo que se ha venido llamando "empatía". Doy mi versión en castellano del término empathy, que significa precisamente esto: entrar, por así decirlo, en el espíritu y en la mente de quien nos enfrenta a fin de habilitarnos para comprender y simpatizar con sus puntos de vista, lo que implica una forma, peligrosa si se quiere, de renuncia al propio yo; una declinación de las propias voliciones y preferencias que es, al propio tiempo, condición básica de la capacidad para perdonar. y es de esa suprema capacidad que arranca todo posible solidarismo; a la par que es condición del perdón del "Padre que está en los cielos"⁶⁸. Con razón sostenía Shelley que "para ser verdaderamente bueno el hombre debe imaginar intensa e integralmente; debe colocarse en el lugar de otro y de muchos otros..."

La administración sagaz del personal y de Relaciones Humanas conducidas en una vena de sincera vocación, tienen por exigencia una comprensión, tan cabal como posible, de las motivaciones reales -no imaginadas- del ser humano. Claro está que el grado de importancia, la jerarquía que se les asigne, reposa en una evaluación totalmente subjetiva y varía, por ende, de

68 San Marcos, 11:20.

una a otra persona, pero es no menos evidente que en todos los seres humanos actúan ciertas exigencias básicas: la de aprecio y cariño, que en los vínculos del diario vivir se expresan en un pedido de reconocimiento del propio valer y del propio aporte; la de estabilidad y seguridad económicas, que son esencialísimas, sobre todo en el mundo moderno; las de índole pecuniaria, como exigencia de las necesidades impuestas por nuestra ciudadanía mundanal; la de sentirse respaldado por un dirección capacitada, honesta y leal; la de que la faena asignada satisfaga las necesidades de creatividad del hombre, que es casi siempre un artífice. En fin, los tratadistas en Relaciones Humanas han citado muchas otras, pero en mi concepto, son éstas las motivaciones preeminentes y universales. Como se notará, las de índole económica, aunque importantes, no lo son más que otras no económicas. De ahí que uno de los grandes descubrimientos en esta esfera es la de que el famoso homo oeconomicus de las elaboraciones de los economistas clásicos no existe. Descubrimiento de suma importancia, pues también asestó un rudo golpe de muerte a las perspectivas de que una "mano invisible", movida por espontáneas motivaciones económicas con vigencia en el mercado, pueda en definitiva imponer un ordenamiento equilibrado y eficaz. Sabido es que se concebía tal ordenamiento como el resultado de la interdependencia de voliciones en una mutua compensación saludablemente equilibradora, pero es claro que si en el modelo de esta suerte elaborado han de intervenir motivaciones exógenas, vale decir no económicas, las posibilidades de una tal armonía quedan vulneradas por la impredecibilidad de factores imponderables. Esto, naturalmente, es obvio, como una y otra vez se encargaron de demostrarlo las duras realidades económicas, pero si hiciese falta una ratificación conceptual, la desaparición del "hombre económico", abstracción en realidad insostenible, la brindó plenamente. Su aniquilación tiene además la virtud de haber asestado otro golpe de muerte: esta vez a la base de sustentación del materialismo histórico marxista.

En todo caso, el éxito de un programa de Relaciones Humanas está determinado por la medida en la que se encamina derecha y claramente a la solución de problemas vinculados con las reales motivaciones del hombre, que en última instancia no son económicas sino espirituales, puesto que toda posibilidad de realización reposa sobre la necesidad de encontrar sentido y objetivo a sus afanes y satisfacer la necesidad creadora del artífice que hay en la mayoría de los seres humanos. La empresa, que es un centro de producción, puede contribuir a satisfacer estas exigencias. Este es el meollo de las buenas relaciones humanas; y no ingenuos programas más o menos paternalistas que engañan pretendiendo trasuntar la idea de que la empresa es un centro vacacional, un lugar de esparcimiento o un hogar de recuperación. No es nada de ello. La empresa es simplemente un ente productor; tiene lugar en ella un aporte a la vasta tarea de desarrollo del mundo y el catalizador no es el engreimiento sino la comprensión cabal del significado de la tarea cumplida dentro de la gran congruencia que hay entre los destinos humanos y las finalidades de la Providencia. He aquí la esencia del problema: cómo despertar un afán creador y un sentido de participación dentro de la empresa y en una proyección social amplia, de suerte que, en sus posibilidades finales, alcance un contenido trascendente y brinde las óptimas ocasiones de realización al ser humano.

Bien es cierto que una orientación de este género no podrá, con la misma eficacia, hacer impacto en todos los estratos de la empresa, pero no hay duda que en la medida en la que se eleve el nivel medio educacional, tendencia cada día más manifiesta, en función de las necesidades de una industria crecientemente automatizada, se pondrán de manifiesto los méritos y la adecuación de este enfoque en las relaciones industriales.

Ahora bien, el arbitrio que hace viable en la práctica los programas de Relaciones Humanas es el de una buena y eficaz comunicación; problema éste fundamental en todas las formas de convivencia y que condiciona las posibilidades de integración y solidaridad social. La comunicación deficiente condena al fracaso cualquier intento de comunicación entre los hombres, lo que nos obliga a asignar al crucial programa de cómo transmitir y recibir con eficacia los mensajes que conforman esa comunión una importancia preeminente en los destinos humanos. El problema de la comunicación habrá pues de embargar por igual el interés de sociólogos, políticos y hombres de empresa.

La comunicación sólo puede prosperar, como es de suponerse, merced a un proceso de sistemático derrumbe de barreras. Entre éstas, la primera es la semántica, que tan grandes estorbos suele causar. ¡Cuánta incompreensión, cuántos conflictos y penosas desavenencias tienen su origen, simplemente, en el diferente significado que una misma palabra es asignado por diversas personas! De ahí que la comunicación eficaz demande un previo acuerdo semántico. Luego, son necesarios ciertos básicos ejercicios en psicología que comiencen por el de la introspección para de ellos avanzar hacia una evaluación de motivaciones y remontarse al esfuerzo supremo de la "empatía". En fin, los cuatro requisitos de la comunicación son: 1) acuerdo semántico; 2) auto análisis; 3) estudio de motivaciones y 4) adentrarse en el espíritu de quienes nos rodean.

La moderna empresa ha acudido a estas técnicas con vocación y éxito desiguales. En el seno de su propia estructura de tipo vertical ha comprendido la necesidad de que el flujo de la comunicación tenga lugar por doble ruta (doble faz): no sólo de arriba hacia abajo, con el mensaje de la jefatura, sino también de los estratos inferiores hacia arriba, llevando el del plantel de trabajadores. Ha adoptado, en ocasiones, una política de "puertas abiertas", que tiene sus inconvenientes: desquicia a los estratos intermedios.

Un arbitrio promotor de la buena comunicación en tanto que permita echar luz sobre las motivaciones del personal de la empresa, y que emplea la clásica terapéutica de los psicoanalistas, la del "desahogo", es el de las entrevistas individuales, por vez primera utilizado hace cerca de cuarenta años por el padre de las Relaciones Humanas, en la planta de Hawthorne. Los esfuerzos pioneros de Alton Mayo escasamente si han sido superados.

En el solidarismo de la empresa, que ha venido embargando nuestra atención, no menos que de la comunidad de la que forma parte, debemos diferenciar militarización de hermandad; "el millón de hombres estandarizados de las fábricas, el millón de hombres motorizados... las agrupaciones encadenadas...el hormiguero en lugar de la fraternidad y en lugar del esperado remontar de la conciencia, la mecanización, que emerge de manera inevitable, según parece, de la totalización..."⁶⁹. Diferenciación ésta necesaria y justa pero que no debe inducirnos al pesimismo, pues justamente esos agrupamientos espantables son prueba del proceso aglutinante de la humanidad, como fuerza real e inmanente que por un error de cálculo puede conducirla lo mismo al aniquilamiento que a la sublimación. "El totalitarismo moderno, por el hecho mismo de ser tan monstruoso ¿no es acaso una deformación de algo magnífico y tan próximo a la verdad?"⁷⁰.

El proceso aglutinante está ahí y se realiza merced a la fuerza cohesionadora del amor. Sin ella sería imposible concebir la solidaridad social, que es una de sus manifestaciones, bien que esta fuerza que es al propio tiempo centrípeta y redentora puede tener desviaciones cuyo impacto resulte destructor, mas ello no invalida la realidad de su vigencia, de su dinámica cohesionadora y "holística".

Propone también el gran pensador jesuita que en la Unión no se pierde ni se aniquila la individualidad sino que, por el contrario, se perfecciona y eleva, y aún se diferencia, en alas, precisamente, del mayor potencial de realización inherente a la integración, "culminando en un conjunto organizado"⁷¹. De ahí el error de los panteísmos, señala, que "nos han extraviado hacia el culto de un Gran Todo, en el que los individuos parecían perderse como una gota de agua, disolverse, como un grano de sal, en el mar... No, al confluir... los gramos de conciencia no tienden en modo alguno a perder sus contornos y a mezclarse. Por el contrario, acentúan la profundidad e incomunicabilidad de su propio ego"⁷². Esto es evidente. Prueba de ello son tantos casos de sublimación merced a la fuerza estimulante de la unión, de la confraternidad y, más

69 Teilhard de Chardin: op. cit. pág. 308.

70 Idem, pág. 308

71 Idem, pág. 314. "c

72 Idem. pág. 314-315.

particularmente, del amor que, al tocar fibras adormecidas y al infundir coraje y confianza en sí mismo, eleva el potencial creador del ser; lo vivifica y lo enriquece, y en la medida en la que ello tiene lugar, lo diferencia. "Sólo el amor, por la misma razón de ser el único que toma y reúne a todos los seres por el fondo de sí mismos, es capaz -y éste es un hecho de cotidiana experiencia- de darles plenitud, como tales, al unirlos" 73.

En otras palabras, el camino hacia la Gran Síntesis final y trascendente es el de la unión y la solidaridad; el de la cohesión creadora. Su requisito y punto de arranque: avanzar por los senderos de una conciencia social acendrada, verdaderamente realizadora en la concreción actual de esa posibilidad trascendente y subyugante, que es la de integración de la criatura en el Creador.

Cuando esta unión sobre la superficie del planeta haya tenido lugar, se comprenderá que el ciudadano mundanal encare la incitación que significa trascender sus confines. Sólo entonces, en realidad, estarán ética y racionalmente justificados los afanes por "forzar de manera ingeniosa las barreras de su prisión terrestre, sea por encontrar el medio de invadir otros astros deshabitados, sea por establecer una relación psíquica con otros focos de conciencia a través del espacio... La reunión y mutua fecundación de dos Noosferas"⁷⁴, bien que el autor de esta cita es escéptico de las posibilidades de contactos físicos y sólo entrevé los de carácter psíquico. Aquellos, no obstante, parecen hoy más factibles que cuando esas líneas fueron escritas.

73 Idem. pág. 318.

74 Teilhard de Chardin: Op. Cit. pág. 342

CAPÍTULO III

EL SENTIDO DRAMÁTICO DE LA VIDA

Hemos sugerido que los destinos humanos tienen por meta, a través de sucesivas integraciones de un orden siempre superior, una integración final; que el proceso "holístico" de la historia encierra, merced a la fuerza aglutinante del amor y la solidaridad, la promesa de la comunión del hombre con Dios. Pero es no menos cierto que ese proceso aglutinante atraviesa por sucesivas peripecias desquiciadoras, por quiebras que detienen la acción centrípeta para sustituirla con otra centrífuga, dispersadora y caótica, en la que naufraga toda posibilidad conductora. A la mimesis de las masas sigue el repudio de las minorías rectoras y la secesión rebelde. A los intervalos de paz, los años de crisis, de los que a su vez surge un nuevo esquema, superior al que lo precedió. En suma, al cisma, la alborada de una palingenesia. Tal el ciclo ineluctable de la historia. En síntesis, la acción desquiciadora del odio, pero como no debemos olvidar el bien que ya en el mal, el odio no es enteramente negativo, como no lo es el reto que invoca la respuesta triunfal, ya que de la ardiente llama del odio que enciende conflictos y guerras surge algo nuevo, un acelerado impulso creador, un ordenamiento de mayores proyecciones y posibilidades. "Los acontecimientos importantes y trágicos -dice Burckhardt- maduran el espíritu" 75.

Pues bien, el drama en la vida, que asume esencialmente la forma de una peripeteia, de un tránsito del amor al odio, de la quietud a la zozobra, de la serenidad a la angustia, es la otra gran realidad en el destino del ciudadano mundanal; el reverso de la medalla. Una realidad desconcertante para el atribulado espíritu en ascuas del ser humano, pero que forma parte del mismo gran designio divino. En el interludio desgarrador del imperio del odio cobra el ser nuevo impulso para, en alas de la desgracia, remontarse a más excelsos niveles de realización, y el brío con que en esa noche atribulada y en esa "mansión del llanto"⁷⁶ se fortalece su espíritu lo equipa mejor para cumplir insospechadas proezas.

75 *Reflexiones sobre la Historia del Mundo*, Cap. IV.

76 Dante: *La Divina Comedia*. El Infierno, Canto III, 45.

Ello explica el papel demostrable mente fecundo que en los destinos así de los pueblos como de los hombres desempeña la incitación en sus diversas formas: la incitación de los rigores del contorno físico, de las persecuciones, de las guerras, de las estrecheces económicas, tal como nos las describe Toynbee en su magnum opus. En efecto, los ejemplos históricos son numerosos. El excesivo rigor del clima en Norteamérica explica, según Carrel, "la grandeza de los Estados Unidos" y, en general, es tesis aceptada la de que las grandes civilizaciones tienen por escenario de sus hazañas aquellas zonas del mundo llamadas templadas, en realidad frías; pero en todo caso "estimulantes" según Huntington - en mi entender quien primero estudió científicamente el tema⁷⁷.

Los pueblos acosados, no ya por el contorno físico sino por el contorno humano, derivan de esas incitaciones -que en su deliberada conciencia entrañan riesgo y rigor mayores - posibilidades de superación que los habilita para cumplir un destino heroico. Las minorías raciales o religiosas sometidas a persecución y agrupadas en diásporas logran los más altos niveles de eficacia allí donde se hallen en juego sus posibilidades de supervivencia. En los negocios y en la guerra, que es donde se dirimen supremacías, el acosado pueblo judío ha afinado su ingenio y afilado sus garras al punto que confunde a adversarios y perseguidores. Las presiones bélicas forjaron el austero, inigualado temple de los hombres y mujeres espartanos. Es también el caso del pueblo ruso, formado en la necesidad de hacer frente al reto, no únicamente de un contorno físico inclemente, sino además de un contorno humano hostil; y del pueblo japonés, constreñido a una estrecha y mal dotada isla; es el caso, en fin, de la igualmente insular Inglaterra, acosada una y otra vez desde el continente; orjalías que invocan la capacidad guerrera de las naciones de esta suerte incitadas.

Claro está que si el rigor del reto es excesivo los rendimientos serán decrecientes. Un contorno físico demasiado inclemente puede ser la causa del aborto -para emplear el término toynbeeano- de algunas potenciales civilizaciones. Tal el caso de los japoneses. Si la incitación desmedida ha venido del contorno humano puede también haber truncado prematuramente el esfuerzo de alguna sociedad en promisoria gestación. ¿No es éste el caso de la civilización incásica o de la azteca? El reto de los conquistadores castellanos munidos de armas de fuego y protegidos por corazas y yelmos de hierro resultó excesivo. La misma Cartago prematuramente tronchada ¿no es otro ejemplo? Ante sus ruinas, dice Polibio, lloró Escipión Emiliano sin poder ocultar que lloraba por el enemigo. "Durante largo tiempo permaneció ensimismado en sus pensamientos. Comprendía que las ciudades, las naciones y los imperios estaban destinados por la providencia divina a perecer"⁷⁸. Tal en efecto su sino, pero el ocaso de las civilizaciones es debido, en última instancia, a causas internas, por mucho que se quiera culpar sus desdichas a factores externos. El drama de la desintegración y muerte de las sociedades que han precedido a la nuestra tiene su origen no ya en los rigores de enfrentamientos, bien que pueden éstos acelerar el proceso, tanto como en un anquilosamiento de su creatividad manifestado en la esfera social, en una inhabilidad para encontrar solución a los problemas que en ella van carcomiendo su propia estructura y emponzando su savia vital. Mommsen atribuye la decadencia de Roma a las iniquidades inherentes a su sistema de distribución de la tierra. Es éste un proceso interno de senilidad cuyo inevitable desenlace es la secesión social y política. Spengler y Toynbee nos lo han descrito⁷⁹. El primero dentro de una inexorable concepción morfológica-determinista del devenir; el

77 Ellsworth Huntington: *Civilization and Climate*, (Yale University Press, 1922). Ver en especial sus capítulos VIII y XIII.

78 *Historia Ecueménica*, Libro 38, Cap. 22.

79 Spengler, como es sabido, precedió a Toynbee. Ya había publicado *Der Untergang des Abendlandes* cuando el historiador inglés acopiaba notas para su *Study of History*. Tenía pues interés para mí conocer la reacción de éste ante la obra de su colega germano. En una carta suya fechada en Londres a 16 de febrero de 1954 me decía lo siguiente en uno de sus párrafos:

"I am particularly grateful to you for making it clear to your readers that I am not a determinist. I have a great admiration for Spengler. In my opinion he is a man of genius, but his determinism and dogmatism seem to me to be unfortunate blemishes in his work".

Posteriormente, almorzando un día en Lima, me dijo que cuando apareció el *magnum opus* spengleriano tuvo la sensación de haber estado trabajando en vano; en realidad, de haber perdido el objetivo y la meta de sus esfuerzos. Que "todo lo que pensaba decir estaba dicho", etc. Por fortuna, a ese momento de desaliento siguió un renovado esfuerzo, con la culminación, unos doce años después de la aparición del primer tomo de su *Estudio de la Historia*, que representa sin duda un esfuerzo de interpretación filosófica del acontecer más medular que el de Spengler, bien que su impacto no haya resultado, hasta ahora, conmensurable.

segundo con rayos de esperanza, pero ambos, como los filósofos de la historia que los precedieron, bajo la impresión de la realidad de las peripecias por las que han atravesado las sociedades humanas y que parecen marcar a sus destinos rutas pre-determinadas, por las que avanzan desde la plenitud de una lozanía insuflada de vitalidad creadora hasta la madurez que encierra los tempranos presagios de una posterior declinación, a la que sigue del drama, generalmente cruento, del colapso y el ingreso en una larga, interminable noche de infecundidad; de huída del alma, de renuncia a toda posibilidad de realización. Los felahs egipcios, los hindúes durante varios siglos, los indios de la meseta altiplánica, constituyen ejemplos de esta muerte en vida.

Me ha embargado el interés por estos problemas del destino de las civilizaciones desde que, en temprana edad, cayeron en mis manos los cuatro tomos de *La Decadencia de Occidente*, magníficamente vertida al castellano por Manuel García Morente, en la primera edición de Espasa Calpe. Vivía en Santiago de Chile y publiqué entonces una obrita titulada simplemente *Spengler*, que se vendió bien. Esta fué mi primera aventura editorial. De Spengler pasé a Hegel en sus *Lecciones sobre la Filosofía de la Historia Universal*. Probó ser esa incursión un peregrinaje en extremo dificultoso, lo que acaso explica el largo interludio de unos dieciocho años hasta que, en 1949, leí a Alfred Weber en su *Historia de la Cultura*, que la encontré estimulante. Pero fueron los diez años de exilio, de 1952 a 1962, los que abrieron para mi la realmente fecunda pausa que dediqué a la filosofía de la historia; y, por incongruente que parezca, al estudio de las técnicas de la moderna empresa. ¡Qué década provechosa! Entre 1953 y 1963 me enfrasqué en Toynbee; leí a Vico, a Herder, a Burckhardt, a Jaspers y, por segunda vez, a Hegel y Spengler. Los historiadores e intérpretes de la historiografía también concitaron mi interés: la maciza obra de Fueter, Croce, Collingwood, entre otros. De esa época data un modesto trabajo mío: *El Pensamiento Económico en la Moderna Filosofía de la Historia* (Buenos Aires 1957).

Al final de todo ello persistía, persiste, la acosadora y desconcertante duda de si nuestra propia civilización -o kultur en la terminología spengleriana, que reserva el término civilización para las sociedades cuyo potencial de crecimiento se ha extinguido- persiste la duda, digo, de si nuestra civilización, al igual que las que le precedieron, está o no condenada a una muerte segura y, si no lo está, en función de qué razones le será dado soslayar ese aciago destino.

La posibilidad de una condena sin apelación, al propio tiempo que está reñida con mi anti-determinismo -bien que según llevo aclarado es un anti-determinismo a medias- no se apoyaría en un testimonio irrearguable, pues seis mil años de historia en la perspectiva cronológica de supervivencia del ciudadano mundanal parece un lapso demasiado breve para que la experiencia de ellos recogida pueda tenerse por concluyente. En todo caso, digo como Ortega: "a despecho de cuanto oímos decir de lo que nosotros mismos reflexionamos"...espero "que nuestra civilización no va a periclitarse"⁸⁰.

Sin embargo, la posibilidad de que se vea sometida a las mismas fuerzas que arrastraron a las que le antecedieron, de siglos de plenitud creadora a otros, más numerosos, de fosilización infecunda, no puede ser descartada. Me ha asaltado una y otra vez la duda de si no sería una sociedad negra, con su cuartel general en África, la próxima sociedad triunfadora. Tal suposición se basa, primordialmente, en el hecho de que entre todos los grandes grupos étnicos únicamente el de los negros no ha tenido su día de gloria. Este, y si se quiere, los esquimales, anonadados como fueron por el rigor excesivo del contorno físico. En *El Decameron Negro* de Frobenius nos es dado entrever que los relegados pueblos del fondo de África vivieron en un tiempo una alborada que no logró pasar al medio día de la civilización. También he pensado que una posible futura kultur negra alcanzaría, al igual que la blanca de hoy, proporciones ecuménicas y que en la conformación de esa ecumenicidad jugaría acaso el Brasil -exento de prejuicios racionales y más bien el alquimista de una promisoría integración racial- un papel rector y de enlace (el elemento de

80 -----
Una Interpretación de la Historia Universal. En torno a Toynbee. pág. 86.

de pseudomorfosis en la terminología spengleriana) con la sociedad blanca occidental. Abrigo la certeza reforzada en mis visitas a ese gran país, de que en fecha no lejana ha de convertirse en una de las preeminentes potencias del mundo.

He aquí una posibilidad, pero es aún más probable que de la universalidad alcanzada por la civilización occidental, cuyas técnicas y, en cierta medida, cuyo ethos han calado hondo en los confines de la tierra surja la savia fecundante y el ímpetu vital capaz de proyectar su destino histórico, asimilando pueblos convirtiendo tribus, incorporando a su carro triunfal a todas las sociedades existentes, como condición, además, de la unión espiritual en ese sincretismo ecuménico que, he supuesto, habrá de ser gestado bajo la égida del cristianismo, (no obstante la limitada ascendencia de esta Iglesia), y al que el proceso "holístico" de sucesivas integraciones -al cabo del drama de sucesivas crisis - seguramente conducirá al ser humano.

Spengler supuso que a la civilización europeo occidental - americana reemplazará una kultur de las estepas con cuartel general en Rusia. ¿En qué medida, empero, tendría ella un carácter verdaderamente distinto de la cultura fáustica de Occidente? La posibilidad de su aparición como una sociedad en esencia nueva y no como una filial de la civilización europeo-americana es tanto más discutible cuanto más ha ido absorbiendo Rusia las técnicas, las artes, y las modalidades de sus antagonistas; y aún China marcha por iguales derroteros bajo el signo de la mimesis que va borrando diferencias y acentuando similitudes. El único fundamental cisma entre Rusia - China y Europa occidental - América reside en la adopción por aquellas de un sistema de ordenamiento socio-económico que, por lo demás, han tomado prestado de Occidente.

En fin, suponer inmortal únicamente a nuestra propia civilización europeo-americana invoca el recuerdo de aquel símil, al que Toynbee acudiera, de la nave fantasmagórica y la deriva descrita por Coleridge en *The Rime of the Ancient Mariner* y en la que un solo tripulante, que es en realidad la Muerte en Vida, disputa primacías a la Muerte entre los cadáveres de todos los tripulantes diezmados por la sed y los tormentos de una espantable travesía por los mares del Sur. La indefinida supervivencia de nuestra civilización acaso la convertiría en otra Muerte en Vida, pues al fin y al cabo las peripecias mortales suelen ser el requisito de un renacimiento fecundo.

El drama de las civilizaciones se repite en las familias y en el destino de los seres humanos, sólo que en este caso puede asumir un carácter cíclico de retiro-y-retomo. Las ventajas del retiro como estímulo al potencial creador de los individuos son manifiestas, en él "la personalidad desarrolla las facultades individuales que hubieran seguido siendo inoperantes si en quien eran inmanentes no se hubiese liberado, por un tiempo, de los lazos y trabas sociales"⁸¹. Los ejemplos históricos de este proceso de retiro-y-regreso son numerosísimos.

El carácter cíclico de la vida es obvio, como lo es la secuencia día-noche-día; la de las estaciones del año; de la juventud a la vejez y, en fin, nuestra convicción de que a la muerte del ciudadano mundanal sigue su resurrección en la república supra mundanal. Homero, en la Iliada, alude a ese proceso:

Cual la generación
de las hojas, se mudan los linajes humanos.
Barre el viento las hojas por la selva, y vestida
la halla la primavera de nueva floración:
tal suceden los jóvenes a la tropa de ancianos!
Nacen unos, perecen otros... ⁸².

81 Arnold Toynbee, *Estudio de la Historia*, Vol. 3, pág. 268.

82 VI. En la traducción de Alfonso Reyes

El ejemplo por excelencia clásico de retiro como preparación para una acción posterior, es el de Jesús. Al cabo de él debió además el Redentor hacer frente a otra dura prueba: la de ofrecer una respuesta condigna a la incitación artera de Satán. Tenemos aquí representados las dos grandes peripecias del destino humano: la del retiro-y-regreso y la del reto-y-respuesta. El retiro suele resultar de una incapacidad para hacer frente a un reto de excesivo rigor. Tiene lugar, en este caso, un retiro obligado, no deliberadamente planeado como parte de una estrategia de ataque más vigorosa, o como preparación espiritual para una gran tarea misional. Así, por ejemplo, la incapacidad del viejo orden en Italia para hacer frente a los embates de los pueblos transalpinos obligó a Gregorio Magno a apartarse, totalmente, de los problemas mundanales. Duró tres años este retiro, al igual que el de Pablo de Tarso y el de Benito de Nursia. Su regreso a Roma, a pedido de la clerecía y del pueblo, probó ser definitivo. Administrador eclesiástico, estadista, diplomático y Papa se convirtió, en un momento, en el salvador de la Cristiandad.

En cambio, los grandes fundadores de religiones como Jesús o Buda comprendieron que el retiro era imprescindible a la preparación de sus afanes mesiánicos bien que en el caso de Jesús tuvo el retiro un carácter más deliberado y voluntario, en tanto que en Gautama influyó en su ánimo la conciencia de la creciente inadecuación de sí mismo y de su aristocrática estirpe para hacer frente al embate de las nuevas presiones sociales en el tiempo de crisis que vivía el mundo índico de sus días. Se retira como príncipe y regresa, al cabo de siete años de ascetismo, como el Iluminado.

El caso de otro gran fundador de religiones, el de Mahoma, es enteramente distinto en cuanto al espíritu y el ethos que dominaba a este hombre práctico y de acción; guerrero, estadista y profeta a un mismo tiempo. Hallamos en su agitada carrera dos retiros, el primero relativamente breve, como caravanero entre los oasis de Arabia; el segundo, en Medina, marca el tránsito de su carrera religiosa a su carrera político-religiosa y, como el de Buda, aunque con una intención distinta, en realidad inversa, se prolonga siete años.

Si de los fundadores de religiones pasamos a los hombres de acción, estadistas y políticos, hallamos en sus vidas estas mismas pausas precursoras de sus empeños creadores: el retiro de Pedro el Grande consistió en su permanencia en Occidente como preparación de su tarea de europeización de Rusia; similar en este punto es la carrera de Lenin, más de doscientos años después, al retirarse en Suiza. El de Garibaldi, en Argentina y Brasil, presagió su triunfal retorno a Italia. En época más reciente, el retiro de Churchill, durante el período interbélico, fué la preparación para su épica hazaña de salvar a Gran Bretaña durante la segunda guerra mundial. El retiro, mucho más completo y obligado, puesto que obedeció a una invalidez física, de Franklin D. Roosevelt, fue la ordalía que forjó su espíritu y afinó sus inmanentes capacidades para conducir a Estados Unidos a través de los aciagos años de la depresión y de la guerra.

Como en el caso de Gautama que se retira como príncipe y regresa como el Iluminado, el retiro de algunos grandes hombres y su posterior retorno tiene por condición el tránsito de una esfera de acción a otra distinta. Frecuentemente ha sido una tal metamorfosis en los soldados, políticos y estadistas, en suma en hombres de acción, que regresaron como historiadores, precisamente, de los acontecimientos en los que les cupo intervenir. Tal el caso de Tucídides que de actor en la guerra del Peloponeso pasó a ser su historiador; de Jenofonte, de Polibio, de Josefo, a la vez actores e historiadores en las guerras de Atenas y Persia, de Roma y Atenas, de Jerusalén y Roma respectivamente. Es el caso de Maquiavelo y Clarendon, estadistas convertidos en filósofos de la política e historiadores. El de Churchill, que durante su segundo retiro después de las elecciones de 1946, prepara y publica su maciza *Historia de la Segunda Guerra Mundial* de la que fue el más conspicuo de sus héroes.

Pero no siempre las peripecias permiten el retorno. Un reto demasiado severo invoca rendimientos decrecientes y una Muerte en Vida puede ser el abrumador desenlace de aquella presión inclemente. Tal el caso de Napoleón I en la isla de Santa Elena o el de Miranda languideciendo en sus prisiones. Cuando el drama asume este carácter inexorable y tético, la

Muerte suele imponerse, como liberadora y redentora alternativa sobre la Muerte en Vida. Siempre me ha impresionado el aciago destino de don Pedro de Viñas, canciller del emperador Federico II, hombre de influencia omnímoda y al que Dante recuerda cuando en el Infierno se le presenta exclamando:

Soy yo aquel que teniendo entrambas llaves
del corazón de Federico, usólas
ya cerrando, ya abriendo, tanto suaves
que mías sus confianzas fueron solas;
y fui de mis funciones tanto onusto
que rudas mi salud de sobre hallolas ⁸³.

Víctima de intrigas, fue despedido por el ingrato emperador, quien dispuso que le sacaran los ojos. Ciego ya, y despojado de todos sus cargos y bienes, se mató, rompiéndose el cráneo contra el muro de una iglesia.

En casos como éstos el suicidio es buscado como la gran puerta de escape. Acudieron a él los jefes nazis guerreros en 1945. El harakiri tiene esta finalidad: evitar la ignominia de una Muerte en Vida al precio de una autodestrucción redentora.

La abrumadora realidad de este vasto y reiterado drama es el de la impotencia del ser humano. Polibio interpreta la reacción del rey Antíoco III cuando le entregan cautivo y en cadenas a su rival y pariente Aqueo en el sentido de que se sintió "abrumado por la convicción de la impotencia del hombre para guardarse de los mortales golpes de la fortuna y ni siquiera para preverlos"⁸⁴. Es la reacción que debió haber experimentado un presidente boliviano, Isidoro Belzu, dos mil años después, cuando le llevaron la cabeza decapitada de un apacible y promisorio médico, suponiendo sus serviles asesinos y verdugos que se trataba de la de un enemigo y rival; sólo que en este caso no hay historiador que nos diga si su desconcierto fue o no similar al del lejano monarca seléucida; aunque es evidente que no le sobrevino la afasia con la que se manifestó en éste su humano desasosiego.

"Todos los hombres - en suma - nacen con una soga al cuello, pero únicamente cuando quedan cogidos en el rápido, súbito tirón de la muerte, se dan cuenta los mortales de los silenciosos, sutiles, siempre presentes peligros de la vida"⁸⁵.

La fuerza bruta, como en los casos que aquí se recuerdan, suele con frecuencia ser la causa directa de estos peligros. La única defensa es la de mantenerse alerta y bien equipado:

"Cuando el fuerte armado guarda su atrio,
en paz está lo que posee" ⁸⁶.

Pero es el caso que la mayoría de los seres humanos viven en confiada indiferencia ante las asechanzas de la vida. William James nos refiere que:

"De pronto un atardecer me sobrecogió un horrible temor de mi propia existencia. Surgió en mi mente la imagen de un paciente epiléptico que había visto en el asilo, un joven de pelo oscuro y tez azulina que parecía en absoluto no-humano. Pensé: potencialmente puedo yo mismo convertirme en esa figura. Nada de lo que poseo podría defenderme contra tal destino si la hora sonase para mí como sonó para ese joven. Me convertí entonces en temblorosa masa

83 Dante, Op. Cit. Infierno XIII, 20-21.

84 Op. Cit. Libro VIII, Cap. 20.

85 Herman Melville: *Moby Dick*. Cap. XI.

86 San Lucas, 11:21.

amedrentada. Recuerdo mi admiración de que sólo los demás, y yo entre ellos, podíamos vivir tan inconscientes de ese foso de inseguridad que hay bajo la superficie de la vida"⁸⁷.

No sabemos, en efecto, cuándo han de tañir las campanas para nosotros; aunque sí sabemos que "las campanas de hierro" amenazan con su acento a la "oscura turba humana" en los días inexorables de los entierros. Y sabemos que el mismo William James se vio de pronto convertido, por años, en un inválido.

Las vueltas de la fortuna que jalonan el destino de las naciones, de las familias y de los individuos explican la sensación de casi permanente zozobra en que se debate toda colectividad y todo ser humano consciente; hállese como a la espera del rayo fulminante que tronche esperanzas y aniquile su quietud. El infausto heraldo del llanto y del luto puede hacerse presente en cualquier instante y trocar en angustiosa vigilia el sueño apacible. Es ésta una amenaza siempre presente y contra la que no existe seguro. Bien sabemos que la prosperidad y el bienestar encierran en sí mismos la amenaza de una aciaga vuelta de la fortuna; la posibilidad de que del éxtasis del goce surja, sin advertencia, el siniestro reto que pondrá a prueba nuestro ánimo, nuestras flacas fuerzas y que, acaso, bajo su rigor, naufraguemos sin esperanzas de rescate.

En todo esto, que es bien conocido de los mortales, hay un solo refugio, una isla en el mar de las tormentas: la convicción de que si tenemos fe en la misericordia divina nunca habremos de perecer real y definitivamente; de que nuestro espíritu estará a salvo, y aún triunfará. Si pedimos nos será dado, si buscamos hallaremos y si llamamos nos será abierto⁸⁸.

También es justo que veamos en el trasfondo de estas peripecias de la vida una razón oculta; que no sería otra que la de esa justicia divina compensatoria a que en otro momento aludí y según la cual podemos suponer que ninguna nación o individuo es, en definitiva, más venturoso o menos venturoso en el conjunto total de sus experiencias tanto en su concreción mundanal como en su posibilidad trascendente y supra mundanal.

Se suele suponer que entregarse en brazos de la religión responde a una actitud pasiva y derrotista. Nada más alejado de la verdad. El hecho es que para las tribulaciones del incierto y aciago destino de los mortales han encontrado éstos en sus devociones la tabla de salvación que indujo al agnóstico y pragmático William James a escribir *The Varieties of Religious Experience*; y es no menos cierto que es una tabla a la que hay que encaramarse con gran esfuerzo y activo empeño. No es cosa de llegar y tenderse sobre ella en actitud de pasiva entrega. Lograr la fe redentora del alma y vivir en su estimulante fuego constituye el más arduo de los ejercicios. Tienen por exigencia una tensión alerta y vigilante; el estar preparados cotidianamente para la cotidiana renovación de votos. Implica una búsqueda continua, un atormentado estrujar del alma en procura asimismo un despiadado enfrentamiento con las dudas y el desconcierto, con la incertidumbre que el agnosticismo alimenta, y que hay en todos nosotros. Mas ¿no es ésta la acosante incertidumbre del amor? ¿no surge la unión de las aterradoras profundidades del cisma? Si tal es la trama de las devociones terrenas ¿cómo no habrá de serla en nuestros vínculos con Dios, sólo que en una proyección más abismal?

También se supone que en las tribulaciones de esta vida, la fe y la confianza en el Creador constituye una actitud "poco realista". Otra vez, nada menos exacto. De todas las posibles actitudes es ésta, precisamente, la más realista y la más madura. La alternativa a la fe en Dios es la huida. El complejo de Edipo, bien que con un fondo esencialmente sexual, estimula esta actitud básicamente infantil frente a los rigores de la vida. Suele la huida asumir todavía otra forma: la del retorno al propio yo, en cuyo caso la megalomanía, como luego veremos, será el destructor embrujo que hará presa del espíritu humano. En uno u otro caso no se contempla la realidad; al contrario, se pierde el ser humano en un mundo de engaño y ficción de donde emerge con las fuerzas disminuidas y el espíritu conturbado.

87 *The Varieties of Religious Experience* (1º de. 1902; 2º 1963).
88 San Lucas, 11:9.

Entre las tribulaciones que turban el sosiego de los seres humanos las más acosadoras son las de índole económica. El peligro de encontrarse súbitamente en la imposibilidad de atender a las necesidades del hogar es una desquiciadora perspectiva a que está llamado a hacer frente el espíritu. Entre los grandes problemas de la sociedad moderna he aquí uno de los mayúsculos, pues cuanto más extendido el industrialismo, más populosas las urbes y más reducidas y móviles las unidades familiares, mayor es la sensación de zozobra e impotencia en la que éstas se debaten.

Los clanes de las viejas sociedades de tipo rural ofrecían un grado de protección, de mutua ayuda y refugio incomparablemente mayor.

Las grandes empresas despersonalizadas, que constituyen el obligado habitat del desarraigado hombre moderno durante una buena parte del día, poco contribuyen a mitigar su sensación de zozobra y desamparo. De ahí que más atrás sugiriese que en los programas de Relaciones Industriales debiera ponerse énfasis en el problema, esencialmente humano, de cómo llevar al empleado y trabajador una mayor sensación de seguridad, de apoyo y protección.

Bien es cierto que la civilización industrial de nuestros días ha elaborado y puesto en vigor una copiosa legislación social destinada a mitigar la incertidumbre económica y atenuar el rigor de uno de los males más desquiciadores a que está llamado a hacer frente al ser humano. Empero, es mucho lo que resta por elaborar y no hay duda de que la medida en la que pueda acercarse el hombre a la meta de una total seguridad estará dada, según vimos, por aquélla en la que la distribución de la renta se haga conforme a los principios de la máxima equidad compatibles con el objetivo básico y esencial a este mismo propósito, cual es el de alcanzar los más altos niveles de productividad.

Esto, desde el punto de vista de la racionalidad económica, que desde el de su espiritualidad algo insinuamos acerca de las consecuencias poco estimulantes de la ausencia de incitaciones, cuyos rendimientos pueden ser, para las posibilidades de realización del hombre, tan decrecientes como los de una incitación excesiva. Y, en efecto, la total seguridad resulta al parecer no menos desquiciadora para el espíritu que la total inseguridad; esto es lo que desprendemos, al menos, de experiencias recogidas en países como Suecia. Se dice que el coeficiente de suicidas, respecto de la población, es allí el más elevado del mundo y se atribuye tal fenómeno a la comparativa ausencia de incertidumbre y aventura inherente a su peculiar organización socio-económica. El Estado brinda al individuo, desde la cuna hasta la tumba, protección y seguridad absolutas. Nada hay incierto: una tranquila rutina, burocratizada y gris, colora su destino y las consecuencias de esa certidumbre total resultan tan poco estimulantes como inquietantes la ausencia de toda previsión. En el primer caso la falta de tribulaciones y en el segundo la tribulación excesiva tienen el mismo resultado: una reducción en la capacidad creadora.

En las angustias de la conciencia, el auxilio de una poderosa fe en la participación de Dios en el drama de los conflictos humanos nos redime y acrecienta su potencial de realización. En la medida en la que nos sentimos copartícipes con Él en la vasta tarea de aprovechamiento y desarrollo de nuestro planeta para los fines de la república mundanal, a la que sirve de maravilloso escenario, la interdependencia y solidaridad que esa convicción puede alimentar contribuirán a atenuar la sensación de soledad que estimula la gemela sensación de zozobra. Es en este sentido que debemos interpretar a Jesús cuando dijo a sus discípulos: "No estéis afanosos de vuestra vida, que comeréis: Ni del cuerpo que vestiréis... Considerad los lirios, cómo crecen; no labran, ni hilan; y os digo, que ni Salomón con toda su gloria se vistió como uno de ellos... Vosotros, pues, no procuréis que hayáis de comer o que hayáis de beber; ni estéis en ansiosa perplejidad... Vuestro Padre sabe que necesitáis estas cosas. Mas procurad el Reino de Dios, y todas estas cosas serán

añadidas"⁸⁹. Una tal convicción de la solidaridad divina y humana se alimenta en la gracia de Dios, cuya inmanencia, al iluminar el espíritu, lo libera de toda ansiedad y así este bello pasaje evangélico a la par que alcanza una nueva dimensión cobra un significado vital y permanente.

Si las calamidades del destino humano explican la incertidumbre en la que el ser humano vive, nos enseñan la vacuidad que sin duda hay en todo afán de auto-idolización, puesto que estará condenado a ser efímero y, en todo caso, no consciente del hecho de que lo que el hombre realiza lo debe, en última instancia, a la gracia y benevolencia divinas.

El drama de la auto-idolización y de la megalomanía no ha sido justamente apreciado. No se ha valorado, en suma, el terrible impacto de esta enfermedad del alma humana sobre los destinos de los pueblos y sobre los del individuo.

El historiador Toynbee destacó las consecuencias de la propia idolización y de su nefasto corolario, que es el de "dormirse sobre los laureles". Nos ofrece varios ejemplos de esta inconsciente forma de auto-destrucción: El de la judería, al tenerse por el Pueblo Elegido de Dios; el de Atenas, a cuya creatividad sin parangón siguió un ocaso estéril precisamente cuando su contribución a la salvación del mundo helénico era requerida en instantes cruciales; el de Venecia, la opulenta marca de la Cristiandad, que en las luchas del *Risorgimento* se ve preterida; la de la aristocrática y altiva Carolina del Sur arrasada por la tecnología industrial norteamericana.

Cuando de las naciones pasamos a los individuos, los ejemplos son demasiado numerosos para que valga la pena destacarlos. Digamos, sin embargo, que es el caso de Alejandro y César, de Napoleón y Hitler. Muchos grandes y pequeños hombres, sobre todo políticos y militares, padecen del corrosivo mal de la megalomanía y ese mal, que se manifiesta en una ceguera espiritual, frecuentemente los conduce al despeñadero y a una Muerte en Vida. -Cuando los dioses quieren perder a los seres humanos los ciegan y esa ceguera espiritual es, en sus consecuencias, peor que la ceguera física. Conozco más o menos de cerca algunos de estos patéticos destinos en los que la posibilidad del regreso, al menos de un regreso con un potencial creador y una efectiva capacidad de realización, es muy dudosa. El "dormirse sobre los laureles" es por esencia anquilosante.

La auto-idolización -colectiva o individual- es, naturalmente, una forma de megalomanía, distorsión espiritual que, según explica Freud, puede ser un síntoma de la demencia precoz con su secuela: el bloqueo de toda capacidad afectiva. Mucho se ha escrito sobre el elemento patológico inherente al narcisismo, que no otra cosa que un enamorarse de sí mismo es la megalomanía, y hay consenso en que representa un inconsciente afán de huida en el sentido de una regresión hacia el propio yo como respuesta a reales o imaginadas repulsas y frustraciones en el medio externo; en este sentido, no hay duda que tiene la megalomanía o el narcisismo un contenido manifiestamente infantil, que conduce a un conflicto ecológico de inadecuación.

Talla enfermedad a que suelen verse condenados quienes, habiendo cumplido los designios de Dios, se ven perdidos por su osadía al suponer que brillaron con luz propia y forjaron sus obras con fuerzas propias. No hay duda de que "el camino que lleva a la perdición es ancho y espacioso" y que "muchos son los que entran por la puerta que conduce a él", así como "estrecha es la puerta y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan" ⁹⁰.

Este terrible castigo de la idolización del "yo efímero" constituye uno de los temas legendarios favoritos así de la mitología greco-romana como del Antiguo y Nuevo Testamento. Es el tema de Icaro y de Lucifer; y cuando el Evangelio proclama que "los primeros serán los últimos", no está sino confirmando una convicción que arranca de tiempos remotos. Su persistencia, el acosante vigor de su embrujo, ha turbado siempre al ser humano y de ahí que éste haya tenido

89 San Lucas, 12:22-31.

90 San Lucas. 7: 13-14.

que acudir a toda suerte de defensas para resistir a sus asaltos. Señalaba Jefferson en carta al fundador del imperio du Pont de Nemours en Estados Unidos que "el carácter humano requiere de constante e inmediato control a fin de evitar que por la seducción del amor a sí mismo se desvíe de la ruta del bien"; control que tendrá que ser ejercitado con frecuencia; puede asumir la forma de una laboriosidad incesante, como lo sugería Einstein, a manera de antídoto a "la tentación de detenerse para escuchar los elogios corruptores", tan corruptores como el poder ilimitado, que es el que con más frecuencia suele nutrir a la megalomanía. Lord Acton sostenía que "el poder corrompe y el poder absoluto corrompe absolutamente". Es seguramente por ello que el infierno está lleno de almas corrompidas por el efecto corroedor del poder absoluto, una de las lacras más desquiciadoras:

"cuántos arriba habrá dueños de imperio, que aquí vendrán cual cerdos a porquera, tras sí dejando sólo vituperio"⁹¹.

Es por todo ello que del conductor de hombres capaz de preservar y asegurar la felicidad de su pueblo, y salvarse a sí mismo de una segura Muerte en Vida o de una muerte violenta, han de exigirse ciertas condiciones espirituales y éticas que son esenciales a la consecución de ambos objetivos pero que con frecuencia no son tenidos en cuenta; lo que explica el fracaso de muchos propósitos noblemente inspirados pero mal conducidos y condenados a sucumbir en el drama humano del narcisismo.

Hay, sin embargo, caminos de redención abiertos al hombre por las excelencias de sus propias realizaciones, merced a la sublimación de ciertas calidades espirituales subyacentes en el ser humano. Calidades como las de una acendrada integridad, que es la fuente de la que emana la verdadera, no una formalista, autoridad; o la del coraje y, como una de sus formas esenciales, la de la perseverancia en medio de los infortunios y frente a los grandes escollos con los que, en la vida de los hombres, se manifiesta el reto en su papel de forjador de recios espíritus. Perseverancia, sin embargo, condicionada por una flexibilidad pragmática y realista, humana y sabia.

No cabe duda de que muchas de nuestra calamidades se deben a la inadecuación de la mayoría de nuestros conductores. En las empresas, en las grandes empresas humanas, entre todos los factores que concurren a una integración que para ser eficaz y no arrojar rendimientos decrecientes, habrá de ser equilibrada y armónica, es precisamente el factor humano el deficitario. Aunque por lo general bien dotado en lo que hace a calidades de un orden técnico o científico, se revela pobremente equipado cuando de lo que se trata es de hacer frente a la conducción de sus congéneres humanos o a los problemas de una simple convivencia. Los más son hombres-masa, sin vuelo conceptual ni excelencias espirituales. Este es uno de los grandes dramas de nuestros días.

La peripecia última y definitiva en el destino de los mortales es, naturalmente, la de su tránsito de esta vida a la otra. A medida que transcurre su peregrinaje terrenal la conciencia de la inminencia de esa hora suprema cobra vigencia en las almas de los hombres. Ya no es vista como una lejana e incierta posibilidad sino como una sentencia próxima, una realidad inmediata que se transforma en vivencia sobrecogedora, aunque no terrorífica. La vida en este mundo, no obstante sus tribulaciones, brinda atractivos tales que, unidos a la natural resistencia a trocar "lo malo conocido por lo bueno por conocer", hacen que del apego a la vida surja uno de los básicos instintos de toda criatura.

El habitat que la Providencia nos ha asignado, y todo lo que encierra, es placentero a los ojos y estimulante al espíritu. Dios es sin duda el suprema artista y la obra de sus manos nos

91 Dante. Op. Cit. Infierno, Canto VIII, 17.

revela en cada instante su grandeza. Y, sin embargo, a medida que se avanza por los derroteros de la vida, menor es el apego que, comúnmente, sentimos por las cosas terrenales y más dispuestos nos hallamos a arrostrar las para nosotros inciertas y solitarias vivencias de nuestro tránsito al otro mundo; más preparados estamos para el encuentro con el Creador.

Una incógnita conturba sin embargo nuestro espíritu: la de cuál habrá de ser la forma de nuestra muerte. ¿Será pausada y dolorosa o rápida y misericordiosa? ¿será violenta e imprevista o, como la de los generales, en el lecho? ¿tendremos o no tiempo para arreglar nuestras cuentas con Dios? Todos llevamos en nosotros nuestra propia muerte; ha sido prescrita desde el fugaz instante en que fuimos engendrados. Rainer María Rilke vivía bajo el signo de esta obsesión, y filósofos tan separados en el tiempo como Sócrates y Jaspers han sostenido que la esencia de la filosofía es la preparación para la muerte. En todo caso nuestra muerte será una y única, en el sentido de que si nos atropella un automóvil o nos abatimos bajo el rigor de los agudos dolores de un ataque cardíaco, aunque no tengamos título a reclamar originalidad, será única en el sentido de las particulares vivencias de nuestro espíritu en esos trances cruciales; por mucho que el arbitrio a que acuda Dios para poner fin a nuestros días sea en extremo socorrido.

Es esta peripecia, además, la "gran niveladora". He ahí uno de los temas favoritos de la poesía antigua y moderna. El ejemplo clásico en nuestra lengua es por supuesto, el de Jorge Manrique en sus famosas *Coplas por la Muerte de su Padre*, en las que, al emplear la imagen de las vidas y los ríos, compara a su vez el mar a la muerte, ya que no sólo desembocan vidas y ríos, respectivamente, en la muerte y en el mar, sino que en ambos casos tiene lugar en ese instante una igualación completa, de ahí que:

llegados son iguales los que viven por sus manos e los ricos.

Vemos también el tema en un dramaturgo inglés clásico, James Shirley, cuando en *Death the Leveller* exclama:

El cetro y la corona
habrán de desplomarse,
y en el polvo serán iguales
a las pobres y corvas azadas y guadañas.

Asume el drama de la muerte un sesgo ligeramente irónico cuando alcanza a los que en su fugaz tránsito por el mundo disfrutaron de las fruiciones del poder:

Mortales mirad y temed,
Ved, qué cambio éste.
Pensad cuántos huesos reales
duermen dentro de estos montones de piedras.
Aquí yacen, tuvieron reinos y tierras,
y ahora les falta fuerzas para mover las manos
y, desde sus púlpitos sellados con polvo predicán: "No confiéis en la grandeza" ⁹².

Sic trasit gloria mundi.

En estos aciagos momentos, en el destino de los seres humanos es que se encuentran los abismos que suelen separarlos de Dios; en ellos naufraga a veces no sólo la esperanza sino la fe reconfortante y surgen más bien de sus profundidades dudas acerca de la perfección o aún de la existencia del Creador. O se piensa que si Dios ha existido ha muerto⁹³. Drama cotidiano y desconcertante que alienta la rebeldía y enajena toda posibilidad de hallar a la vida sentido y dirección, objetivo y meta y, en la medida en la que nos sean negados, lo será el inapreciable don del consuelo en medio de las tribulaciones del dolor.

⁹² Beaumont: On the Tombs of Westminster Abbey (cit. Por Toynbee).

⁹³ Creencia bastante ampliamente difundida en ciertos centros de pensamiento teológico, sobre todo en Estados Unidos, de los que sus principales exponentes son: Tomas Altizer. Paul van Buren. William Hamilton, etc. Altizer, a semejanza de Nietzsche y los existencialistas, nos dice que: "Debemos reconocer que la muerte de Dios es un hecho histórico: Dios ha muerto en nuestro tiempo, en nuestra historia, en nuestra existencia". Si en efecto Dios ha muerto, ha muerto nuestro sentido, dirección y objetivo en la vida.

CAPITULO IV

UNA ACTITUD ECLÉCTICA Y PRAGMÁTICA

Encierra una actitud de este género, como es lógico suponer, inevitables contradicciones y conflictos espirituales puesto que sus proposiciones y exigencias derivan de la objetiva confrontación de una vasta realidad multifacética.

La trascendencia que hay en los destinos de los hombres con sus tendencias "holísticas", en un proceso ascensional hacia la "Noosfera" chardineana, teniendo por condición de esa dinámica centrípeta la integración y el solidarismo y junto a ella la presencia del drama desquiciador de graves crisis y cruentos conflictos, inducen al ser humano, frente a tales contradicciones en el proceso histórico, hacia una actitud ecléctica en busca siempre de un fragmento de la "verdad total".

La obvia condición de este eclecticismo es la de la libertad de espíritu; libertad plena, absoluta; que al propio tiempo que brinde al hombre la franquía para disfrutar verdaderamente y ampliamente de todas las cosas que Dios ha puesto a su alcance en el universo, ensanche sus posibilidades de realización. Trátase, en suma, de una actitud universalista y de una vocación versátil.

Como quiera que la actitud ecléctica es esencialmente flexible puede y debe abarcar toda la gama de actitudes posibles en el enfrentamiento del individuo con su contorno. De ahí que en realidad encierra al propio tiempo que la posibilidad de una máxima libertad e independencia la antinómica de una máxima sujeción y disciplina. Libertad y disciplina, en apariencia mutuamente excluyentes y, no obstante, positivamente integradas en toda gesta creadora. Permite la primera acudir al mundo en procura de cualquier posible experiencia, idea útil o concepto iluminador, mientras que la disciplina es el requisito de una cabal y eficaz utilización de aquellas armas tomadas, en ecléctica actitud, de los más diversos arsenales.

Jesucristo fue pragmático y ecléctico, con lo que manifestaba su gran independencia al propio tiempo que el superior vuelo de su inteligencia. Tenemos una revelación de ello cuando aconseja: "dad lo que es de César a César; y lo que es de Dios a Dios"⁹⁴ o cuando condena al administrador negligente que en lugar de poner a intereses los caudales entregados a su custodia cavó la tierra y los escondió en ella⁹⁵. Sin embargo, ataca vehementemente a los ricos⁹⁶. Acepta las realidades de la vida y del mundo y exige una conducta que se adecúe a esas realidades, pero sin olvidar su hondo sentido de solidaridad y su acendrada conciencia social. "El cristianismo, que se ha mostrado con tanta frecuencia injusto con respecto al mundo, que lo ha considerado el imperio de Satán y un centro de perdición, que se ha apartado de él con repugnancia y horror, no ha adoptado tal actitud sino con menosprecio de la de Jesús"⁹⁷. Tenemos, en todo caso, en las predicaciones del Redentor el más sublime ejemplo de las aparentes contradicciones y conflictos que el pragmatismo y el eclecticismo plantean entre el *ethos* y la *praxis* en el destino humano.

Una ventaja para el espíritu que es capaz de proyectarse en profundidad y en extensión hasta un grado de excelencia - el hombre excelente es el que Ortega contrasta con el hombre-masa - de excelencia del espíritu, que evita enclaustrarse tras la muralla de sus prejuicios, es la de poder asumir una actitud objetiva y generosa, producto, al propio tiempo, y aunque ello parezca incongruente, de un grado de desapego, de prescindencia, que si esencialmente intelectualista es al propio tiempo espiritualmente tonificante; producto del enriquecimiento y del fortalecimiento que sólo puede dar una capacidad receptiva amplia, humana, inquisitiva y alerta; por definición, independiente.

94 San Marcos, 12:16-17.

95 San Mateo, 25:15-20.

96 San Mateo, 19:21-24

97 Guignebert, *Jesús* (trad. del francés. México 1961), pág. 216.

La actitud de lo que Ortega llama "hombre-masa" es la de circunscribirse a un estrecho ámbito de interés intelectual y de receptividad espiritual; es el caso del especialista moderno. El hombre-masa puede ser un sabio; un sabio constreñido a diseños de cohetes teledirigidos sin una visión del universo por el que han de cumplir sus travesías, sin capacidad conceptual y sin experiencia de la vida.

Es natural que los hombres con una variedad de intereses intelectuales y bien dotados para alcanzar un alto nivel de excelencia en todos ellos: un Churchill, un Schweitzer, un Whitehead, por ejemplo, conciten nuestra envidia y admiración, pero serán éstas aún mayores si de ellos pasamos a aquellos otros cuya independencia de espíritu los aleja de todo sectarismo y se disponen a arrastrar las consecuencias de su actitud; hombres, en suma, que a su intelecto añaden calidades éticamente superiores. Un Freud, por ejemplo, que no sucumbió a las fuertes presiones de su propio pueblo para que abandone su proyecto de escribir su *Moisés*, obra en la que se propuso demostrar que el monoteísmo del "Pueblo Elegido", fue, en realidad, traído de Egipto por un noble egipcio de ese nombre.

Nunca he dejado de admirar la gran honradez intelectual e integridad moral que esa hazaña del padre del psicoanálisis pone de manifiesto. La independencia espiritual que supone nos revela cuán fecunda puede ser esta disposición a hacer del universo nuestra patria y de todas las nobles y valiosas ideas, posibles ingredientes de nuestro credo.

En suma, el ejercicio intelectual debe presuponer una irrestricta libertad de realización. Si este requisito está ausente se le estará negando el atractivo esencialísimo de la aventura y de la universalidad de sus posibilidades, que deben carecer de fronteras y proyectarse más bien hasta los extremos confines de la capacidad conceptual. Si a las especulaciones del intelecto se les señala límites tiéndese a convertirlas en un proceso con ribetes burocráticos y se las condena a abdicar del intento creativo, de insospechados alcances, que las mueve.

Mi propia actitud ecléctica se manifiesta en una disposición a enfocar mi interés tanto en ciertas áreas de realización humana donde prima el objetivo práctico de contribuir a un esfuerzo concertado en la gran tarea del desarrollo físico y social del mundo, como en otras en las que halla expresión el sentido dramático de la vida; en tanto que ambas incidan en las posibilidades de realización del ser humano y del ser trascendente. El interés que en mi imaginación despierta este conjunto de realidades está sin duda estimulado por la convicción de que constituyen, como diría A. N. Whitehead, "formas de concreción" de una posibilidad mayor.

La economía, la política y la guerra han invocado desde temprana edad mi atención y han estimulado mi imaginación. La política y la guerra me indujeron a leer con delectación libros de historia; y siempre me intrigó la posibilidad de desentrañar del trasfondo de los hechos históricos un sentido, una dirección, una lógica, lo que me llevó a leer con la misma avidez tratados de filosofía de la historia. El mayor impacto que de ellos derivé provino de las interpretaciones morfológicas según las cuales las sociedades humanas atraviesan, al igual que los seres humanos, por estadios de plenitud, vejez y muerte; del concepto de incitación y respuesta y del "holístico" de sucesivas integraciones en esferas cada vez superiores. De estas interpretaciones del devenir he desprendido la convicción del papel fecundo que pueden asumir aún las grandes calamidades y los retos, como peripecias de una dinámica general de tendencia centrípeta a través de la fuerza aglutinante, solidarista, del amor. He visto el mal que hay en el bien.

La política puede contribuir lo mismo a esta última como, acaso más frecuentemente, a aquél, cuando echa leña al fuego de las grandes crisis y de las guerras. La empresa capitalista ha asumido la misma situación ambivalente; pero la moderna empresa revestida de una conciencia social actúa con creciente vigor en una proyección y en un sentido de solidaridad social.

Fue el interés, la curiosidad y el efecto espiritualmente estimulante que la historia del desarrollo económico y del funcionamiento del sistema capitalista, como potenciales agentes o

heraldos de un mayor bienestar humano, el hecho que me indujo a franquear el acceso hacia los dominios de la economía, que encierran además, precisamente, la atracción de su variado y universal contenido ya que, como señala con razón Schumpeter, el economista debe ser un poco historiador, otro poco matemático y estadístico, además de sociólogo con algo de filósofo. Ninguna otra disciplina brinda, seguramente, tan amplio campo de intereses intelectuales. De ahí que resulte presuntuoso aspirar a abarcarla en su integridad. Es menester ser un hombre genio como Schumpeter para alcanzar un dominio realmente satisfactorio - cual el que revela en su *History of Economic Analysis*⁹⁸, una de las más grandes hazañas intelectuales del siglo - sobre todos los ámbitos de esta difusa disciplina que no llega, sin embargo, a ser una ciencia no obstante el impresionante instrumental que ha forjado.

Esta imposibilidad de abarcar toda la economía me constriñó a elegir ciertas áreas en las que me fuese dado enfocar mi atención y, en realidad, esas áreas son sólo tres: 1) historia del pensamiento económico; 2) los problemas económicos del desarrollo; y 3) historia del desarrollo y funcionamiento del sistema capitalista. Como derivación de esta última he dedicado considerable tiempo e interés al estudio de todos los aspectos de la moderna empresa. Producto de estos empeños en mi obra *La Empresa Capitalista*⁹⁹.

Mi interés en el sistema capitalista ha dado lugar a frecuentes conflictos internos, derivados de la convicción de que en sus albores fue un sistema expoliador y depredador; que muchas lágrimas, miserias y angustias fueron el precio de su crecimiento y que su opulencia fue en gran parte posible merced a una despiadada trituración de valores humanos. Tenemos aquí el caso del reverso de la medalla de los triunfos deslumbrantes que es el de la agonía de sus víctimas. Aunque Marx y los marxistas han exagerado la leyenda del empresario sin escrúpulos y sin entrañas, no hay duda que el cuadro pintado, por lo menos en la primera parte de *El Capital*, es, según todos los testimonios, sustancialmente ajustado a la verdad histórica. Satisfacía en cierta medida mis tribulaciones pensando que estos males achacados al sistema capitalista no le son exclusivos sino que se manifiestan en todo temprano empeño productor, sea éste capitalista o socialista. Satisfizo también mis escrúpulos la constatación de la realidad histórica que tiene lugar ante nuestros ojos, de la transformación del inmaduro capitalismo depredador en un maduro capitalismo socialmente más responsable.

Otro conflicto derivó de la aparente contradicción entre mis empeños intelectuales y el hecho de que en el mundo de los negocios yo mismo buscase a mis inquietudes una casi permanente forma de expresión a la par que un *modus vivendi*. El eclecticismo puede inducir al diletantismo. También hallé a este dilema una satisfactoria respuesta en el último volumen del *Estudio de la Historia* de Toynbee, en el capítulo que lleva por título: "El Mundo de los Negocios como Escuela de Acción Intelectual" que, sin perder el sentido de las proporciones, las ofreció no obstante, a mi perpleja consciencia, una autorizada indicación. Describe allí la carrera de exitosos hombres de negocios que fueron, al propio tiempo, en un caso, arqueólogo-historiador; en dos, historiadores, y, en otro, crítico literario. Son similares estas carreras a las de aquellos políticos y guerreros y hombres de acción en suma, que habiendo sido actores en importantes hechos, mas viéndose forzados al retiro, tuvo lugar la *metanoia* cuando asumieron el papel de historiadores de los acontecimientos que ellos mismos forjaron y modelaron. Tal el caso, ya lo vimos, de Tucídides o de Josefo, de Clarendon o de Churchill; y es similar también el de hombres de acción como Polibio, Ibn Jaldún, Tocqueville, Thiers, Macaulay o de Gaulle que fueron asimismo grandes historiadores; el de políticos literatos como Dante, Machiavelo, Disraeli, Teodoro Roosevelt, Rómulo Gallegos o Kennedy; el de estadistas cuyo entrenamiento tuvo lugar en las aulas, como Woodrow Wilson, o el de sabios estadistas: Marco Aurelio o Benjamin Franklin; en fin, el de grandes poetas y sabios que fueron al propio tiempo eficaces administradores y de los que Goethe nos ofrece el más egregio de los ejemplos: Este genio universal desempeñaba en Weimar las funciones de primer ministro, ministro de obras pública y de hacienda, planeaba reforestaciones, abría caminos y llevaba a cabo exploraciones geológicas mientras escribía "Fausto" y más de cien volúmenes.

98 (Oxford University Press) 1954.

99 (Hachette) Buenos Aires, 1962.

"Si la esencia de la erudición es la acción - dice Toynbee - la primera y última exigencia para obtener éxito en la erudición es ser aktionsfähig y, en consecuencia, una profesión práctica, en la cual el no ejercitar la acción provoca un desastre inmediato, es un adiestramiento más seguro en los elementos esenciales de la erudición al propio tiempo que en los de una profesión práctica, que una profesión académica en la cual la némesis de la inactividad no alcanza inmediatamente a un alma vacilante por obra de un acontecimiento desastroso...", ésta es "la trayectoria de la vida de una pléyade de historiadores y una serie de poetas, sabios y santos que volvieron a una vida de acción en el plano espiritual, después de haberse retraído de la acción en el plano 'práctico' en el que habían hecho su aprendizaje"¹⁰⁰.

Los hombres de negocios, al propio tiempo que hombres de gabinete, a que aludimos más arriba, fueron: Heinrich Schliemann, cuyas desventuras sentimentales fueron tan descorazonadoras como estimulantes sus éxitos así en el comercio entre los mercados del Báltico y Rusia, en el que acumuló una vasta fortuna, como en la arqueología. Este hombre de genio, que llegó a dominar unos catorce idiomas, pudo cumplir la misión que en sus mocedades se había señalado: desenterrar las ruinas de Troya y escribir un macizo tratado: *Ithaka, der Peloponnes und Troya*, sobre sus teorías. Sus descubrimientos añadieron seiscientos años a la *History of Greece* en doce volúmenes que unos treinta años antes (1855) concluyó de escribir el banquero-historiador George Grote. Sin descuidar los negocios de la casa bancaria de su familia coronó con éxito una obra de investigación histórica de vasto aliento, no habiéndole sido dado lograr "que la araña-banquero diera a la mosca-erudito permiso para ausentarse"¹⁰¹. Otro banquero inglés cuyo banco privado pasó a integrar el gran Westrinster Bank, la presidencia del cual ejerció, fue Walter Leaf, el erudito estudioso de Homero. En fin, el historiador de la guerra civil norteamericana, James Ford Rhodes, inició la preparación de su gran trabajo después de retirarse de sus prósperos negocios en Cleveland en el Estado de Ohio.

En David Ricardo, John Stuart Mill y John Maynard Keynes tenemos tres eruditos economistas que fueron al propio tiempo tres hombres de negocios, dos de los cuales - Ricardo y Keynes - acumularon considerables fortunas como resultado, en ambos casos, de afortunadas especulaciones bursátiles. Mill, como es sabido, fue un alto funcionario de la East India Company.

Ahora bien, ¿cual fue el rasgo distintivo y común a todos estos hombres de acción que al propio tiempo se distinguieron en el plano académico? La auto-disciplina; he ahí "la nota clave en la vida de todos estos triunfantes hombres de acción intelectual, y ella se manifiesta principalmente en el uso disciplinado que hicieron de su tiempo. Todos ellos mostraron una capacidad de persistir, durante períodos equivalentes a la mitad o los tres cuartos de una vida normal de trabajo, en su empeño de lograr objetivos intelectuales muy remotos. Y en el interin arrancaron a la vida de trabajo, principalmente ocupada con deberes prácticos, módicos momentos que emplearon para acercarse gradualmente a una distante meta intelectual"¹⁰². En este lento pero sistemático avanzar debemos abrigar la convicción de que "una pequeña tarea diaria, si realmente diaria, superará los trabajos de un espasmódico Hércules"¹⁰³.

En lo que llevamos dicho hemos señalado la presencia de una realidad que es aglutinante en su dirección general hacia una trascendencia, aunque sujeta a momentos de quiebra, de crisis, pero como condición de un nuevo ordenamiento de proyecciones superiores. Estas realidades, y las posibilidades hacia las que se dirigen, nos señalan la necesidad de adecuar nuestra actitud a sus peculiares exigencias, no sólo en la concreción de aquellas sino en la proyección de éstas. En unas y otras hay un contenido esencialmente religioso con el que el pragmatismo se halla en estrecha vinculación, y no únicamente porque el amor a Dios y la confianza en su misericordia es una necesidad del alma, sino porque en el pragmatismo hallan su justificación; la justificación de lo

100 Op.Cit.Vol. 13. pág. 189.

101 Idem, pág. 202.

102 Idem, págs. 199-200.

103 A. Trollope: *Autobiography*, Cap. 7.

que uno de sus exégetas llama la "actitud de fe" o "la voluntad de creer", y aquellos que han estudiado la psicología de la religión no pueden sino sentirse impresionados con la naturaleza pragmática de esta actitud. "Si la totalidad del ser se vuelca en la elaboración de la verdad que acepta es claro que sus creencias no son materia de la razón pura y que su naturaleza pasional y volicional deben contribuir a ellas y no pueden válidamente ser excluidas. Su religión es asimismo, y en última instancia, una actitud vital que reposa sobre sus intereses y sus preferencias entre alternativas que para él son reales"¹⁰⁴.

La interpretación que de la vivencia religiosa nos ofrece el pragmatismo es la de que la voluntad de creer constituye un primer paso que brinda la franquía a un proceso de acumulación de verificaciones, de manera muy similar a lo que ocurre en la ciencia, donde también se lo inicia con postulados sujetos a una ulterior confirmación. Es con razón que Teilhard de Chardin exclama: "Religión y Ciencia: las dos caras o fases conjugadas de un mismo acto completo de conocimiento, el único que puede abrazar, para contemplarlos, medirlos y acabarlos, el pasado y el futuro de la evolución"¹⁰⁵. Ambos se inician con una creencia y, a través de sus peripecias, se dirigen a la realización de ese gran acto de conocimiento que, por su naturaleza, aspira a abarcar la totalidad del sino humano.

El pragmatismo es la gran contribución filosófica norteamericana al pensamiento moderno y en sus desdoblamientos y concreciones ha dado frutos extraordinariamente fecundos. Podemos considerar como uno de esos frutos los afanes de racionalización de los procesos productivos en la administración científica de Taylor que, en última instancia, comporta una adecuación tan rigurosa como posible de las capacidades humanas a las exigencias de su realización. Debemos ver en esto una brillante concreción del pensamiento pragmático, que propone, al fin y al cabo, el aprovechamiento cabal de los recursos disponibles en la realización de ciertas finalidades tenidas por aceptadas y con vigencia real, lejos de toda abstracción metafísica.

El problema del pragmatismo reside en que la aceptación de ciertos arbitrios tenidos por necesarios para el logro de determinadas finalidades puede entrar en conflicto con el *ethos* en el que esas finalidades hallan su sanción. Así, por ejemplo, se me plantea una contradicción entre el principio de respeto a la voluntad de Dios y a toda forma de vida y la gran finalidad de lograr para el género humano la mayor medida posible de bienestar; la gran finalidad social de erradicar la miseria del mundo y en la que el control de la natalidad juega un papel prominente. ¿Qué tiene precedencia? ¿respetar el proceso fecundante o aliviar la presión demográfica sobre los alimentos y, con ello, salvar del hambre a millones de seres humanos? Me parece que la respuesta es clara, pero el dilema entre acatar los mandatos de la Iglesia en la que milito o aceptar la perpetuación del problema del desnivel entre los índices de natalidad y los de aumento de la producción sigue agujoneando mi conciencia.

Pienso que en fecha no muy lejana depondrá la Iglesia Católica su intransigente y poco realista actitud frente al problema del control de la natalidad. Se observan síntomas que indican que se marcha en esa dirección ¹⁰⁶.

Claro está que la continencia es una ruta abierta a todos los humanos a través de la cual se podría alcanzar la misma meta solidarista de no procrear más bocas mientras no dispongan los brazos del tiempo, recursos y fuerzas que aseguren las necesarias provisiones; pero es esa una ruta a la que se entra por "la puerta estrecha" y "pocos son los que la hallan".

104 F. C. Scott Schiller: Pragmatism en Encyclopaedia Britannica. Vol. 18, págs. 413-414.

105 Op. Cit. Pág. 340.

106 Este párrafo fue escrito en febrero de 1965 y en diciembre del mismo año, entre las doctrinas aprobadas en el Concilio Ecuménico, el acto íntimo de amor conyugal no es tenido exclusivamente por un medio de procreación; con lo que se abre el camino a posibles cambios de actitud ante el problema del control de la natalidad.

En tanto, el problema demográfico sigue golpeando a nuestras conciencias, sobre todo en Latino América, donde la población se duplica cada 40 años contra el promedio mundial de 50. Apenas si la producción crece al mismo ritmo, de donde resulta que los pueblos de esta parte del mundo confrontan la perspectiva de nunca estar en condiciones de mejorar sus niveles de vida. La mitad - cuando menos - de la población, estará condenada a subsistir bajo el signo de la miseria.

Mientras tales circunstancias perduren en la América Latina el estado de virtual secesión de sus "grandes mayorías" y el clima de abierta rebelión de su "proletariado interno", aguijoneando por fuerzas extrañas, interesadas en crear la anarquía dentro de sus amplios confines, continuarán trabando su desarrollo.

Frente a esa perspectiva, la adopción de una abierta política de control de la natalidad, tal como ha sido en efecto adoptada en la católica Puerto Rico, constituye una inaplazable responsabilidad a la que deberán hacer frente los gobiernos latinoamericanos. La alternativa será la de resignarse a que el oleaje de la subversión, "alimentada en el hambre", sumerja al continente.

He aquí otro conflicto al que he debido hacer frente: el conflicto entre mi aceptación, y aún admiración, por un sistema monetario de organización económica, y el pesar, que en mi conciencia resulta abrumador, causado por el espectáculo cotidiano de los sufrimientos de orden material y de las miserias de orden moral a que el dinero da lugar en la vida de los hombres. Empero ¿cuál podría ser la alternativa a este sistema despiadado?

La economía occidental, "fáustica", (en la terminología spengleriana) es, como ninguna otra, una economía esencialmente monetaria. En ella, ha cobrado el dinero un extraordinario potencial dinámico. Ya no se trata sólo de monedas o billetes de consistencia física, sino de una vasta gama de signos y toda suerte de arbitrios que cumplen las funciones de medios de pago. Pienso que nosotros mismos, que vivimos en el meollo de esta economía de tipo "fáustico" de proyecciones incalculables, no advertimos la medida en la que el dinero, en todas sus formas, condiciona, distorsiona y corroe nuestras existencias al punto de que un artificioso enjambre de intereses reemplaza los valores últimos y más permanentes de nuestra existencia.

He aquí sin embargo, el conflicto entre mi admiración por esta dinámica realidad trepidante; diabólica en su capacidad de aniquilación y casi divina en su potencial creador; bella en su interna armonía, abrumadora en sus exigencias; conflicto, ya lo advertí, entre esa admiración y mis tribulaciones por las agonías de sus víctimas. Conflicto entre la admiración por esa maquinaria implacable que, sospecho, por instantes me aleja de Dios (aunque perciba la congruencia entre Sus fines y los de los hombres que la ponen en movimiento) y que, en todo caso, me aleja de la Naturaleza, por lo que es también un conflicto entre servir a ese Leviatán formidable y sin entrañas y mi ansia de alguna sencilla forma de vida campestre con murmullo de árboles y fragancias de jazmines. Estos conflictos matizan casi permanentemente las vivencias del hombre moderno, en un mundo cuyas tendencias agnósticas y materialistas disputan su espíritu que, en busca de una meta, de sentido y dirección, vuelcan sus esfuerzos en angustioso escudriñar, rebasando necesariamente los estrechos confines de todas las ocasiones o formas de concreción mundanal, a cuyo ámbito están constreñidas las posibilidades de realización de un agnosticismo esencialmente inadecuado a las exigencias del ser humano; que es al propio tiempo un ser trascendente y en función de la cual cobra, recién, la plenitud de su significado y su verdadera proyección.

CAPÍTULO V

SOBRE EL SENTIDO ESTÉTICO Y UNA ACTITUD ARISTOCRÁTICA

Lo bello ofrece al espíritu la suprema satisfacción. Pienso que mi sentido estético de la vida sólo es comparable a mi sentido de equidad y es que, en el fondo, como en otro momento sugerí, satisface la equidad no únicamente un afán de justicia sino un sentido estético, puesto que en ambos lo que se busca es instaurar en el mundo, en toda su amplitud, el sentido del equilibrio y la armonía; una estética grata al alma y placentera a los ojos.

Pero he aquí otro conflicto que acosa: el de que si bien un sentido de equidad debiera inducir a una preocupación directa y personal por las injusticias que en el mundo quedan como residuos de una ordenación socio-económica por fortuna en su ocaso, suelen los impulsos misionales ser vencidos por una proclividad estética. La pobreza, producto de algo tan esencialmente falto de sentido de belleza y armonía como son las grandes desigualdades económicas y las desgarradoras iniquidades humanas, tiende a su vez, casi siempre, a manifestarse bajo formas penosamente desagradables. La repulsa del sentido estético a lo sórdido resulta entonces inevitable.

El supremo goce que hay en lo bello deriva, sobre todo, de ese momento fugaz y, por lo mismo, de una vivencia profundísima, en la que nos sentimos más cerca de Dios; momento de éxtasis y de comunión con el Creador; quizá si porque lo bello que hay en el mundo nos cuenta, como el cielo, su gloria.

Es posible que estas proclividades estéticas y esta seducción de las cosas bellas me hayan inducido a buscar satisfactorias formas de expresión a mis emociones, empeño nada fácil. Búsqueda muchas veces infructuosa, pero que por momentos ha encontrado en la poesía un conducto propicio y generoso, henchido de nobles resonancias y con la gracia suprema de tocar las más recónditas fibras del alma; si necesario, lejos de toda racional articulación, de todo formalismo y sí más bien en contacto con las últimas posibilidades del ser allí donde se encuentran la gracia alada y extravagante con lo medular de las grandes y eternas verdades.

La poesía ofrece en efecto al ser humano, merced a la riqueza de sus recursos y, por ende, a la amplitud de sus posibilidades, una generosa forma de expresión. A la sonoridad del vocablo y a las variadas modalidades de metro y cadencia añade el rigor de la concreción conceptual, con lo que su potencial de comunicación y de evocación cobra, en extensión y profundidad, un vigor singularísimo. De ahí que, en mi concepto, en las afortunadas realizaciones de la poesía logra el alma humana la más plena, la más satisfactoria y la más excelsa forma de expresión; lo que sin duda indujo a Aristóteles a exclamar que "la poesía es algo más filosófico y profundo que la historia".

Comenta a este respecto Burckhardt que "esto es tanto más verdadero cuanto que el poder que crea a la poesía es en sí mismo más elevado que el del más grande de los historiadores y la influencia que ejerce superior a la de la historia"; a todo lo cual con razón añade que "además esta ciencia encuentra en la poesía su fuente más importante, la más pura y la más bella ..."; suministra a la historia la poesía una imagen de lo que es eterno en cada pueblo y, muy a menudo, el único testigo o el mejor conservado vestigio de un período fenecido"¹⁰⁷.

Como vehículo de expresión es la poesía tan cabal y eficaz medio que durante épocas enteras ha sido, en verdad, el único, de ahí que esté ligada a la religión: en los himnos glorificantes

107 Op. cit. Cap. II,4

de los dioses; al himno siguen las epopeyas de los bardos en las que se relatan las hazañas de los *volkerwanderungen* ("Cid Campeador", la Chanson de Roland", etc.) y la pléyade de poemas épicos (los homéricos por ejemplo) que constituyen universales formas de comunicación de los fastos de pueblos guerreros y de sus conquistas ("La Araucana", "Las Luisíadas"). Luego, tiene lugar lo que Burckhardt llama el gran desvío. La poesía abandona la comunidad nacional en busca de lo individual. Allí se profundiza, se torna subjetiva y se ahonda. De una u otra manera, empero, constituye éste el más afortunado medio de expresión así de las epopeyas colectivas como de los dramas íntimos.

Es seguramente por una intuitiva conciencia de esta realidad que en mis años mozos mi agujijoneante y preeminente ambición era la de convertirme en un gran poeta, mas los ensayos a los que en la consecución de ese ideal hube de entregarme rindieron frutos poco estimulantes. El estro me abandonó siempre y las furtivas musas me eludieron, sordas a mis invocaciones, al punto que decidí poner fin a mis empeños mas no a mis lecturas, casi siempre en voz alta, de la buena poesía. (Si esperamos cosechar de ella cuanto puede brindamos las lecturas han de ser en voz alta).

Desearía ahora decir algo sobre mis preferencias, acerca de las cuales recuerdo que allá por el año 1920 (tenía entonces la madura edad de nueve años) ante el colegio de estudios primarios en La Paz, congregado en pleno, solicitó el director del plantel, al cabo de entonada la canción nacional, que alguno de los alumnos aportase algo al improvisado acto, sugiriendo concretamente la consabida y penosa recitación. Sobrevino un difícil momento de silencio y quietud, al que puse término iniciando la recitación de un poema épico en el que el olvidado poeta mexicano Juan de Dios Peza rememoraba la gesta libertaria de su patria. Pero es el caso que aproximadamente a la altura de la estrofa número cuarenta fui súbitamente tomado del brazo por mi profesor y sustraído, sin ceremonia, de la presencia de los asombrados, pero seguramente aburridos, catedráticos y alumnos. Se me congratuló, mas no por mi buen gusto sino por mi memoria. Tuvo ello un salubre impacto, pues creo que fue desde entonces que procuré seleccionar mejor mis lecturas.

Hacia esa época eran mi deleite los románticos castellanos y americanos, en especial: Espronceda, Nuñez de Arce, Becquer, Campoamor, Zorrilla, Gutiérrez Nájera y José Asunción Silva, cuyos versos conocía de memoria, y aún hoy suelo recordar. A esta altura tuve que cortar mis contactos con la poesía en lengua castellana para iniciar otros, nuevos, en lengua inglesa. En las aulas del *College* en Estado Unidos leía y releía a Shakespeare y a los clásicos latinos en latín, todo lo cual afinó mi gusto y me brindó cierta formación clásica. De retorno a América del Sur me enfrasqué en los clásicos castellanos y ¡oh incongruencia! en los parnasianos y simbolistas franceses, que me abrieron nuevos horizontes y me proporcionaron hasta entonces insospechadas fruiciones. En esa misma época me familiaricé con los modernos poetas en lengua castellana, desde el genial innovador Rubén Darío hasta el gran Juan Ramón Jiménez al que, guardadas distancias de edad, me unieron sólidos lazos de amistad. Frecuenté entonces a Neruda, uno de mis poetas predilectos, y a dos logrados poetas peruanos: Alcides Spelucín y José María Eguren. Algunos años después comencé a leer a García Lorca, (típico vate de España), en muchos aspectos similar a Neruda: vigoroso, sensual, exento de artificios.

Fue menester mi retorno a Bolivia, al cabo de una década de ausencia, para entrar en contacto con sus poetas, que los tiene, y muy logrados, pero que, con la posible excepción de Ricardo Jaimes Freire, acaso por sus vínculos argentinos, son poco conocidos allende sus fronteras. Iniciáronse esos contactos a través de Luis Felipe Lira Girón, en el poco hospitalario, pero bajo muchos conceptos propicio escenario de los bosques del Chaco durante la guerra con el Paraguay. En sonoras cadencias recitaba el vate - uno de los buenos de Bolivia, bien que indisciplinado y disperso - algunas de sus propias composiciones, de variado género, las más en tono menor y festivo. Allí mismo comencé a deleitarme en los versos de Franz Tamayo, otro de mis poetas favoritos: grave, profundo. Se recitaba la célebre "Balada de Claribel", sobre cuyos méritos hay opiniones encontradas, pero que me satisface. De Reynolds, juzgado quizá el mejor poeta de

Bolivia, sólo logra conmoverme su "Soneto a la Llama", uno de los más perfectos que jamás haya sido compuesto. Es demasiado intelectualista, un defecto que también alcanza a Tamayo. No se espera erudición del poeta, sino poder básico y vital de evocación, capacidad para hacer vibrar fibras dormidas, para conmover y emocionar, o para embrujar en un hálito telúrico o en el sortilegio de formas arrancadas a ese extraño mundo de imaginerías primitivas, absurdas, que recorren el velo a insospechadas revelaciones. Un poeta en tono menor otros muchos, de indiscutible mérito, pero a cuyas composiciones he llegado de manera más circunstancial y esporádica.

Quien de manera más cabal me ha brindado siempre lo que en la poesía busco en Edgar Allan Poe, ese gran innovador y precursor de la poética moderna. He leído y releído sus versos, sobre todo "El Cuervo", donde en mi concepto la poesía, la poesía pura y límpida alcanza la plenitud de sus posibilidades, en el sentido de que allí tiene lugar ese encuentro a que he aludido antes entre las extravagantes y las esenciales verdades del ser y del mundo. Es esto lo que básicamente aspira a realizar la poesía: brindar estímulo a la imaginación al punto de conducirla hasta la más recónditas zonas del espíritu, allí donde lo racional tiende a diluirse en la irracionalidad, en lo abismal; en un mundo de fantasía y misterio en el que los sollozos del alma se silencian ante las angustias del terror o ante la perplejidad del desconcierto:

Y al rumor vago, afelpado, del purpúreo cortinado, de fantásticos terrores sentí el alma rebosar.

Mas mi angustia reprimiendo, confortéme repitiendo:

"-Es sin duda un visitante quien, llamando busca entrar; un tardío visitante que a mi cuarto busca entrar; eso es todo, y nada más".

Largo tiempo, ante la sombra, duda el ánimo y se asombra, y medita, y sueña sueños que jamás osó un mortal.

Todo calla, taciturno; todo abísmase, nocturno.

Pude allí quizás un nombre: "Leonora" murmurar, y, en retorno, supo el eco: "Leonora" murmurar; esto sólo, y nada más.

Dejo francos los batientes y batiendo alas crujientos, entre un cuervo majestuoso de la sacra, antigua edad. Ni aún de paso me saluda, ni detiéndose, ni duda:

pero a un busto que en lo alto de mi puerta fijo está, sobre aquél busto de Palas que en mi puerta dijo está, va y se posa y nada más"¹⁰⁸.

En un tono menor esta misma nota desconcertante, de lo absurdo pero evocador, hallamos temas de poesía pura o, si se quiere, pura poesía, en un vate peruano más o menos olvidado: José María Eguren:

Allí van sobre el hielo las figurantas
sepultado en la bruma su paranieve,
y el automóvil rueda con finas llantas,
y los ojos se exponen al viento aleve.

Allí están con la risa multicolor
cascabeles felices de la locura,
y al poniente fluctúa luz incolora,
y los méganos ciñe la nieve oscura.

108 Edgar A. Poe, *El Cuervo*, versos 3, 5 y 7.

En otro momento, en los esponsales del duque Nuez con la hija de Clavo de Olor, el telón de donde es un vitral de catedral gótica y "una turba melencólica", mientras que en "Las Bodas Vienesas" reemplaza al ceremonial bajo pendones escaralata con Galo Cetrino y Rodolfo Montante una "casa de bagatelas" donde "dos infantes oblongos deliran". Y hay la estampa Colonial, pero, como siempre en Eguren, predomina el ambiente frívolo y desconcertantemente absurdo, pleno de gracia poética.

Un hálito de lejanía misteriosa, seductora, flota en los versos de "La Niña de la Lámpara Azul" que por "mágico y celeste camino" guía al poeta "a través de la noche", que acaso es la misma "Noche de Alegorías" de cuya misteriosa caja surgen "la falena y el fantoche" junto a "caperuzas y oropeles" en un concierto de "sombras capuchinas" y de "mantidas rezadoras".

Veo reflejado aquí el extraordinario sortilegio que la palabra brinda al poeta poniendo a su alcance recursos que no ofrecen con igual profusión las otras artes. De ahí su inigualada capacidad de comunicación, de expresión de la subjetividad del artífice, tanto en amplitud como en profundidad. Las extrañas alegorías, las formas de un simbolismo verdaderamente mágico y universal, y las abismales sombras que pululan en las misteriosas zonas del subconsciente irrumpen a la luz y hallan concreción, bien que en contornos desconcertantes, absurdos muchas veces, pero poderosamente evocadores; y de la mano redentora del verbo, de ese totem y tabú de todos los tiempos, tiene lugar el desahogo y la realización plenos, alcanzando en el proceso, con gracia seductora, el supremo don de la inmortalidad en una concreción pétreo, cierta y perdurable.

Este poder de la palabra permite, asimismo, a los dolores del alma, a los sentimientos del corazón agitado por la angustia o las pasiones, encontrar desahogo reconfortante y terapéutico tal como no es brindado al ser humano por los otros conductores del arte. Por ello mismo es que en las tribulaciones del individuo antes que en las hazañas de la comunidad encuentra la poesía sus más cristalinas, sus más puras formas de realización.

En dos grandes poetas suramericanos de distintas épocas y escuelas, pero en los que por igual se percibe la influencia de Poe, alcanzan estas tribulaciones y amarguras, sobre todo en el primero, conmovedores acentos, pues están allí ligados al tema de la muerte. En ambos, también, el tono es de confidencia; según se ha dicho, como "en voz baja", en humilde resignación ante lo ineluctable.

Los versos del *Ulalume* a los de *Annabell* Lee parecerían ser los precursores del "Nocturno", no únicamente porque en estos tres desgarradores poemas la muerte es el tema central sino porque lo es la de la amada, y la angustia se expresa en sollozos reiterados de estrofas que se repiten para mejor taladrar el alma:

And I said -"What is written, sweet sister,
On the door of this legended tomb?"
She replied -"Ulalume -Ulalume -
"This the vault of thy lost Ulalume!"

y otra vez en Poe:

And so, all the night-tide, I lie down by the side
Of my darling-my darling-my life and my bride
In the sepulcher there by the sea,
In her tomb by the sounding sea.

lo que corresponde a:

Era el frío del sepulcro, era el frío de la muerte era el frío de la nada...

Y mi sombra
por los rayos de la luna proyectada,
iba sola
iba sola.

En "La Balada de Claribel", de Tamayo se expresan estos pesares en las cadencias de un lamento obsesionante pero en tono menor y, sin embargo, por la invocación reiterada del nombre de la mujer ausente, evocadora de "El Cuervo", Tamayo se esfuerza, a diferencia de Silva y Poe, por evitar la nota pasional y desgarradora, acaso porque en la ausencia que llora, la muerte, al fin y al cabo, no ha jugado un papel, y su lamento asume entonces una forma más contenida, quizá si por ello mismo, no menos conmovedora.

En fin, podrían multiplicarse los ejemplos de esta poesía esencialmente subjetiva, íntima, y que cuanto más cercana a nosotros con mayor hondura parece tocar las fibras de nuestro corazón.

Ello explica por qué entre los diversos géneros de este arte sea el épico el que menos me conmueva. Si bien la poesía es un medio efficacísimo, cual lo advertimos ya, de comunicación de fastos colectivos, donde de veras alcanza la plenitud de sus posibilidades es en la comunicación del drama subjetivo, individual del ser humano. Acaso en parte por ello tenga lugar entre los poetas ese acuerdo tácito a que alude un historiador, según el cual "los punzantes ayes de los conquistados ofrecen a la imaginación tema más promisorio que los prosaicos éxitos de los conquistadores, de suerte que las víctimas suelen obtener un desquite póstumo de sus derrotas históricas, sufridas en los campos de batalla, al levantarse de entre los muertos y verse coronadas con la inmortalidad literaria"¹⁰⁹.

Pero no es que el universal tema de la *peripeteia*; uno de los favoritos de la inspiración poética, y que en las elegías encuentra su expresión favorita (la muerte al fin y al cabo es la peripecia final y mayor) ofrezca el tema más satisfactorio sólo por el hecho de que en él se canten los infortunios de los vencidos, por contraste con el género épico que recuerda "los prosaicos éxitos de los conquistadores". La verdadera gloria de la poesía, como de todo arte, reside en que si bien busca dar expresión a un estado del alma y, en el proceso, ofrecer una obra bella, no está dirigida, necesariamente, a realizar un objetivo concreto y formal. En este sentido nada hay más radicalmente contrapuesto a una actitud pragmática que una actitud artística. "La creación artística - dice Roberto Prudencio - es extraña a la naturaleza, ajena al animal" y en este sentido puede tenerse por "una faena delictuosa" ya que "mata en el hombre al animal, a su plena naturaleza humana, es decir, a sí mismo" para "recluirse en un apartado mundo de ficción, en un mundo de fantasmagoría". Esta es la finalidad que asignaba hace un instante a las poesías de Poe en las que se cumple de la manera más pura el verdadero objetivo del arte, que es el "supremo mixtificador" y la "más completa de las supercherías" puesto que "esfuma la realidad para poner en su lugar una ficción"¹¹⁰.

Desde otro punto de vista, la antinomia pragmatismo-arte se manifiesta en el hecho de que la actitud del primero es de un enfrentamiento cabal y descarnado con las realidades de la vida, en tanto que la del arte es de huida y de protesta y "antes que expresión es el arte refugio", (de ahí, seguramente, que tantos artistas sean ateos). Ya vimos que la alternativa a creer en Dios es, precisamente, la huida y el refugio.

Lo bello que hay en el mundo puede serlo no únicamente para los ojos sino para el alma: los grandes éxitos, las grandes filantropías, son para ésta lo que para los sentidos una noche de plenilunio, una puesta de sol en el mar, un bosque umbroso o un nevado majestuoso, como lo es, asimismo, una mujer hermosa.

109 Arnold Toynbee, Op. cit. Vol. 13, pág. 15.

110 Las citas de Prudencio están tomadas de su artículo "El Sentido del Arte" ("El Diario", La Paz, 4-7-65).

A medida, sin embargo, que la libido declina la plena evidencia y realidad de la mujer surge ante nuestra conciencia y con ella una de nuestras grandes ilusiones tiende a desvanecerse. Queda entonces el drama de "esta menguada vida terrenal" en la que se está "harto viejo para retozar y harto joven para no tener deseos"¹¹¹. La vida asume la gris realidad de un ensueño sin asidero y de una ilusión que se desvanece.

A la entrega total, en cuerpo y alma, reemplaza el desconcierto y surge el conflicto entre el espíritu y la carne; entre el ansia de belleza sin mácula y la resignación ante la dolorosa evidencia de que en lo humano - a diferencia de las otras obras de arte en la que cantamos la gloria de Dios - en su envoltura de carne y hueso, no todo es puro y suele asaltar una sensación de repulsa, como ocurría con Jonatan Swift.

Congruente con el sentido estético de la vida, aunque en otro plano, es una actitud aristocrática, tan real como la antinómica de una actitud plebeya; que posiblemente es más generosa, más humana pero sobre todo más realista, ya que nuestra sociedad está básicamente conformada y se halla bajo el dictado de sus "grandes mayorías" amorfas, uniformadas, sensuales y estúpidas. Este es un hecho real "para bien o para mal" y "es el hecho más importante en la vida pública de la hora presente... el del advenimiento de las masas al pleno poderío social"¹¹². Vivimos pues bajo el signo y los fetiches del hombre-masa orteguiano, sobre el que algo llevo dicho; y la idea de que es nuestra obligación hacemos partícipes de sus hábitos y costumbres se ha convertido en una mística; una mística que en lugar de enaltecer las nobles virtudes hidalgas las somete a la aplanadora implacable de la medianía.

Empero, si bien siento en lo más profundo de mi alma congoja por las penas de mis congéneres y preocupación por sus tribulaciones, y mi sentido de la vida es de solidaridad, mandato cristiano y condición del proceso unificante de las criaturas humanas en su largo peregrinaje ascensional hacia el altar de la comunión con Dios; no obstante todo ello, otro conflicto interno se añade el grande entre el espíritu y la carne, entre el pragmatismo y el esteticismo, en el sentido de que no obstante mis preocupaciones humanitarias mi actitud es prescindente y lejana, consecuencia de la concertada presión de una actitud pragmática, necesariamente fría, y de una actitud aristocrática que repudia toda excesiva familiaridad.

Desde temprana edad, en contacto con bellamente iluminadas ejecutorias de familia, óleos de adustos antepasados y de cuarteados escudos, árboles genealógicos, anillos blasonados, medalla, biografías, manuscritos, etc., todo ello unido a mi natural vocación por lo histórico y a mi sentido del drama, germinó en mi espíritu una honda conciencia de la importancia de mi linaje, sobre todo por su preeminente papel en los fastos históricos de Bolivia. Se fue plasmado de esta suerte en mi espíritu una actitud aristocratizante que, acaso a mi pesar, ha perdurado.

Una nociva y desquiciadora consecuencia de esta actitud suele ser la del prejuicio religioso, racial, por diferencias de rango social y, menos frecuentemente, por diferencias de situación económica, bien que en sus formas manifiestas y militantes, el prejuicio es propio únicamente de bobos y necios. Una actitud aristocrática, que es el resultado de educación y de convivencia en ambientes refinados y señoriales, se torna en tal caso animal y primitiva. Los prejuicios religiosos o raciales de esta suerte expresados propios son del nazismo o del Ku Klux Klan pero no de seres normales y menos de aristócratas. Podemos distinguir al verdadero aristócrata, precisamente, por su cordialidad sencilla y humana hacia todas las personas, sea cual fuere el color de su piel, de su credo, de su rango social o de su situación económica, en tanto que, con la misma certeza, se distingue al "cursi" por su altanería o desplantes en su trato con aquellos que tiene por inferiores, en contraste con su melosa obsecuencia hacia los que considera que lo aventajan.

111 "Fausto", I, iy,

112 J. Ortega y Gasset: *La rebelión de las Masas* (Madrid, 1937).

Esto, por lo que hace a las manifestaciones externas de los prejuicios, vale decir, cuando la reacción interna, emocional y vital ha recibido la confirmación de una sanción reflexiva de parte de la racionalidad del ser, que en cuanto a aquella - a lo instintivo y animal - no hay ley capaz de eliminar su vigencia como realidad anímica, más allá de las fronteras sobre la que ésta ejerce su tutela. En ese ámbito, los prejuicios son incontrollables, pero muy otra cosa es que afloren en manifestaciones indignas de la racionalidad, vale decir, que pasen la aduana del buen sentido y de las normas de una convivencia civilizada. Es entonces que se hacen pasibles del repudio y la condena social, no únicamente por haberse impuesto sobre la racionalidad sino porque entorpecen, dañan y corroen a la sociedad, a la convivencia entre los seres humanos lanzados al mundo por la voluntad del Creador con creencias encontradas, pigmentación diversa y en disímiles estratos de una estructura socio-económica inventada por los propios ciudadanos mundanales.

Allí, en esa interioridad, se agita en mi espíritu otro conflicto, esta vez entre reacciones emocionales de prejuicio y mi racionalidad. Anidan allí, lamento confesarlo, prejuicios racionales y, en ciertas circunstancias, aún de tipo social, pero unos y otros se han visto invariablemente aniquilados por la reflexión; jamás han logrado pasar la aduana de la cordura, aunque su rigor en los substratos de la conciencia resulte desconcertante.

Ha sido causa de tribulación esta realidad, que la juzgo reveladora de la medida en la que los seres humanos pueden caer prisioneros de instintos primitivos. Me digo a mí mismo, un poco fariseicamente pero realísticamente: si tú hombre religioso y más o menos cultivado, puedes cobijar en su espíritu tales sentimientos ¿qué es dable esperar de quienes transitan por el mundo alejados de Dios y dominados por las pasiones? La historia, nuestra propia historia contemporánea, nos ofrece una desconsoladora respuesta a esta pregunta en páginas de oprobio; y no en la periferia del mundo sino en su meollo supuestamente civilizado.

Otro peligro de estos conflictos es el de que generan en el subconsciente el acosador e inquietante complejo de la paranoia que convierte al persecutor -el ser dominado por los prejuicios- en perseguido. Talla no sospechada némesis de sus víctimas. Tiene lugar entonces un círculo vicioso, en el sentido de que al sentirse perseguido por el objeto del prejuicio tiende a crecer en vigor el sentimiento de repulsa, lo que a su vez estimula la enfermedad psíquica del delirio de persecución.

La frivolidad, cuando menos una cierta dosis de ella, puede ser vista como otro negativo sub-producto de una actitud aristocrática, que tiene por pedante toda manifestación intelectualista y considera de mal tono las maneras graves y los pensamientos trascendentales. Abomina del "tonto grave", personaje en verdad caricaturesco de nuestros salones y tertulias. De entre todos los pueblos es en el británico, pueblo por excelencia aristocrático y aristocratizante, donde mejor se manifiesta esta actitud. El británico de pura cepa desconfía del intelectual, del sabihondo, del tipo ostensiblemente *brainy*. Digo ostensiblemente porque el verdadero intelectual no es exhibicionista, en el sentido de que no le agrada entregarse a alardes de erudición, ni discurrir en sociedad sobre temas graves o profundos. Busca allí, por el contrario, reposo a su ocupada mente y esparcimiento a sus fatigas, adoptando deliberadamente una conducta liviana y sencilla que es a menudo tenida por frívola. Preferirá la anécdota picaresca, el chiste oportuno, la conversación ágil, llena de humor y amena a un pesado discurrir sobre temas complejos.

Me temo, sin embargo, que la frivolidad como subproducto de una actitud aristocrática tiene raíces y motivaciones más profundas. La absoluta seguridad en sí mismo, que es una característica espiritual del aristócrata, indúcele a modalidades de conducta vedadas al burgués. Al amparo de esa seguridad hace y dice cosas que revelan no una deliberada pero sí efectiva actitud de indiferencia entre el concepto que de ello puedan formarse los demás, ante al "qué dirán", y esta actitud independiente y despreocupada se manifiesta por lo general en un comportamiento frívolo, que generalmente refleja, a su vez, su fondo de frivolidad. En cuanto a la motivación de ese comportamiento puede ella ser, precisamente, la de *epater le bourgeois* al actuar de una manera que no sólo alarme a éste sino que no le sea dado imitarla.

El aristócrata no suele asignar a los problemas de diario vivir el mismo grave alcance que revisten en la mente y en la ética burguesa y esa actitud más despreocupada constituye un nuevo estímulo a la frivolidad; cuando menos por contraste con la gris severidad del ethos burgués.

En suma, la frivolidad tiende a ser una actitud caracterizadamente aristocrática, al menos en su exteriorización, que en cuanto al contenido interno del espíritu, el intelectualismo y la profundidad pueden muy bien ser, y frecuentemente sin duda son, como ocurre en la élite británica, la otra cara de la medalla de lo que en la superficie se presenta como una actitud elegantemente despreocupada y básicamente de buen gusto. No olvidemos que en sus exteriorizaciones el ser humano invierte sus vivencias anímicas genuinas y profundas que, de este suerte, asumen modalidades y formas antinómicas de lo verdadero o genuino.

La conducta del burgués es diametralmente opuesta. Puede acaso ser un individuo interiormente frívolo y su comportamiento, sin embargo, exteriormente grave, circunspecto y prudente. De ahí que los hombres de negocios, de cuyas actitudes preeminentemente burgueses no debemos dudar, tengan por costumbre seguir discutiendo sobre negocios en el salón o en la mesa, con lo que ponen en evidencia al propio tiempo que la importancia en que se tienen una radical superficialidad espiritual.

Es en una gran obra del Siglo Veinte que confluyen un sentido estético de la vida, una actitud aristocratizante y un grado de frivolidad y es seguramente por ello que esa obra no ha dejado de invocar mi entusiasta admiración; mas no únicamente por estas manifestaciones externas de su vasta estructura interior sino por su contenido subyacente, que discurre en las misteriosas profundidades del ser y del tiempo. *A la Recherche du Temps Perdu* es la obra de un genio que ha ejercido en mi espíritu y en mi mente poderosa influencia. No sólo -ya lo advierto- la debo a la actitud del Narrador sino a la abismal realidad de la que surge y que acierta a interpretar de manera tan vívida y lograda. Mi interés por las vivencias del subconsciente y por los arcanos de esa gemela manifestación de la realidad que es el Tiempo, arrancan de mis encuentros con Bergson y Freud. En mi primer artículo - publicado en la revista "Atenea" de la Universidad de Concepción (Chile) hace treinta y seis años - me ocupaba de la obra del gran filósofo francés; de su élan vital. Ello también explica mi interés por la historia que, al fin y al cabo, se realiza preeminentemente en el Tiempo.

Ingresé al extraordinario mundo de *En Busca del Tiempo Perdido* a través de los tortuosos y, acaso por lo mismo, evocadores caminos de *A la Sombra de las Muchachas en Flor*. Retomé el hilo de la trama por el lado de Swan y me perdí, durante años, en la cautivante serie hasta lograr, en *El tiempo Recobrado*, a través del sortilegio de la memoria inconsciente, el crucial reencuentro con "El Tiempo Perdido". Devoré, no una vez sino dos la gran obra; los inciertos ensayos que la precedieron y casi la totalidad de la bibliografía acerca de Marcel Proust. Visité en París el 102 Boulevard Haussmann, su vivienda de largos años; adquirí en una de las "librerías de viejo" de la ribera izquierda del Sena "La Catedral de Amiens" de Ruskin, que Proust viera al francés, precedida de su celebrado prefacio, con dedicatoria de puño y letra a un economista. En fin, muchas de mis devociones e incontables horas han sido consagradas al insigne asmático, (dolencia que establece con él otro vínculo).

Proust fue un genio renovador de la técnica novelística, del estilo y de las formas de representación de la realidad; de aquella cuyas posibilidades de expresión son, precisamente, las más difíciles por ser la más inexplorada, bien que las particularizadas experiencias del ser, en su finitud, se sumergen en ella para en el eterno fluir del Tiempo, encontrar la posibilidad de una furtiva e inesperada reactualización. Y así, en esa posibilidad de reencuentro, lograr una insospechada proyección y trascendencia. Los dominios de esa realidad se extienden por los ignotos ámbitos del inconsciente, y si bien todos hemos experimentado, en su nítida vivencia, fugaces instantes de resurrección de un pasado que lo tuvimos por siempre muerto, nadie como Proust ha acertado a aprehenderlos y objetivarlos en prosa de tan cautivante belleza, y tan ciertamente inmortal.

A ello se añade que, al igual que el duque de Saint-Simon, fue Proust el logrado cronista de una sociedad que a mi actitud aristocratizante brindó desde remotos años motivos al propio tiempo de estímulo y de interés. En ella, la afortunada congruencia de su señorío, intelecto y buen gusto, forjó las formas de una realización plena; en realidad, jamás igualada. Proust la hizo objeto de su estudio; la desmenuzó analíticamente, acuciosamente; por vía, digámoslo así, inductiva, con fría objetividad experimental, a la manera de un entomólogo; como Fabre, según Madame de Chevaligné, sólo que "la nobleza de Francia, a la que Proust amó toda su vida y cuyo gran epitafio escribió, no estaba formada por insectos ...y en la gloria final de su crepúsculo, coincidente con los cincuenta años de su propia vida, había modelado en miniatura la postrera cultura social que el mundo ha conocido. Gestada por la historia en todo su fugitivo e insustituible encanto y por ella asimismo destruida, floreció en sus salones una festiva elegancia, un individualismo desbordante, una hidalga independencia, un animado intercambio de pensamientos actitudes y emociones... Es nuestro deber, como bárbaros del Siglo Veinte, saludar a la civilización nonocentista, a la que hemos aniquilado. Esto fue lo que Proust hizo; y en la luz retrospectiva del Tiempo Recobrado se restituye al pasado su belleza, toda desilusión se transforma en ilusión; en el Tiempo Perdido, el poético encanto del *Fabourg Saint-Germain* se perpetúa bajo el hechizo del sol resplandeciente de Combray, Balbec y Venecia"¹¹³.

En la secuencia de tribulaciones resultantes de una actitud aristocratizante, el egocentrismo puede aparecer como una de sus manifestaciones; capaz de agujonear el espíritu con deliberado y permanente empeño. En su génesis, sin embargo, y conforme a la inversión de las actitudes en las que el alma se exterioriza, asumiendo formas antinómicas de lo auténtico, refleja el egocentrismo un básico completo de inferioridad.

Suele hacer estragos, puesto que es la materia de la que está tejida la venda con la que Dios cubre los ojos de aquellos a los que se dispone a perder. En su modalidad más inofensiva esta enfermedad del alma da lugar a un incontrolado afán de figuración, mientras que en su más ofensiva asume la ominosa forma del tirano que se perpetúa y esclaviza. En uno u otro caso se incuba en la distorsión espiritual de un auto-idolización del propio yo, sin reparar en su calidad efímera.

Encierra además el peligro de alejar al ser del contorno en que vive, Ocupado de sí mismo, no tiene ni tiempo ni ojos para disfrutar de lo que Dios ha puesto a su alcance. Esta forma de idolatría, la peor, lo aparta de sus congéneres, de la Naturaleza y, en suma, de la vida; del mundo verdadero, para sumirlo en las profundidades de la megalomanía, vale decir, en las zonas de la fantasía y del engaño. Refleja la hipertrófica del ego, por lo mismo que se incuba en un complejo de inferioridad, un contenido esencialmente infantil. No olvidemos además que su ingrediente principal es el engreimiento, deformación psíquica alimentada en las tempranas experiencias del ser, junto al regazo materno y proyectadas en la vida en actitudes inmaduras y alejadas de la realidad.

El reverso de la medalla es el estímulo que el egocentrismo suele brindar a la ambición. En realidad, el egocentrista es por naturaleza ambicioso. Deambula por el mundo agujoneado por un fuego que consume, embrujado por el inalcanzable espejismo del éxito pleno y final; en inquieta, insomne ansia de superación. Pero si el egocentrismo es la materia de que está tejida la venda con la que Dios cubre los ojos de aquellos a los que ha de perder, puede al propio tiempo ser el estímulo que encienda la llamada creadora, que es al propio tiempo llama redentora y justificadora de toda existencia; del universo, y, en definitiva, de Dios mismo.

113 Trad. por el autor de George D. Painter: Proust, *The Later Years* (1965), pág. 315.